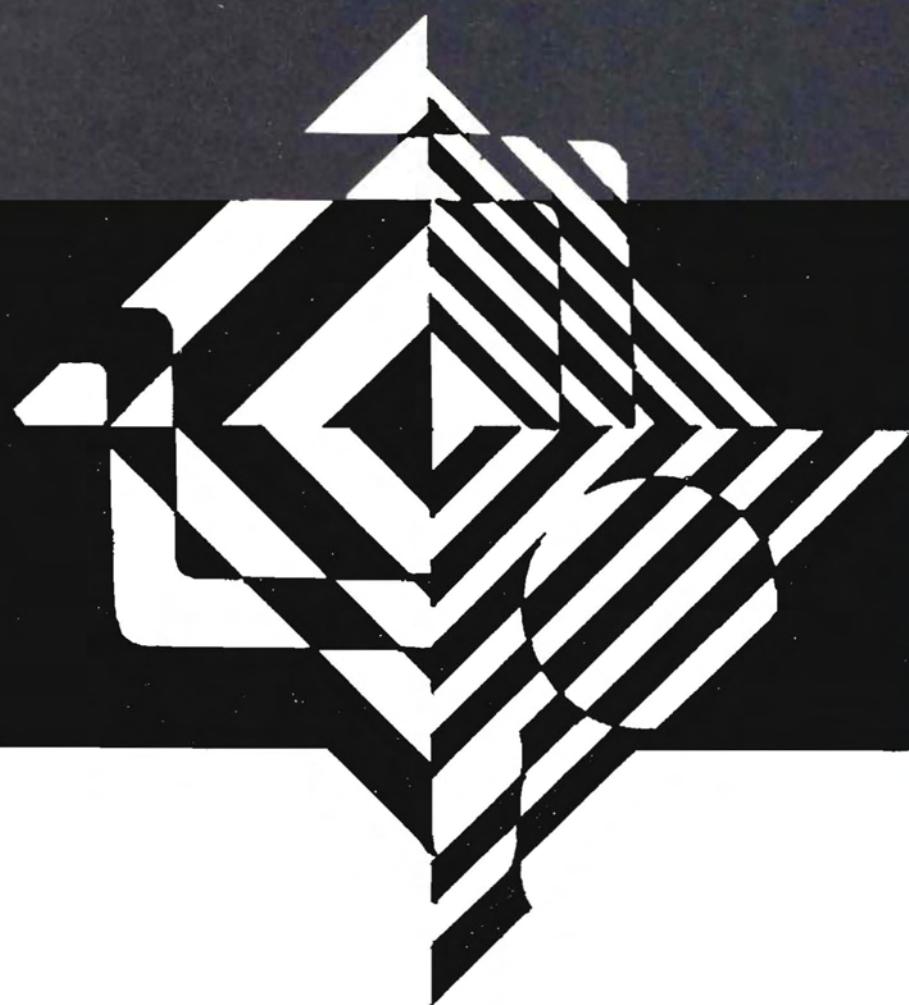


revista

biblioteca  
nacional



9 montevideo



AÑO DE LA ORIENTALIDAD



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

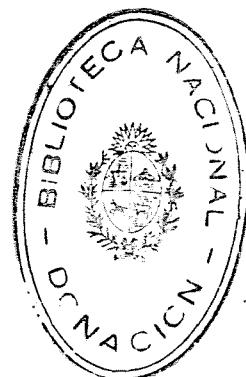
Secretario de Estado:

**Dr. DANIEL DARRACQ**

BIBLIOTECA NACIONAL

Director General

**Prof. ADOLFO SILVA DELGADO**



Carátula: **Martha Restuccia**

Cuidado de la edición: **Alicia Casas de Barrán**



REVISTA DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL



REVISTA DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL

Nº 9  
MONTEVIDEO  
JULIO 1975



**TRES VERSIONES DE "LO INEFABLE"  
DE DELMIRA AGUSTINI**

por ARTURO SERGIO VISCA



## TRES VERSIONES DE "LO INEFABLE", DE DELMIRA AGUSTINI

por ARTURO SERGIO VISCA

### 1. Un manuscrito

En el muy valioso Archivo "Delmira Agustini", que se custodia en la Biblioteca Nacional (Departamento de Investigaciones — Sección Literatura Uruguaya), se preserva un cuantioso conjunto de apuntes, borradores y originales correspondientes a la obra poética de la autora de **Los cálices vacíos**. Entre ellos, hay uno que destaca —aunque, desde luego, no es el único del que cabe esta afirmación— por el singular interés que su estudio ofrece para ver, hasta donde es posible ver en lo que por su propia naturaleza queda siempre circuido de misterio, el proceso creador que culminó en uno de los poemas más famosos de la poetisa: **Lo inefable**, cuya versión definitiva integra el segundo libro de la autora, **Cantos de la mañana** (Orsini M. Bertani, Montevideo, 1910).

Ha sido dicho, por quienes la conocieron, que cuando la poetisa sentía el impulso creador escribía en el primer papel que hallaba a mano. En este caso, se sirvió del dorso de la carátula de una pieza musical, sugestivamente titulada **La pecadora**, habanera del con injusticia olvidado músico uruguayo Dálimiro Costa. (1) Es interesante observar que la poetisa dejó en blanco, en la parte superior, un amplio espacio, destinado, sin duda, a escribir allí posteriormente, el título del poema, que, en este manuscrito, no aparece escrito por ella misma sino por mano ajena, y muchos años después, y anotado de este modo: (Lo inefable)/Pág. 21 "Los astros del abismo)/(célebre poema). En cuanto al manuscrito mismo aparece, a primera vista, como el borrador de un poema al que se le han hecho numerosas correcciones, pero un estudio cuidadoso permite discernir dos versiones perfectamente separables, y en algunos versos radicalmente distintas, del poema publicado en **Cantos de la mañana**, que difiere, también notablemente, de estas dos versiones iniciales. Y de ahí, precisamente, el interés de este manuscrito en cuanto indicio de un proceso de creación poética. La primera versión evidencia que lo que sintió la poetisa en el arranque del acto creador fue algo sustancialmente distinto al resultado final, obtenido a través de distintos momentos de reelaboración.

No es posible, desde luego, seguir paso a paso el proceso creador que condujo de la versión inicial a la final. Pero de ese proceso son indicios o huellas las dos versiones que surgen del ma-

nuscrito. El cotejo de esas dos versiones entre sí y con la definitiva permite formular observaciones no carentes de interés, aún cuando se prescinda, como en esta nota, del análisis de aspectos importantes que podrían hacerse mediante un estudio más afinado.

## 2. Las tres versiones

La primera versión del poema corresponde, sin lugar a dudas, a un estado de inspiración que permitió que la poetisa volcara los versos sobre el papel de un golpe y casi sin vacilaciones. Sólo es perceptible una. Se manifiesta en el cuarto verso del primer cuarteto, verso del que solamente escribió el final, dejando un blanco para completarlo posteriormente. Esta versión inicial queda bien patente a través del análisis gráfico del manuscrito y se comprueba con el análisis lógico del resultado obtenido. No se expondrán aquí las distintas etapas —exigentes en tiempo y atención— cumplidas para llegar este resultado, ni se procederá a la justificación del mismo. Pero conviene señalar que entre los versos de esta primera versión la poetisa dejó amplios espacios, destinados a futuras correcciones (que fueron hechas interlineadas siempre en orden ascendente). Esta previsora conducta hace ostensible que la poetisa, aunque dominada por el impulso creador, tenía clara conciencia de que éste no era aún el poema que buscaba. Esta primera versión dice así:

Mío, mi alma está triste, triste como la Vida,  
Triste como la Muerte. **Es raro mi dolor.**  
**Como a una rosa riega las bocas a mi herida.**  
**/Espacio en blanco/** como una loca flor.

**Es el dolor de un sueño que corta como una herida.**  
Ah! No sentiste nunca **un extraño dolor**  
De un pensamiento inmenso que **germina** en la vida  
**Toda con sus raíces** y no alcanza a dar flor?

No sentiste las ansias de ahondar la horrible herida  
Ebria de la grandeza loca de su dolor?

Yo rugiente, anhelante, los dientes apretados,  
De los **nervios**, del pecho, con los dedos crispados,  
Quiero, quiero arrancarlo y la angustia es atroz.

**Pero vencer un día ...** La sola idea expande  
**La vida toda, toda!** ... Ah no fuera más grande  
Tener entre las manos la cabeza de Dios.

La segunda versión aporta variantes fundamentales con respecto a la primera, variantes que se destacan en negrita:

**Oid**, mi alma está triste como la Vida,  
Triste como la Muerte, **triste como el Amor.**  
Parece que **sonrén** los labios de mi herida.  
**/Espacio en blanco/** como una loca flor.

**Yo muero de un sueño mudo como una herida.**

Ah! No sentiste nunca el extraño dolor

De un pensamiento inmenso que **germina en** la vida

**Devorando alma y carne** y no alcanza a dar flor?

No os **crispaban** las ansias de ahondar la horrible herida  
Ebria de la grandeza loca de su dolor?

Yo rugiente, anhelante, los dientes apretados,  
De **la frente**, del pecho, con los dedos crispados,  
Quiero, quiero arrancarlo y la angustia es atroz.

**De descuajarlo un día como una flor que expande**  
**Milagrosa, impoluta...** Ah no fuera más grande  
Sentir entre los dedos la cabeza de Dios.

Entre esta segunda versión y la tercera, definitiva, de **Cantos de la mañana**, hay asimismo diferencias sustanciales. Es evidente que el pasaje de la segunda a la tercera versión supuso un trabajo de ahondamiento fundamental. Pero, desdichadamente, no existen manuscritos que permitan seguir paso a paso ese trabajo. Es preciso, pues, limitarse a la transcripción del texto definitivo de **Cantos de la mañana**, que es la siguiente:

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,  
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;  
Muero de un pensamiento mudo como una herida...  
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor? (2)

De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,  
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?  
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida  
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?

Cumbre de los Martirios!... Llevar eternamente  
Desgarradora y árida, la trágica simiente  
Clavada en las entrañas como un diente feroz!...

Pero arrancarla un día en una flor que abriera  
Milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera  
Tener entre las manos la cabeza de Dios!

Cabe, todavía, sentar las siguientes observaciones: a) el poema adopta, desde la primera versión, la forma del soneto, pero en las dos primeras, como en otros de la poetisa (véanse **Las coronas** o **Fiera de amor**, por ejemplo) se agregan versos (en este caso, dos, entre los cuartetos y los tercetos). b) La segunda versión, sometida a un ajuste, presenta nuevas variantes: 1) **sonrén** (verso 3) es sustituido por **ensilencian**; 2) **devora** (verso 7) pasa a ser **se arraiga en**; 3) interlineado sobre **Yo muero** (verso 5) se lee **agónico**, antecedido de dos palabras ilegibles. c) Hay, además, indicios de variantes que fueron desechadas. Se evidencian en: 1) interlineado sobre la palabra **rosa** (verso 3 de la primera ver-

sión) se lee **flor**; 2) interlineado sobre **Ah! No sentiste nunca** (verso 6 de ambas versiones) aparece testado **Ah! Quien lo ha sentido nunca**; 3) interlineado sobre **devorando** (verso 8 de la segunda versión) hay tres sílabas separadas ilegibles; 4) interlineado entre **quiero, quiero** (verso 13 de ambas versiones) se lee **arra, iniciación del arrancarlo** que viene después.

### 3. Análisis

Se ha indicado antes, y ahora se reitera, que no es posible seguir paso a paso el proceso creador que lleva de la primera a la tercera versión. Los indicios de ese proceso, sin embargo, quedan fijados con precisión en las tres versiones que dan motivo a esta nota y ellas definen netamente tres momentos rescatables dentro de un proceso sicológico que, sin lugar a dudas, fue extremadamente complejo. Presuntivamente, esos tres momentos fueron: 1) de **súbita inspiración** (la poetisa tradujo casi espontáneamente un estado emocional vivamente sentido pero todavía difuso); 2) de **ajuste y corrección estilística** (la poetisa inició el trabajo de afinamiento verbal, pero, y ésto es del mayor interés, a través de ese trabajo llegó a la entrevisión del núcleo creador de la versión definitiva); 3) de **construcción final** (ya en lúcida posesión del núcleo entrevisto antes, la poetisa reelaboró totalmente las dos versiones anteriores). Hay algo, sin embargo, que fue hallado definitivamente desde el comienzo: el verso final y su comienzo en el anterior (...Ah no fuera más grande/Tener entre las manos la cabeza de Dios). Sólo se da aquí un intento de variante (**sentir** por **tener** y **dedos** por **manos**) que fue acertadamente desechado.

En el primer momento, de **súbita inspiración**, lo que la poetisa quiere comunicar, y comunicar concretamente a un ser amado, como lo revela el vocativo **Mío** inicial, es un inquietante estado interior que se manifiesta en tristeza (**estoy triste como la Vida, / triste como la Muerte...**) y en extraño dolor (...Es raro mi dolor). Ese dolor y esa tristeza no tienen una causa externa sino íntima. Es dentro de la poetisa misma donde tristeza y dolor encuentran sus raíces. Nacen de un estado de ensoñación (**Es el dolor de un sueño**) sentido como algo desgarrante (...corta como una herida...), sin duda porque lo visto o entrevisto en lo soñado o ensoñado es deseado anhelantemente y pensado como casi inalcanzable. En esta primera versión, aparece ya la idea de ese **"pensamiento inmenso"** que constituye un elemento capital de la versión final, pero sin alcanzar el valor poético decisivo que adquiere después. En esta primera versión, el centro emocional poético se halla en el dolor, del que la poetisa quiere desprenderse (...**Quiero, quiero arrancarlo...**) y sobre el que espera triunfar (...**Pero vencer un día...**) para lograr ese goce supremo (...**Ah! No fuera más grande / tener entre las manos la cabeza de Dios!**...) vitalmente anhelado y que aparece como ingrediente inalterable ya desde la primera versión. En ésta, no se revela todavía, por lo menos en forma nítida, la idea de lo **inefable**. Es por eso sugestivo que la poetisa haya dejado un blanco

para el título del poema. El poema definitivo, aquí entrevisto, no se sentía aún **hecho**. No era posible, por consiguiente, tener un título, que, además, frecuentemente es lo último que se encuentra.

En el segundo momento, de ajuste y corrección estilística, hay ya, desde el comienzo, una variante importante. El **Mío** inicial es sustituido por un **Oid** que, diré así, desintimiza el mensaje poético, el cual no es ahora dirigido a **uno** sino a **muchos**. Es como si la poetisa sintiera que ese mensaje está destinado a tener eco o resonancia en un ámbito más amplio. También en los versos iniciales se da otra variante importante, porque, con un ajuste, quedará en la versión definitiva. La tristeza, que en la primera versión tenía sólo dos términos comparativos, **Vida** y **Muerte**, adquiere un tercero, el **Amor**. Esta trinidad, **Vida**, **Muerte** y **Amor**, perdura en el poema final. Una tercera variante, y ésta fundamental, se da en el primer verso del segundo cuarteto, donde se cambia **Es el dolor de un sueño** por **Yo muero de un sueño**. Ese **yo muero** es uno de los resortes que modificarán sustancialmente el poema, el cual en su versión definitiva se centrará no sobre tristeza y **dolor** sino sobre la íntima experiencia de un **estar muriendo**. Aunque sin la importancia de ésta, hay otra variante interesante en el verso 7, que cambia **germina en la vida** por **devora la vida**. El **pensamiento inmenso** que inicialmente venía de la vida a la poetisa va ahora de la poetisa a la vida, quien encuentra después una expresión más fuerte (...**se arraiga en la vida...**) que subsiste en la versión final. (3) Otra variante importante se halla en el terceto final: **Pero vencer un día...** La sola idea **expande / la vida toda, toda!**... se convierte en **De descuajar un día como una flor que expande / Milagrosa, impoluta...** Esta variante pasa, aunque sometida a nuevo ajuste, a la versión definitiva. Hay aún otras variantes, de menor significación, que quedan aquí sin comentario y pueden ser verificadas mediante las transcripciones que figuran antes.

En la tercera versión, de construcción final, las variantes introducen, como ya se ha indicado, cambios capitales, tanto que, exagerando un poco, podría afirmarse que se está ante otro poema. El **yo muero** introducido en la segunda versión pasa a ser comienzo del soneto e invade al cuarteto inicial, cambiando la vivencia de la tristeza por la del morir: **Yo muero extrañamente**...  
**...No me mata la Vida, / No me mata la Muerte, no me mata el Amor; / Muero de un pensamiento mudo como una herida...** Al mismo tiempo, como se ve en el verso tercero del primer cuarteto, recién transcripto, ya no vive la poetisa, como en la primera versión, el **dolor de un sueño**, ni es, como en la segunda, un sueño quien la mata, sino un **pensamiento mudo como una herida**, apareciendo así, ahora abiertamente, la presencia de lo inefable, si acaso sólo insinuada en las versiones iniciales. Los tres versos siguientes, bien ajustados, son los de la primera y segunda versiones. Desaparecen los dos versos sobreagregados al soneto, que insistían en la idea de ahondar la horrible **herida**, incongruente con la de vencer o descuajar, un día, el desgarrante dolor, y, en cambio, aparecen dos versos incisivamente expresivos: **¿Nunca llevas-**

**teis dentro una estrella dormida / Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?** El primer terceto es totalmente diverso al de las versiones iniciales. El estado de dolor se exacerba y se convierte en cumbre de los Martirios; el pensamiento mudo como una herida, en trágica simiente, desgarradora y árida, que se lleva en las entrañas como un diente feroz. El sentimiento poético llega aquí a un máximo de tensión trágica que se apacigua, por la presencia de una anhelante esperanza, en el espléndido terceto final.

Las observaciones que anteceden podrían, como se ha dicho antes, ser ampliadas considerablemente, sobre todo, si se introdujeran consideraciones de carácter estilístico. Esas observaciones alcanzan, no obstante, para evidenciar, y tal era el objeto de esta nota, cómo el estado emocional generador de la primera versión fue distinto del expresado en la última. De la vivencia de un estado de tristeza y dolor provocado por un sueño o ensueño **mudo como una herida** se pasó a la experiencia de un morir en vida como consecuencia de llevar en si lo indecible o inefable, aunque esta transformación no impide, desde luego, la persistencia de algunos elementos emocionales que vertebran el pasaje de una versión a otra. Estas anotaciones sobre la triple versión de **Lo inefable** podrían cerrarse aquí. Es posible, sin embargo, completar estos apuntes con algunas otras observaciones, relativas al sentido del poema, tal como se da en la versión definitiva y apoyando el análisis, además, en los datos que proporcionan las dos versiones anteriores.

#### 4. Lo inefable

En **Lo inefable**, la poetisa se propone un fin incongruente en sí mismo, si se le considera desde un punto de vista lógico, ya que procura expresar lo que, por definición, es indecible. Pero lo que puede ser incongruente desde un punto de vista lógico no lo es desde un punto de vista poético, porque el poeta no opera con valores lógicos, y, por consiguiente, para trasmisir lo inefable (esto es: lo inexpresable) le es suficiente con hacerlo sentir. Es posible afirmar que el poeta opera por contaminación: contagia, mediante la creación de un enjambre verbal, su propio estado de conciencia. Es así que ese estado interior, inexplicable e indecible lógicamente, que es lo inefable, puede, poéticamente, ser contagiado, haciendo que el lector viva un análogo estado. Para lograrlo, la poetisa tomó un camino muy preciso: dijo **lo decible** de un estado de conciencia o situación vital pero haciendo intuir que esa situación vital o estado de conciencia se genera en un trasfondo misterioso **no decible**. Es allí, por detrás de lo dicho, donde el lector encuentra, sintiéndolo, lo inefable, no dicho sino señalado. Este estado de conciencia o situación vital está inmejorablemente expresado en los cuartetos del soneto. Es un verdadero estado de agonía o de **vivir en muerte**, originado en **un pensamiento mudo como una herida**. Quizás quepa observar que con menos engolamiento pero mayor exactitud la poetisa debió escribir **sentimiento** en vez de **pensamiento**, ganando así en acuerdo con esa su íntima naturaleza (fue genial por su

capacidad para sentir pero no por su capacidad para pensar) que le hizo exclamar, en el cuarteto inicial de **Explosión**, y con total sinceridad, “que no valen mil años de la idea / lo que un minuto azul del sentimiento”. Esta observación no invalida, por otra parte, la calidad poética y el vigor expresivo de los cuartetos que preparan la eclosión magnífica de los tercetos. Sobre ellos se han hecho ya en líneas anteriores algunas observaciones. Conviene reiterar que el primero expresa un casi indecible sufrimiento (el pensamiento mudo se convierte en trágica simiente y ésta, clavada en las entrañas, en sugestiva localización anatómica, muerde como un diente feroz) y el segundo trasmite la esperanza de un goce insuperable (un día, quizás, la trágica simiente abra en flor milagrosa, y, entonces, se gozará de un éxtasis mayor que el de tener entre las manos la cabeza de Dios). Todo esto es lo dicho y, por consiguiente, no es ún lo inefable, que se halla, y así debe ser sentido al leerse el soneto, en el trasfondo de todas estas vivencias expresables.

En un primer nivel interpretativo, podría cerrarse aquí el análisis, manifestando que **Lo inefable** comunica lo indecible a través de lo expresable y sin preguntarse de qué sustancia está hecho ese indecible. Es posible, sin embargo, acceder a un segundo nivel interpretativo e interrogarse sobre la naturaleza de esa sustancia. No creo excesiva audacia afirmar que ella, como en todos los grandes poemas de la poetisa, es de naturaleza erótica. En éste, como en los más intensos y audaces de sus poemas eróticos anteriores a su casamiento, la poetisa transfiere a clave alegórica los impulsos que le comunica su dios Eros. Recuérdense, y es suficiente, **El cisne y Plegaria**. El pensamiento mudo como una herida alegoriza al deseo erótico reprimido. Por eso devora alma y carne y no alcanza a dar flor; por eso es como estrella dormida que abrasa enteramente pero sin dar un fulgor; por eso se convierte en trágica simiente, localizada en las entrañas, y que muerde como un diente feroz. El casi indecible sufrimiento es el de esa **Castidad** que, en **Plegaria**, se alegoriza en las estatuas que inspiran piedad a la poetisa. Y el goce supremo esperado (...Ah, más grande no fuera / Tener entre las manos la cabeza de Dios!!) es el de la realización erótica, que abrirá la trágica simiente en flor milagrosa. (4) No es raro, pues, que en su primera versión el poema comenzara con una invocación (**Mío**) dirigida al ser amado, a quien le expresa la tristeza y el dolor que provienen de un **sueño mudo como una herida**. Sueño que, en la segunda versión, se convierte en un estado de agonía, con la sustitución de **Es el dolor de un sueño por Yo muero de un sueño**. En ambas versiones, además, se expresa el deseo de ahondar la horrible herida (esto es, de no rehuir el deseo sino de ahondar en él). Y en el primer terceto de ambas versiones, se expresa el deseo de arrancarse el dolor que la horrible herida provoca (esto es: de no hacer de la **Castidad** un estado permanente). Estas conclusiones podrían tener más amplia corroboración si se procediera a un análisis comparativo entre **Lo inefable** y otros poemas de la poetisa. Piénsese, por ejemplo, en el estupendo soneto **La barca milagrosa**, donde tam-

bien aparecen el pensamiento (Preparadme una barca como un gran pensamiento), Dios (...he de sentirme en ella / fuerte como en los brazos de Dios) y el morir (...Yo ya muero de vivir y soñar...) y donde también se alegoriza la sustancia erótica de muy sutil manera.

Arturo Sergio Visca

N O T A S

- 1) **La pecadora.** Habanera para piano por D. Costa. Propriété por tous pays MAYENCE, B. SCHOTT'S SOHNE, Londres, Schott & Co. 159 Regent Street. Paris, P. Schott. 70 rue du Faubourg S. Honoré. Bruxelles, Schott frères. 82 Montagne de la Cour.
- 2) Este verso aparece, en **Cantos de la mañana**, cerrado con un signo de interrogación. Es una errata evidente, corregida al reeditarse el soneto en **Los cálices vacíos** (Montevideo, O. M. Bertani, 1913).
- 3) ...se arraiga en la vida... Esta expresión es, hasta cierto punto, ambivalente. Puede ser interpretada de dos modos: el **pensamiento inmenso** tiene sus raíces en la vida y de allí va al ser humano o nace en éste y va a la vida para clavar allí sus raíces. Quizás esta ambivalencia comunique fuerza poética a la expresión.
- 4) **Flor** (y sus derivados, como, por ejemplo, **floración**, **florecer**) aparece con frecuencia en la poesía de Delmira Agustini con un sentido netamente erótico. Lo mismo ocurre con **herida** y **estatua**, aunque, desde luego, con un valor alegórico o simbólico distinto. Sería de gran rendimiento crítico un estudio del valor simbólico de ciertas palabras en la poesía de la autora de **Lo inefable**. A modo de somera indicación, anotaré aquí que en **Cantos de la mañana**, que se compone con 20 textos, 14 emplean el sustantivo **flor** o derivados, y en algunos poemas más de una vez, aunque no siempre la tensión del sentido erótico alcance igual intensidad.
- 5) Para finalizar, una pregunta. ¿Qué resonancia emocional o poética, no meramente conceptual o lógica, tenía para la poetisa el adjetivo **inefable**? Es ésta, claro está, una de esas preguntas que sólo pueden tener una respuesta presuntiva. A pesar de ello, no carecería de interés buscar esa respuesta. No se intentará aquí esa indagación. Es interesante consignar, sin embargo, qué en **Cantos de la mañana**, libro en el que aparece la versión definitiva de **Lo inefable**, el adjetivo es utilizado en el título del soneto que motivó estos apuntes y en cuatro ocasiones más:

Pobre mí corazón que se desangra  
Como clépsida trágica en silencio,  
Sin el milagro de inefables bálsamos  
En las vendas temblantes de tus dedos!

(De "Elegías dulces", II)

Y al amparo inefable de los cielos sembremos  
De besos extrahumanos las cumbres de la Vida!

(Supremo idilio)

Y la tierra inefable parecía  
Un sueño enorme de color de plata!

(A una eruz)

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?  
El áureo campaneo  
Del ritmo; el inefable  
Matiz atesorando  
El Iris todo, mas un Iris nuevo.

(Las alas)

Una única observación haré aquí: es indudable que la poetisa no emplea el adjetivo **inefable** para expresar una cualidad real de la cosa calificada sino para manifestar la resonancia que produce en ella, la poetisa, y, con toda precisión, dentro del contexto emocional del poema. El adjetivo más que pensado está sentido. Esto es bien evidente en el poema **A una cruz** (uno de los más hermosos de la poetisa y que, sin embargo, ha sido poco atendido). El adjetivo aparece con motivo de una descripción de una noche en que se vive una situación casi mágica. Es entonces que la tierra es sentida como inefable. La transcripción de toda la estrofa es suficiente para corroborar lo dicho.

La Luna alzaba dulce, dulcemente  
El velo blanco, blanco y transparente  
De prometida del Misterio; el cielo  
Estaba vivo como un alma!... el velo,  
El velo blanco y temblador crecía  
Como una blanca y tembladora nata...  
Y la tierra inefable parecía  
Un sueño enorme de color de plata!  
Fue un abismo de luz cada segundo,  
El límpido silencio se creería  
La voz de Dios que se explicara el Mundo!



**SOCRATES COMO FILOSOFÓ**

por HECTOR MASSA

**SOCRATES FILOSOFÓ**

por LUIS E. GIL SALGUERO

## SOCRATES COMO FILOSOFÓ

El lugar de Sócrates en la historia de la filosofía no termina de ser un sitio tranquilo.

A pesar de tantos magistrados que desdiciendo a los de entonces se empeñan en discernirle el más honroso de los lugares, su lugar verdadero fue un “no ha lugar” pronunciado contra su manera de vivir la existencia. La enormidad del veredicto genera una especie de simetría absurda: ése era justamente el lugar más honroso.

Admitamos que su manera fue perturbadora, que ofendía a los poderes de la Ciudad y disentía de ellos de un modo claramente paradigmático.

Ese paradigma reviste el aspecto de una discordia insoluble a la par que aleccionante entre la racionalidad y la repetición, entre la libre indagación de los significados y la idolatría del Sentido.

La discordia es en el fondo entre lo que se pliega a la entropía y quiere sustituir la historia por una especie de cosmonograma cada vez menos significante y la libre imaginación, discretamente acompañada a una historia siempre defectiva.

¿Pero en qué disentía Sócrates? ¿En qué consistió lo imperdonable de su disenso?

Los testimonios desiguales de Jenofonte y de Aristóteles lo muestran lleno de intenciones (lo cual es cierto) y le atribuyen una doctrina, resultado y apoyatura de un método. Y es en virtud del vaivén paulatinamente esclarecedor del método, que el discurso y las acciones cotidianas reflejan, como en un “espejo oscuro”, el fundamento del cual nos hemos separado.

De manera que cuando Sócrates dice no saber, o peor aún, sólo saber que no sabe, es de toda evidencia que debemos entenderlo con un grano de sal. Proceder de otro modo sería prestarse en demasía a los excesos de un marginal de talento. Así, la célebre ironía socrática queda reducida a fingir que no se sabe para mejor disponer de la incauta ciencia de los otros. Al final del proceso, este tahur ilustrado, consigue mostrar que el saber de sus dóciles interlocutores es más el padecimiento de una ilusión que la justa proporción de lo eidético tal como se ofrece al “filósofo”.

En la medida en que esa proporción sólo emerge en el circuito de una ascesis rigurosa, el saber legítimo nos arranca al sueño obstinado que éramos para nosotros mismos.

Se trata, como se ve, de un programa estupendo.

¿Pero cuál es la positividad de ese saber legítimo, cómo describir al pormenor el método que informa esta implacable persecución de la ignorancia?

En el *Parménides* el joven Sócrates aparece como un aventajado practicante de la dialéctica cuyo creador —según Aristóteles— habría sido Zenón de Elea. Aparte de que nadie inventa, como quien dice de un solo fulgor, algo tan esquivo y fecundo, creo del caso afirmar que Sócrates condensa y luego disloca esa difusa tradición de tratar a las ideas por modo contrastante. Al dislocarla, la naturaleza especular de la razón se cambia en actividad prospectiva básicamente no ideográfica. Y es en este justo sentido que la razón socrática denuncia a toda *Begriffsschrift* posible como una impostura de la vieja razón estructurante.

Tal sería, a mi entender, si no la tesis —pues dado el carácter de las cosas discutidas la “propuesta” de ideas no es lo decisivo— sí la prehensión de base en el ensayo de Gil Salguero.

Es natural que a esta altura pululen los testimonios y argumentos en contrario.

Si se admite que la dialéctica procede por contrastes entre las ideas, diré todavía que el hecho inteligible por excelencia es el contraste como trama de relaciones lógicas (o por analogía, sintagmáticas) y no la sustantividad de la noción.

¿Pero cómo? ¿No aparece Sócrates en los *Diálogos* una y otra vez atareado en esclarecer el sentido de las nociones? ¿No afirma Aristóteles (Met. M., 1078, b27) que Sócrates fue el creador de los “argumentos inductivos” y de las “definiciones universales”? Ahora bien, argumentos y definiciones de ese tipo son operaciones concurrentes para aprehender lo que en el *Fedón*, por ejemplo, se llama una Forma. ¿Y no es la Forma una noción, o por lo menos ésta, la simple acción refleja de aquélla en el intelecto?

Claramente no. La noción se configura al término de un grafo regido básicamente por el principio de contradicción, con evidencia aditiva toda vez que los materiales intermedios se someten al principio, i. e., en los nudos del grafo. Esa evidencia aditiva no es el mero lustre de la razón depurado paso a paso, pues contiene el esfuerzo de fundamentación ya realizado y muestra el doble aspecto, teórico y motriz, del Logos. Y la noción misma no es la resultancia inesperada del esfuerzo sino que, siendo indivisible del esfuerzo, debe estar para sí misma siempre disponible como esfuerzo. La noción es, literalmente, trabajo.

El Eidos en cambio no está al término de ningún trazado. En su autosuficiencia se ofrece como una no producción. Pero sólo se “ofrece” en el círculo de su autosuficiencia: fuera de él nada puede hacer por lo existente.

¿Y qué o quién confiere al Eidos su autosuficiencia? Nadie, porque el Eidos no es ni trabajo ni el diseño de un trabajo efectuado. Es el límite desintegrado e infinitamente gratuito, el Más Allá denotativo de un trabajo que se resuelve sin ningún residuo en la noción.

Pero entonces el entramado sintagmático en que ésta se ha convertido, ya no es el puro hecho inteligible, es la acción inte-

ligible, el terrible esfuerzo que poco a poco constituye la humanidad del hombre y le abre espacio en un mundo abarrotado de las no producciones de los dioses.

Este, creo, es el sentido del apotegma de Cicerón: "Sócrates hizo que la filosofía descendiera del Cielo a la Tierra".

En la **Metafísica** (M, 1078, b30), Aristóteles dice que Sócrates "no separó" lo universal de lo particular. Sea cual fuere la justa interpretación de este fragmento, parece discutible que la Teoría de las Ideas significase para Sócrates algo más de lo que hoy podríamos llamar —si se tolera el anacronismo y un obvio abuso de lenguaje— el principio trascendental de la *Paideia* (1). Pero la dialéctica, escindida de esa teoría, coincide con el análisis activo de lo que afirman los hombres en cuanto dicen un saber que, ignorándolo ellos tantas veces, los constituye y los orienta en su condición humana. Y me aventuro a pensar que la dialéctica socrática es la denuncia metódica de la peligrosidad del saber en la medida en que los hombres ignoran no tanto su correcta ideografía cuanto su ilimitado poder de constitución. Pues sólo a través de la compresión ideográfica del saber, sólo a través de este saber imaginario, puede constituirse lo inhumano.

Se dice que el desconcierto de Sócrates ante las paradojas de Zenón y —de un modo menos conjectural— su alejamiento de la filosofía de Anaxágoras, lo resolvieron a ocuparse de "lógoi" y no de la Naturaleza. Pero "ocuparse de lógoi" no es caracterización demasiado específica: acaso otros lo habían hecho, sin duda otros lo harían. Y es su manera específica lo que da que pensar.

Sócrates tiene un modo directo y otro oblícuo de tratar con los "lógoi". La estructura manifiesta del modo directo es ideocéntrica. Aquí el Filósofo actúa sobre el lenguaje de sus interlocutores, propone las preguntas de tal suerte que induce en cada caso un sistema de repuestas, redistribuye los significados y al dislocar los enlaces patológicos que bloqueaban el libre juego de lo inteligible, restaura la positividad del saber legítimo. ¿Y en qué consiste esa positividad? No sólo en la no contradicción sino en la evidencia que proviene de una verdad autosuficiente. El acceso será todo lo penoso que se quiera, pero una vez abierto, la autosuficiencia de la verdad es el signo mismo de lo Presente.

El saber es saber de la presencia que se recoge toda en lo Presente dejando detrás suyo, como tanteos delatores de la contradicción, las múltiples variantes de su acceso.

Pero Sócrates dispone de un modo oblícuo de tratar con los "lógoi", modo que muestra la insuficiencia del primero y que lo incluye y lo abandona en incessante alternancia. Tal insuficiencia no es absoluta sino prospectiva, como si lo Presente que se abría ante el modo directo estuviera afectado de una preterición inminente.

---

(1) Véase en Aulo Gelio (*Noches Aticas*, XIII - XVI), la restitución de la sinonimia entre *Humanitas* y *Paideia*, ya entonces desnaturalizada.

Esa extraña manera consiste en sostener una expectación sistemáticamente excéntrica respecto de las propuestas nacionales que se presentan como formas del saber. Semejante actitud ideocentrífuga implica una acción desestructurante que se propaga en el continuo lógico de la aserción.

Y ese desestructurar no es un acto cuyo esquema podría estar dado en la sola negación proposicional sino, radicalmente, la imposibilidad de afirmar asumida como alternativa del discurso en cuanto se pretende el único efector de la verdad y de ésta como único efector de lo que es.

Sin embargo, Sócrates no era un escéptico sino alguien para quien la autosuficiencia de la verdad se parecía demasiado a un *dictum*. Y en cambio, creo, la verdad era para él la forma proximal pero de ninguna manera exhaustiva de la libertad. Con otras palabras: Sócrates se ocupa de las "proposiciones" porque ha visto que la Ciudad las utiliza casi siempre como sistema separante entre la libertad y el saber.

El modo directo (de tratar a los "lógoi") se inscribe en el oblícuo. En efecto, si el movimiento asertivo ideocéntrico no incluyera cierto potencial desestructurante, la noción justa no podría emerger por sobre la barrera de posibilidad adversa que proyectan las otras nociones. Ese potencial no interfiere con la línea evolutiva de la noción sino que —cuando predomina el modo oblícuo— la va constituyendo como línea de vacío en el significado.

Ese vacío no es la ausencia sino la simultaneidad al parecer impracticable de la significación.

El rasgo impracticable que la ideocracia superpone a la libre apertura de los significados fué visto por Sócrates como el peligro específico del hombre. Nadie mejor que él sabía que la libertad no sólo es cosa de enderezar proposiciones. Pero el Eidos y la actitud argumental que lo proponé, fueron un recurso para someter a medida el proyecto intolerable de practicar la infinitud del significado. Ese proyecto es insensato si pretende la posesión efectiva de "todo" saber posible. Sin embargo la práctica de esa infinitud no es lo mismo que su posesión: es más bien situar lo que se sabe en el régimen de una ilusión radical.

En apariencia Sócrates acepta la eficacia limitadora del Eidos —su declarada capacidad de ser lo no ilusorio— pero en el mismo acto comienza a trabajar por la decompresión ideográfica del saber. Al hacerlo, inaugura una tarea interminable.

Pues es cierto que "lo bello es difícil". Pero la libertad es más difícil todavía.

Las pocas reflexiones que anteceden sólo aspiran a reafirmar aspectos que considero esenciales del ensayo de Luis Gil Salguero, **Sócrates Filósofo**.

He tratado de ser fiel al recuerdo de don Luis, a su inolvidable manera de obstinarse en decir lo que precipitadamente todos damos por indecible.

En estos días se cumple el primer aniversario de su muerte y hace más de veinte años que nada suyo se publicaba.

El presente trabajo es parte del Archivo Luis Gil Salguero que se custodia en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Constituye lo que él llamaba un "cuaderno de trabajo" — desarrollos y meditaciones vinculados a sus cursos, en este caso uno sobre "El Acto Filosófico" dictado en la Facultad de Humanidades al principio de los años cincuenta.

Es demasiado pronto para evaluar su idea de la filosofía que por lo demás no sería propiamente una idea y en todo caso, nunca un ideocentro.

Pero el trabajo que ahora publicamos nos lo trae tan en lo vivo que apenas puede reprimirse un sobresalto de alegría y de melancolía. Pienso —claro— en los que habiéndolo conocido estimaron el solitario esfuerzo de este hombre por rescatar tanto sentido que desaparece en la existencia después del triunfo de casi todos los victoriosos de la historia.

**Sócrates Filósofo** es un ensayo singular. He aquí un pensador de un pequeño país que a la distancia de tantas bibliotecas del mundo y como desempolvándolo de ellas, se empeña tras los pasos perdidos del más inquietante de los filósofos.

Dice Gil en S. F.: "...lo inauténtico de la filosofía ocurre justamente cuando le conferimos por misión el terminar su acabamiento en la idea, su complacencia en el ideograma".

Aquí se pone en claro lo que antes llamé su **prehensión** de base que se refiere obviamente a toda la historia del "acto filosófico". Sócrates no es sino el caso extremo de esa autenticidad del filosofar que él rastreaba. Y **prehensión** significa no la apropiación de algo que serviría después de testimonio o de argumento, sino cierta destemplada inquietud por lo que la verdad no dice, por lo que en ella no está presente o recogido en tanto sea la sola posesión de la conciencia. Pues en Gil se dio este vislumbre: que la verdad no es una relación posesiva de la conciencia con lo Otro, sino la conversión de aquella en realidad literal. De ahí la naturaleza ideocentrífuga que parece tener para él toda conciencia límite.

Pero el receso ante las ideas no significa en absoluto abandonar la dimensión crítica de la aseveración sino proseguirla para forzar el pasaje del símbolo a lo mencionado por los símbolos, de los "logoi" a las cosas mismas. En ese instante literalmente inimaginable, dejaremos de ser simplemente "los que hablan".

Luis Gil Salguero dedicó su vida a preparar el advenimiento de ese instante. Para mí, su dignidad mayor consistió en no desesperar nunca del todo.

por Prof. HECTOR MASSA



## **SOCRATES FILOSOFÓ**

por LUIS E. GIL SALGUERO

"Socrate n'a rien laissé grâce à quoi il puisse être jugé. Même si j'a vais été son contemporain, il m'aurait été difficile de la saisir" (Soren A. Kierkegaard).

El oficio de partear, tal como yo lo desempeño, se parece en todo lo demás al de las matronas, pero difiere en que yo le ejerzo sobre los hombres y no sobre las mujeres, y en que asisten al alumbramiento, no los cuerpos, sino las almas. La gran ventaja es que me pone en estado de discernir con seguridad, si lo que el alma de un joven siente es un fantasma, una quimera o un fruto real. Por otra parte, yo tengo de común con las parteras que soy estéril en punto a sabiduría, y en cuanto a lo que muchos me han echado en cara diciendo que interrogo a los demás, y que no respondo a ninguna de las cuestiones que se me proponen, porque yo nada sé, este cargo no carece de fundamento. Pero he aquí por qué obro de esta manera. El Dios me impone el deber de ayudar a los demás a parir, y al mismo tiempo no permite que yo mismo produzca nada. Esta es la causa de que no esté versado en la sabiduría, y de que no pueda alabarme de ningún descubrimiento, que sea una producción de mi alma. (Sócrates, en el "Teetetes" de Platón).

## LIMINAR

Para mejor servir a los intereses de comprensión de los oyentes, entrega en su forma primera los textos que representarán nuestro primer esfuerzo, nuestra primera aproximación a la experiencia de pensamiento que nos parece advertir —y lo hacemos conjeturalmente— en el caso de Sócrates. En el caso de Sócrates, que fue estudiado como una expresión, muy singular por cierto, del acto filosófico. Cumplíamos así con él, y como lo habíamos prometido, con el propósito que nos moviera, de elucidar, al través de algunas personalidades, las características principales del acto y de la experiencia filosófica. De ello, en otros complementarios de éste sobre Sócrates, y en que insistiremos más sobre Sócrates, como los relativos a Nietzsche, a Bergson, a Marcel y antes a Comte, iremos dando cuenta en las entregas parciales de nuestros Cuadernos de Trabajo. Presentados en su indigencia, en la primera forma de los esquicios; antes de someterlos a aquella operación unificadora que, si literalmente los presenta con más corrección, suele hacerles también perder su valor incitante y el modo iterativo, a veces discontinuo, que debe quedar en estas investigaciones. Y, volviendo al caso de Sócrates: cada uno de estos esquicios fue comentado en el aula; pero esos comentarios sólo han sido parcialmente recogidos, aunque con gran fidelidad, por un oyente. Como tendremos que insistir sobre estos temas, acaso para justificar, tal vez para rectificar, alguna de las afirmaciones aquí estampadas, volveremos sobre ellos, y los publicaremos entonces de modo más completo. Tanto como su imperfección deben concretar la actitud de sinceridad que nos ha inspirado. En parte la imperfección, lo mismo que las repeticiones, se deben a la enunciación oral, a la presentación y desarrollo didácticos, en verdad inevitables, al tener que transmitir y comentar aspectos tan delicados de la exégesis.

Sócrates nació en Atenas, en la primera mitad del año 469, y murió en los comienzos del 369. Pocas noticias se tienen acerca de su vida. Se ignora quiénes fueron sus preceptores. Su instrucción, se limitaría a los conocimientos elementales que los griegos comprendían bajo el nombre de "música" y que con la "gimnástica", constituyan el programa de la educación tradicional (1). Los testimonios que lo representan como un hombre inculto, son inseguros, lo mismo que las versiones que le dan como maestro a Iscomáco, a Evenus de Paros, a Teodoro de Cirene, y a Aspasia y a Diótima. Las relaciones de Sócrates con Arquelao, parecen mejor establecidas. Por lo demás, no proporcionan ninguna luz sobre posibles influencias ideológicas. Los pasajes de Platón en que se haría referencia a estos hechos, son, en opinión de Rodier, manifiestamente irónicos.

Dícese que en su juventud, compuso poesías (hay una referencia a ello en el Fedón platónico), es dudoso qué haya empezado a ejercer el oficio de escultor y debe desecharse, parece, la versión que le hace autor de las estatuas de las Gracias vestidas (2). Lo mismo el testimonio de Sócrates esclavo y libertado por la generosidad de Critón. Tampoco parece verosímil la versión de pobreza, inferida de indicaciones de Platón y Jenofonte; en todo caso, la suya no fue extrema.

De ello resulta que nuestro conocimiento del período juvenil de Sócrates (3) está lleno de lagunas. Y no nos es mejor conocida la vida de Sócrates ya filósofo, ciudadano ateniense y defensor de las libertades griegas (4). Las referencias que existen acerca de estos hechos, muy importantes, no dan relieve a la figura de este pensador y sorprenden casi siempre por su carácter incierto y por su precariedad.

Y no estamos en mejores condiciones en lo que atañe a la "doctrina". Todo es objeto de conjeta, de interpretación. El tema socrático, es un tema de ironía socrática, ha dicho Brunschvieg; "un desarrollo que no puede ser concebido" (Kierkegaard); "una ricerca non mai esaurita" (Labriola); "como figura histórica la más enigmática de la tradición" (K. Finger); "una incognoscibilidad en último término" (Friedlander). Así pues, el conocimiento de la presunta doctrina socrática, no es un conocimiento directo. Lejos de ello, figura y doctrina nos habrían llegado en la formulación de sus "discípulos" y según el testimonio, en verdad muy equívoco, de Platón, de Jenofonte, de Aristófanes, de Aristóteles. Y acaso, de los grupos "deslucidos" y algo dispersos, de una posible tradición socrática perdida. Estas fuentes (para nosotros en verdad muy indirectas) de distintas fechas, viniendo de temperamentos muy poco afines, constituirían la base para posibles síntesis

de su "filosofía" y de su enseñanza; el punto en que confluyen y coinciden los "expositores", serían obra de la interpretación y, a decir verdad, resulta algo artificiosa cuando quiere restituirlas la figura humana de Sócrates y aún más, al configurar la "doctrina".

El más profundo es, sin duda alguna, Platón. En los "Diálogos", Sócrates constituye, en muchos casos, el centro de la exposición. Mayormente en los "primeros" (Hippias Menor, Eutifrón, Apología, Critón, Lisis, Laques, Cármides y Protágoras), los de la juventud y madurez de Platón (5), las ideas expuestas revelarían un "conocimiento" familiar del maestro. Este sería el mejor de los textos para un estudio de Sócrates; aún sentimos, por momentos, su proximidad histórica, mucho más nos parece, que su "ideología"; pero ya en estos diálogos, el "discípulo" profundizaría en las "ideas" (?), y daría a la doctrina un alcance que, en rigor, no podría juzgarse como socrático, si nos atenemos a la documentación objetivamente considerada. Pues sorprende allí la ausencia de conclusión, el modo libre y constante del ejercicio del pensar, "el interrogar insidioso y preciso" y en los "últimos" diálogos, en la medida en que Platón habría desenvuelto su pensamiento hacia la originalidad vivaz, Sócrates (sus ideas, y su figura) adquieran una expresión idealizada, que, yo pienso, nos lo restituye como filósofo en su "segunda manera".

Estos hechos, y la hondura cierta de Platón, constituirán dificultades acaso irreductibles, que harán difícil separar lo socrático de lo platónico. La vida de Platón se orienta evidentemente, hacia su propia suscitación y desarrollo, hacia el atisbo de trascendencia y de religiosidad, hacia la manera del sentir personal y de la expresión propia. Si pueden presentirse en sus "Diálogos", momentos en que la hondura del "discípulo" se insinúa o declara, se advierte más el propósito de transmitir un mensaje filosófico, o ensayar una reivindicación definidora del filósofo, de la dignidad del método, de la trascendencia de su misión personal. Y acaso, en el final de su carrera, no doctrinaria; pues, supuestos dos propósitos en Platón, el de transmitir una doctrina, el de revelar una personalidad y definir la figura, el arquetipo del filósofo, éste nos parece primero y fundamental. Nótase más allí; un alejamiento de lo doctrinario, un abandono de la doctrina como tal, al tiempo que se nos muestra ésta sustituida por la originalidad propia, implacable de Platón, por su propósito de pensar con toda el alma, el tema socrático.

El otro "testimonio" es el de Jenofonte. Con este escritor, ocurriría algo distinto. Su Sócrates, sería, según algunos, más histórico, más superficial, piensan otros, más verdadero, en opinión de tantos; simple rapsodia de segunda mano, para algunos, sus escritos, constituyen para otros, la "fuente" a la que habría que recurrir si queremos salvar lo principal del "pensamiento" de Sócrates. Claro que, si la versión de Jenofonte reprodujera, como se ha dicho, las "lecciones" de Sócrates, se hallarán en las "Memorabilia" recuerdos socráticos, preciosas indicaciones tocantes a la "doctrina". Es posible que así sea; pero no se olvide que, acaso, no restituiría sus puntos más altos de originalidad, sus inquietudes más hondas, y, menos, sus entrevisiones y atisbos. Si es con-

cisa y digna de fe para un Gomperz (que no obstante, restringe su valor), si un Rodier estima el testimonio, si un Labriola y un León Brunschvicg atienden a lo fundamental de su enseñanza, un Robin no advierte más que elementos de segunda mano, tomados de Platón y de Aristóteles, un Jaeger y un Meyer sólo ven en los "Memorables", un fuerte matiz subjetivo; insiste el último en la falta de valor histórico, o declara, ahora un Gigon que la manera de Jenofonte consiste en "cortar y coser". Dígase, en fin, que la interpretación moderna se separa cada vez más, o restringe, cada vez más, el valor documentario de los "Memorabilia"; se advierte aquí casi una inversión de un punto de vista: el texto de Jenofonte sugiere más la desconfianza y los investigadores se orientan más hacia el análisis de "doctrinas" o puntos de vista no considerados u omitidos (6).

El testimonio de Aristóteles, sería de otro alcance. Caracterizaría de una manera precisa, creen sus partidarios, el núcleo y la tarea socrática. Empero algunos escritores modernos han asignado un papel secundario a este testimonio, que deberá usarse, según la opinión de Boutroux "como el sabio usa de la hipótesis". Si en términos parecidos lo defienden Gomperz, Joel, Rodier; Si Zeller confía en él. Taylor lo descarta y Meyer y Burnet se oponen enérgicamente. Debate que no sólo se concreta a estimar la aportación aristotélica, sino que aún se extiende a saber qué valor tiene Aristóteles como historiador de la filosofía griega, su seriedad y juicio, su fidelidad en lo expositivo, siguen siendo igualmente objeto de disputa. Acordes casi todos, empero, en que no puede prescindirse de él; pero ahora, habría que interpretar de otra manera el acuerdo con lo que Platón y Jenofonte nos dicen. Pues, después de la labor de Meyer, el problema, en lo que atañe al significado de Aristóteles, debe entenderse de otro modo; entre otras razones, si es cierto, como él sostiene, que la refiguración de Sócrates, en sustancia se funda sobre la de Jenofonte. Y piensan algunos, que Aristóteles habría contribuido más que nadie a descartar los temas y pensamientos principales de Sócrates. Y si unos creen que Aristóteles va realmente al encuentro del Sócrates maestro de Platón, dejaría en la sombra aspectos principales de la "filosofía" socrática. Viniéndose así, por esta vía, a limitar la valoración de Aristóteles, como historiador y razonando todos, en lo que acaso hay sino un error, una premura, como si Sócrates tuviera una "doctrina", una filosofía, y como si estuviera siempre claro que han querido ellos exponerla con fidelidad. Es éste, nos parece, el equívoco, la creencia "inevitable" de la interpretación. Como es necesario despertar de ella, adquirir una conciencia mayor del **proceso de la composición de la figura y de la doctrina**.

En los siglos VI, V, IV, se produce en Grecia el mayor desenvolvimiento conocido de la libre personalidad. Cuando se comparan las culturas helénicas con las orientales, más allá de la serie de rasgos comunes que revelan el fondo humano permanente, hallamos también las notas distintivas.

No acaba de elucidarse la noción de "milagro griego", que se venía preparando y que alcanza acaso su expresión cimera en

Homero. Pero al través de una serie de esfuerzos realizados por los filósofos antesocráticos, culmina en el período que corresponde al advenimiento de Sócrates, en que tiene lugar el mayor desarrollo de la personalidad libre. ¿Qué factores intervienen para que, comparada la cultura griega con las orientales, un grupo de hombres rompiera el círculo hipnótico de la especie y se echara a pensar por cuenta propia y haciendo que la filosofía comenzara en el esfuerzo para erigirse ellos mismos, hombres, en temas de pensamiento y reflexión.

Antes y siempre, ha habido sabidurías, a las que adherían los miembros a ellas pertenecientes; aquí, en Grecia, se diría que la humanidad, en una de sus encrucijadas, altera el modo de desarrollo: en vez de propender a la cultura humana genérica, y a mantenerla, estos hombres, individualmente, aisladamente, se erigen en tema de reflexión, y en lugar, digo, de ideas comunes compartidas y aceptadas, se parte de una experiencia propia y libre de la vida. Y así tenemos, no una sabiduría **de los pueblos** sino la conciencia individual en rebelión. El hombre legitima sus propios pensamientos y sus propios sentimientos, y crea las maneras de exponerlos, de criticarlos, de invalidarlos.

Acaso no existe, en el dominio de la filosofía, un pensador tan modesto, y tan soberbio, que haya hecho gravitar tanto el tema del hombre en torno a esta cuestión, simple en apariencia, que la razón humana acaso debe validar, como Sócrates. Al plantear el tema del hombre, al hacer que la filosofía comenzara con el acto de una decisión de radical originalidad, de juicio libre, que manifestara las propiedades de lo humano en su pureza. Mas si Sócrates hubiera respondido a ello dándole imperio universal, no sólo habría negado el principio de la personalidad libre, sino que tendríamos una enseñanza apoyada en la autoridad, y normas morales que servirían para todos los hombres, y prédicas que ya no harían necesario el ejercicio del análisis, ni pondrían, ni despertarían la rebelión de la conciencia. Pero Sócrates piensa que en cada hombre se da la posibilidad de un comienzo perpetuo de reflexión, de un desarrollo libre de la personalidad, de una experiencia humana que no cesa, de una vivificación ininterrumpida.

Probablemente no ha existido jamás un pensador que, en grado semejante, haya llamado la atención sobre el desarrollo de la individualidad, y afirmado la posibilidad de una especie de pluralismo de las libertades. Jamás, digo, se ha dado un caso como el suyo en lo que toca, por una parte, a su influencia y por otra, a la absoluta carencia de fuentes. Lo que constituye, asimismo, un enigma para la interpretación.

¿Cómo explicar el hecho de que un hombre nacido en un burgo de Atenas despertara la atención de Platón? ¿Cómo explicarnos el hecho de que éste, durante su vida filosófica, no pudiera separarse, sustraerse a la atracción extraña que sobre él ejercía Sócrates? ¿Cómo explicar también, la hostilidad de sus contemporáneos y finalmente la condena y muerte de Sócrates? ¿Y qué ha perdurado de la enseñanza socrática, y qué ha asegurado su permanencia?

Sócrates, al decir de los historiadores, —verdad intuída en los momentos de las intelecciones más profundas es un enigma. Sólo los que han alcanzado una experiencia “parecida” de la vida, podrán intuir qué clase de hombre era. Kierkegaard, el padre de la filosofía existencial, nos dice que nada ha dejado Sócrates que permita el ser juzgado. Aunque él hubiera sido su contemporáneo, tampoco le habría reconocido; desarrollo semejante, no es concebible. Doquiera se nos escapa el **existente**.

Sócrates, fue un enigma para sus contemporáneos, con mayor razón. Y aunque este motivo no es siempre alcanzado, deberá serlo para la interpretación ulterior.

En la caracterización que nos han dejado Platón y Jenofonte, son notorios los rasgos equívocos, la ambigüedad, la ironía, el disimulo, la confesión de ignorancia. Todo esto, en el diálogo, produciría seguramente efectos y alusiones que nosotros hoy ignoramos. Es evidente que éstos, no aprendían a situarle, no lograban la dilucidación de sus ideas; acaso, el sentimiento de las ignorancias invencibles, que era fondo de su filosofía, la circunstancia “de que no respondiera nunca” velaban aquellos momentos en que desaparecía el secreto de existencia.

Empezando por contrastes físicos.

El pueblo griego vivió, más que ninguno, la correspondencia de lo interno y lo externo.

Toda cosa pensada, intuída, podía ser expresada y comunicada. Un mundo exterior de figuras y de espectáculos, daba la experiencia pensada de figuras y de ideas, y luego, de términos. Una lengua estrechamente abrazada a las ideas, las comunicaba asegurando las maneras de la irradiación y de la propagación. Lo informe cedia ante la impulsión creadora que lo domenía; la expresión importa ser el coronamiento de la idea; la palabra traza, dibuja la forma periférica de su contenido. Todo cuanto ha sido pensado puede ser expresado. Lo concebido prefigura lo percibido y excluye lo informe (7).

Los poderes de creación y suscitación de forma alcanzan la expresión genial en Homero: en él es irresistible; nada que no haya sido mirado, que no persista como forma, como imagen, al través del poema. Pero se dirá, como forma, como imagen, no como idea. Pero es que, nos parece, sus artistas —artistas todos— realizan un movimiento de inclusión de la idea hacia la imagen. Homero, digo, el supremo creador de esta manera, realiza el movimiento hacia la imagen, prescindiendo de la idea. Nada que haya sido mirado y que no persista como forma al través del poema. Sus creaciones son de orden plástico; la persistencia de la imagen concreta el acto de su eternización; en el grado en que se estimula en lo concreto, no escinde, no se complace en la idea como un contenido que separe de la existencia mirada, de la existencia vista. Manera, digo, que se advierte en muchas expresiones del arte griego. Y esos poderes plásticos que nos han hecho perder inefabilidades, aspectos de lo inefable, experiencias de

pensamiento que no son ideas, cosas informes que la mente alcanza en la delectación de lo impalpable, si restituyen la profundidad, es la profundidad que alcanza forma y expresión, que se objetiva en la idea, "el invisible anillo que sujet a el mundo de la forma al mundo de la idea", como dice, en verdad extrañamente, Bécquer. El hombre griego no admitiría la existencia de algo que no pudiera ser concebido, construido. Esta fue su fuerza y, acaso, el límite de sus poderes de concreción plástica. Pensaban dentro de un mundo de formas y de espectáculos; vivían dentro de la idea de correspondencia de lo interno y de lo externo; los poderes de representación, se asociaban íntimamente a los poderes de expresión.

Mas Sócrates constituye una excepción histórica.

Con Sócrates se rompe este equilibrio. Llamaba la atención por su fealdad; no existía una correspondencia entre la belleza interna y la externa; poseía un alma bella y un exterior feo. Y los que vivieron en su proximidad histórica, lo advirtieron; conocían el contraste y se sentían trasladados, desquiciado el eje de la correspondencia.

Como griego, en algún sentido, Sócrates parecería un racionalista. El movimiento de las ideas, del dialogar, de lo que se pre-siente al través del lenguaje, aparece regido por la razón. Indaga, inquiere; vigila el movimiento conativo de las ideas y de las ideas de los interlocutores; pero más allá, uno percibe temores, inquietudes, desasosiegos, una cierta conciencia de otra cosa, todavía informe, un plano, otro plano que se insinúa pero que todavía no se hace tangible; una solicitud, no se sabe si lúgubre o estado alegre de exaltación; el comienzo de una intuición, de un éxtasis que no llega a desligarse de la razón. Sí, aparentemente la palabra avanza hacia la idea; pero se siente el límite, se siente el rebasamiento del pensar con respecto a la idea, y la correspondencia de lo interno y lo externo se han roto; algo solicita, desde otra esfera; la manifestación de lo informe no extenua, sin duda, a la razón, no la niega; apenas la amplía; muestra su límite; enseña que la existencia trasciende al acto que la piensa...

En algunos Diálogos de Platón aparece Sócrates estático, suspenso; un cambio de concentración provoca un cambio de intensidad; el intento de determinación por la idea descubre también lo informe; la vaguedad se ha vuelto intensa, y más allá del acto que expresa un momento del contenido de la existencia en la idea, comienza un movimiento "hacia la interioridad que no se expresa".

Y a este dualismo que apenas insinuamos, se agrega la dualidad, también, del hombre racional y el comienzo de la conciencia mística. Parece descubrir o presentir nuevas relaciones con el ideal; el **yo ideal** como causa de alteración e intensificación del **yo real**; la esfera de lo posible ampliándose ante la posibilidad de un desarrollo nuevo, con conciencia nueva, si bajo la incesante influencia del destino, presintiendo también el desarrollo de la personalidad, el nacimiento de poderes propios, de suscitasiones más vivaces...

Sócrates es un sabio; pero Sócrates vive y medita dentro del sentimiento de una ignorancia invencible. ¿Qué puede querer decir entonces, que es un sabio? ¿Qué puede querer decir que es la suya una sabiduría auténtica? Porque Sócrates **nada sabía**; y sin saber, excedía a los demás; y al través de su no saber advertía la precariedad, la falta de fundamento de las opiniones ajenas, y descubría, acaso en el alejamiento del sistema, que hay una **no filosofía** en lo más hondo del filosofar; que en la no idea, se manifestaban aspectos poco comunicables de la existencia; que, dado el carácter de lo humano, es preciso inteligir-ignorar, tener una actitud, un método; hacer de la filosofía una heurística viviente, un desarrollo de la experiencia abierta; una suscitación más honda de la personalidad, para hallar la existencia en otro momento de su desarrollo.

Por esta manera, acaso, sugiere o insinúa la idea de un nuevo saber, de un comienzo nuevo de la filosofía y de la personalidad. No es filósofo, ahora, el que sabe; el filósofo tiene ahora amor a la sabiduría, y en su desarrollo advierte las manifestaciones del amor; del amor que quiere un comienzo nuevo; que da el sí a la existencia posible; que santifica la posibilidad de que logre el hombre otras honduras; que justifica el lanzamiento del hombre hacia lo desconocido “para hallar lo nuevo”.

Así, en la existencia, lo descubierto; así es, el ideal, un postulado, un requerimiento de personalidad libre; así se pone el acento sobre la existencia que atrae y suscita y ahonda, y no sobre la idea que la retiene en su parálisis; así, en Sócrates en sentido propio, no hay ideas; no hay una “doctrina”: que alguien indique una idea, una doctrina, que, sin equívoco, puedan atribuirse a Sócrates. En los “Diálogos”, lo sorprendente siempre es, por una parte, el acto crítico que rompe el perfil de la idea; el señalamiento de la idea como un horizonte de limitación que no deja ver la apertura de la personalidad, la apertura del alma-cuerpo hacia lo ideal y hacia lo posible.

Ni transmite Sócrates ideas. ¿Dónde estos ejercicios de erudición? ¿Dónde esta complacencia en el ideograma? Allí el drama viviente, la auscultación; el momento en que una intensidad de vida y pensamiento se alejan de la idea, o la abisman, o la extenuan, por la presencia ineluctable de otros contenidos.

Así la filosofía comienza en el punto más alto y en el requerimiento más hondo de la propia suscitación. Se puede pensar la idea, pero es preciso pensar con toda el alma la existencia que está allende la idea. Y debe comenzar estimulándose en lo nuevo; y a cada momento, realizar un desvío con respecto a la idea; la originalidad propia, es desvío con respecto a la idea; se puede pensar —inquirir en cualquier cosa; el conocimiento más hondo, el más intenso, descubre lo nuevo y ejercita la vocación humana en el desarrollo, y si el centro de su filosofar —en cierto modo el drama de toda filosofía— es la idea, precisa descubrir variaciones de intensidad en el modo de captarlas, de pensarlas, y descu-

brir lo informe en aquellas intelecciones mayores, y cuando ocurre la lucha entre los poderes de concreción y forma y las maneras de seguir pensando lo informe... Ignorar es, de alguna manera, sentirse inmensamente estimulado por lo desconocido. El comienzo ideal de la filosofía y de la reflexión, descubren lo concreto, en el sentimiento de las ignorancias invencibles. En la confesión de no saber, y en la persistencia de la ignorancia, duran la vida, lo desconocido y el destino.

Inútil pues, nos parece buscar en Sócrates ideas, como nos parece superficial creer que sea irracionalismo, volverse contra la razón y contra la lógica en intento de pensar la existencia allende la idea; no advertir en el filosofar, cómo un "invisible espíritu" nos levanta por encima de la idea. Filosofar así es requerir un comienzo más hondo de la razón; un comienzo nuevo y distinto ante la solicitud de cada hecho y de cada problema, el despertamiento vivaz que, si lo piensa y traduce en una forma, si concibe un mundo de espectáculos, es también, para no olvidar aquella fulguración que la trasciende; aquella vivificación que la supera. Hacerse filósofo es así volver a la vida, a la eternidad, a lo posible; lo inauténtico de la filosofía ocurre justamente cuando le conferimos por misión el terminar su acabamiento en la idea, su complacencia en el ideograma. Lejos de la vida, ajenos al desarrollo...

Por ello diríamos, no trasmite Sócrates ideas; le interesa la inteligencia viviente, alentando en contacto con lo desconocido y el enigma; creciendo en intensidad y fuerza en el apasionamiento infinito, en la atracción hacia la libertad, que es un movimiento, mejor dicho un reclamo, de alcanzar al través de nuevas relaciones con la existencia, nuevas intensidades de percepción. Pero la libertad no es la evasión; vuelve sobre lo posible, se vivifica abrazándose al obstáculo, domeñándolo; el desarrollo de la personalidad es desarrollo sentido, existencia que se ha hecho sensible en su devenir, en su límite, en su posibilidad.

Otra nota de la vida de Sócrates, y que plantea tantos problemas, la hallamos en este equívoco: Sócrates no escribió; puede afirmarse que nunca escribió. No es pues, que se hayan perdido sus obras; el hecho, en lo posible, debe ser elucidado: seguramente, tiene otra significación, y es revelador de una actitud.

Parecería que su vocación se manifestaba, momentáneamente, en el diálogo, en el dialogar, en el contacto con sus discípulos. Su pensamiento se estimulaba en el decir, monólogo o monodiálogo (8). Sócrates busca en los otros, crea en el alma de los otros un ámbito de receptividad en el que ha de recaer, no la doctrina o el sistema, sino una capacidad, de autoevitarse; la suya, toca ciertos centros del alma, en el estupor, despierta la inquietud reciente; el discípulo advierte su nacimiento propio.

En su caso, toda relación entre maestro y discípulo es accidental; sólo sirve un momento. El, una vez que ha despertado, que ha suscitado el milagro continuo de la personalidad, hace que la dualidad maestro y discípulo desaparezca. Sócrates habla, alude, intenta la ruptura de aquellas opiniones que sustenta el

discípulo; las advierte como la causa de una detención y de un error; la palabra sirve de señal en las maneras de la comunicación, que, allende la idea, avanzan hacia el principio activo de un nacimiento personal. El texto de Teeteto, que incluimos más adelante (9) es decisivo al respecto.

Aristóteles también nos dice: "Sócrates siempre preguntaba; Sócrates nunca respondía". Decir que nosotros relacionamos con lo que antes dijéramos sobre el inteligir-ignorar, y sobre su concepto cierto de la filosofía realizada en el sentimiento de la ignorancia confesada, de las ignorancias invencibles. Y en esta caracterización de Aristóteles, daríamos respuesta a las cuestiones que nos vienen preocupando: Sócrates nunca respondía, porque no sabía nada; son accidentales las respuestas que establecen aparentemente un paralelismo con las preguntas, pero son valiosas las actitudes que llevan a la originalidad, en el límite del silencio, en el atisbo del desarrollo, en la advertencia de lo nuevo. Así también permanece la dualidad de maestro y discípulo, mientras se crea que existe un paralelismo de preguntas y respuestas, de problemas y soluciones, mientras el discípulo **aprende** lo que el maestro **sabe** y le trasmite. Pero Sócrates no sabe nada; Sócrates no es genial; Sócrates no genera ideas en los otros; él sólo tiene una exigua ciencia de amor, que hace que nazcan almas nuevas, personalidades nuevas...

Porque Sócrates no sabe nada, tampoco tiene "tema", para escribir. Tiene cosa más honda que la respuesta que se desvanece ante el nacimiento de un ser original y nuevo. Sócrates sabe ligar las escalas del amor, del Eros; al través del discípulo conocido en su proximidad histórica, evoca a la vida filosófica que es una segunda manera de nacimiento. No crea, no sabe nada y sabe lo más hondo; no responde nada y afirma la existencia de una personalidad nueva. Y al poner el acento en esta misión, y al destacar su alcance, se propone una extraña tarea, que no guarda relación con la tradición del saber, con la comunicación de un acervo cultural, sino con la vida misma. En él, y en el discípulo suscitado, la vida filosófica es vida que vuelve a la vida; un filosofar vivaz en el centro del acontecimiento, un modo de exaltación ante lo desconocido, un principio que se alimenta y no cesa en la surgente misma del continuo nacer.

Por eso en algún sentido, podría hablarse de Sócrates educador; en el sentido propio del término; guiar, provocar y asistir a las etapas del nacimiento; no trasmisión, pues, de dichos y de ideas; no trasmisión de conocimientos; Sócrates no "sabía nada", y cuando alguien preguntaba, Sócrates "no respondía nada". Así no hay ningún propósito de erudición; así tampoco trasmite, en sentido propio, ninguna enseñanza formal. Pero no obstante, sabe realizar el movimiento de la interiorización, hallar el germen del desarrollo posible del neófito (10).

Pero Sócrates tampoco es un poeta. Sócrates no es un creador; irónico, ha renunciado al uso de todo poder genial.

Sócrates no es un músico. Sócrates no es un escultor. Si ha ensayado la música, la escultura, la poesía, habría decidido también su abandono. La renuncia de poderes creadores y la permanencia en el ámbito imprefigurable de la ironía, supone, nos parece, una reserva de fuerzas y actitudes; un desvío con respecto a las soluciones que trae el destino y que el destino impone, al tiempo que el presentimiento de actos personales que nazcan en el seno del alma, y que traiga la vida en su potencia de exaltación, más no en el gesto suyo, que crea la forma y se reposa en ella, acaso para morir (11).

En ciertos momentos de los diálogos, se insiste en que, frente a los llamados de la política, Sócrates no rehuse sus deberes de ciudadano, pero sí rehusa toda gestión que suponga la entrega a una vocación política. Sócrates no es tampoco un político. Así la ironía, insinúa el gesto de evasión, de la incoincidencia. Sospechamos en esta manera de comportamiento, el propósito de no dejarse definir por idea, por doctrina, por sistema; permaneciendo ajeno a la forma, lograría, pensamos, decidir su destino trascendental (12).

Sócrates no es un sacerdote. Frente a todo problema, de inmortalidad y salvación, se nos aparece como vacilante; atisba, por encima de la esperanza, lo posible: pero él permanece, se diría, intrépido, en la duda. También un poco por encima del temor, como temiendo tanto de los poderes y de las sugerencias idénticas del esperar y del desesperar. En el centro de la vida, en la intensidad lúcida.

Hay una relación entre el sacerdote, que sabe y transmite una doctrina, y el neófito. Una relación de dependencia. Que puede ser también, debida a una inspiración de amor. Pero aquí la experiencia del discípulo, queda condicionada al itinerario呈示, a una enseñanza, a una doctrina, que tratan de inculcarle. Sócrates no inculca nada, no requiere que le sean fieles en palabra o doctrina, y empieza por no fijar normas, criterios, que supongan el asentimiento y la fidelidad consiguientes. La intensificación de energía que otros vierten en el poema o en la estatua, en la obra, él la emplea en permanecer libre, en dejarse exceder por la existencia; en algún sentido, sintiéndose estimulado indefinidamente por el destino, pero más por una potencia suya y propia, inelucidada y nueva.

Su posición de incoincidencia provocaba el desconcierto de los otros. Era nuevo; era distinto; en la ironía, en el ámbito que la ironía supone, se realizaba el gesto de la incoincidencia. "...dejaba confusas a las gentes, para enseguida abandonarlas de nuevo a sí mismas", "a cada uno de los que entendían algo en alguna facultad, les demostraba que, por lo demás, no eran sabios"; "así debió atraerse la enemistad de muchas gentes"; "en la misma ironía hay una pretensión de superioridad"; "de esta manera no se hacen amigos bajo el sol" (13).

Acaso por todo ello, Sócrates despertara recelos en el poeta, en el militar, en el político. Lo presentimos en la "Apología". Allí irrita a los jueces. Su muerte se le aparece con una luz nueva, como un ensayo de la libertad ante el enigma; secretamente la bus-

ca, la incita; quiere, al través de ella, hallar un vestigio de vida y de inmortalidad...

Se habría hecho necesario recurrir al testimonio de sus discípulos, o a fuentes indirectas que, se supone, de alguna manera, habrían salvado el contenido del pensamiento magistral, ya que Sócrates no escribió nada.

Siempre constituye un tema de interpretación y una dificultad más, la lectura de los filósofos que han escrito. Sobre todo tratándose de personalidades geniales es posible ensayar distintos modos de leerles, realizar lecturas distintas. Así tenemos figuras doctrinarias distintas de Platón, de Aristóteles, de Cartesio. Más si esto ocurre con los filósofos que han escrito, las dificultades aumentan en el caso de los que no han publicado su pensamiento; de los que, caso de tenerlo, lo guardan en una reserva de silencio. ¿A qué clase perteneció Sócrates? Sabemos que no escribió nada, pero podría haberse reservado una doctrina, una enseñanza. Esto parecen sostener los intérpretes. A nosotros se nos ocurre pensar que Sócrates no se reservó nada; que carecía de "doctrina". Su filosofar configura un caso de no filosofía; revela una experiencia de pensamiento que no es una mera experiencia racional ni un mero pensar en la idea.

Debería insistirse a veces, aunque fuera incidentalmente, porque el tema no da mucho para lo expositivo, en esta cuestión de las filosofías perdidas. Más lo frecuente, es hablar de filosofías concebidas como doctrinas y sistemas que se han perdido, que se han, materialmente, destruido, pero que perviven, de alguna manera, en la doctrina misma. Pero hay también otras maneras de perdida. Supuesto un cuerpo doctrinario, una exégesis débil, una interpretación falaz, o la refracción de las ideas magistrales al través de los discípulos, han provocado la perdida; han hecho que perdiera aquellos caracteres de autenticidad en que se guardaría en los textos magistrales.

No es el caso de Sócrates. Sócrates no se ha perdido; la filosofía socrática no se ha perdido, ni estuvo nunca guardada, ni logró expresión personal, nos parece, ni se la dio él. Ni intentó Platón llevarla al ámbito de la idea y comunicarla como tal. Andan un poco más en el supuesto de una doctrina perdida, de una filosofía perdida. Jenofonte, y con evidente frialdad, Aristóteles. Y se ejercitan los que vinieron después, en prefigurarla, como si estuviese perdida, en recomponerla; en juntar los haces dispersos de una ráfaga, de una fulguración de su personalidad. En el olvido de lo más hondo, ignoran ya que sus "dichos" y sus "hechos" han vuelto al principio oscuro de donde habían nacido, y desde el cual se iniciaba una vida personal más intensa y solitaria. Y, en este sentido, no hubo perdida. Sócrates mismo, habría trascendido el momento de la exposición...

Pero puede hablarse de un Sócrates perdido. En algún sentido. Sócrates nos es desconocido; nada sabemos de él. Sócrates constituye una de las expresiones más extrañas del "incógnito".

¿Pero qué es lo, el, "incógnito"? Hay algo del pensamiento, algo de las almas, que anda perdido, entre nosotros, que se mueve "entre relaciones terrestres" y que nosotros no percibimos, a veces, no elucidamos. Este presentimiento de lo incógnito, se advertiría acaso, en la noción, en el modo de la hospitalidad dispensada al extranjero, al desconocido, al huésped; emisarios de los dioses que, en los azares de la vida, se confunden con el resto de los efímeros. Exteriormente, no aparece en ellos ninguna nota distintiva que los singularice; lo excepcional está oculto, pero tiene manifestaciones visibles; aún al través del infortunio histórico del "desconocido", del "extranjero", alguna señal, de pronto, nos lo revela.

Y otras expresiones de lo "incógnito" hallamos en el teatro griego. Fue tema de preocupación constante en el teatro griego. Y siempre viene relacionado con el infortunio histórico. Y es un aspecto del drama; acaso de la esencia de lo trágico y de su solución. Pero de lo trágico todavía, de la tragedia persistente. Pues estos seres, "que viven entre relaciones terrestres" y que padecen en esta condición, usando, con potencia extintiva, la personalidad, ignoran; ignoran ellos mismos estar movidos por la potencia incógnita. De donde el carácter trágico de estas personalidades. No advierten todavía lo insensible; no han despertado todavía a la sospecha de que están movidos por un vestigio ultraterreno. Nos dejan la desventura humana, el drama. La pasión definitiva. La lucha.

¿No será Sócrates ya una expresión del "incógnito" y una variación del sentido del "incógnito"? ¿Qué vieron, en definitiva, qué presintieron, sus contemporáneos en él? Platón en los "Diálogos" ha conocido el estupor de esta presencia. Una y otra vez declara la incoincidencia de lo interno y lo externo; señala estos contrastes; atisba, hacia adelante, en su interior y ulterior desenvolvimiento, el modo extraño de personalidad que constituía Sócrates. Vive el resto de sus días, preocupado por esta cuestión. Que no abandonará jamás. Que da una extraña palpitación a su búsqueda. Digo, hacia adelante, a la búsqueda de Sócrates, de su principio vivificador y oculto, no de su doctrina, no de su sistema. Platón, nos parece, busca al hombre Sócrates; desde su yo ideal y posible, se adelanta al encuentro de la personalidad magistral.

Algunos años después de la muerte de Sócrates, nace Aristóteles, que ingresa a la Academia platónica y permanece varios años cabe su maestro. Estaríamos tentados de creer que el tema de la enseñanza platónica, que la idea que quería Platón infundir del filósofo, se tramaría, en el ámbito de su proximidad histórica con los vestigios, que el discípulo presintiera de su comienzo auténtico ideal. Así, pues, Aristóteles, que podría haber recogido una tradición viva, casi no nos ha dejado testimonio acerca de Sócrates. Ni el más ligero esbozo de presencia histórica. Dos, no más de tres referencias, que algunos consideran sustanciales, alguna apuntación tocante a las ideas morales, y al método: ninguna reacción ante el problema de la condena del justo; ninguna conmoción. ¿No habría advertido Aristóteles que la filosofía de su

maestro Platón, es una reflexión sobre la vida, sobre la condena y la muerte de Sócrates? ¿No habría notado Aristóteles que la intensificación que va alcanzando la conciencia de su maestro, se debe a estos hechos, a que Platón va, desde su personalidad suscitada hacia la personalidad magistral?

Pero todavía hay otra manera de perdida. Es la de la exégesis misma. Es un deseo legítimo éste de querer descifrar un secreto de existencia, y todos los que se acercan a Platón y lo leen, se quedan con una experiencia inolvidable, y quieren descifrar, buscar datos biográficos, antecedentes; y van creando así imágenes de Sócrates más inconsistentes, en la aparente generación de estos contornos que no cesan. Al tiempo que se alejan del modo que, diríamos, tiene Platón de búsqueda de Sócrates: que nunca desciende hacia la generación de esas imágenes, que las teme, que las evita; que asciende siempre hacia el principio activo de la exaltación del maestro. Al través de su propia exaltación, de un fervor que no se mitiga, a la búsqueda —Platón lo sabe— no de una doctrina que no se ha perdido, sino de una personalidad que se estimula en el enigma y que no se fatiga ante el enigma.

Y al no sentir este comportamiento de Platón, y recurriendo ya a la generación aparente de las imágenes doctrinarias, se busca a Sócrates, se busca la formulación de una doctrina de Sócrates al través de Jenofonte, de Aristóteles, de Platón. Y se piensa que es doctrina perdida y que podría recomponerse al través de testimonios, lo que no es, según creemos, ninguna manera de doctrina. Repetimos, en su caso, no hay ninguna manera de doctrina.

Platón lo supo más que nadie. Acaso también, y hasta cierto punto, lo supo Jenofonte. Acaso uno y otro, pero evidentemente menos Jenofonte, buscan la personalidad ideal, el yo trascendental de Sócrates; pero Jenofonte, como no da con él, pues no sabe pensar con toda el alma, ni es un espíritu solicitado, vuelve hacia la doctrina, se complace en el dicho, compendia, anecdotiza.

Y Aristóteles, ya habla de un método y nos deja el esbozo de algunas ideas. No le mueve el propósito que a su maestro estimulara.

La interpretación ulterior insiste en estos tópicos y cada vez le es menos fácil percibir esta personalidad, concebir este desarrollo. Sören A. Kierkegaard, en el dicho antecitado ha formulado una verdad para siempre.

Pero habría otras fuentes para el estudio de Sócrates. Menos utilizadas por los intérpretes modernos, que han atendido menos a la generación de otras leyendas socráticas. Algunas vienen en las tradiciones que se desarrollaron inmediatamente después de su muerte y muchas de las cuales se habrían perdido. Estas, muy desatendidas, deben ser objeto de pertinaz estudio, y deben ahondarse para ver qué luz arrojan y qué relaciones podemos establecer con las leyendas anteriores formuladas, por lo menos, por Jenofonte y Aristóteles. Pues, para nosotros, Platón, en lo princi-

pal, en lo más hondo de su esfuerzo, ni expone, y sabe que no expone, una doctrina; como es consciente el propósito artístico de revelarnos una personalidad, de darnos la idea eterna del filósofo.

Aristófanes, el comediógrafo, ha sido también utilizado. Pero su testimonio, en algún sentido, es muy discutible. No perteneció al grupo socrático, ni dispensa ninguna simpatía al Sócrates histórico. Aunque podría haberse inspirado, en algún sentido, en el Sócrates histórico. Acaso Sócrates fuera a sus ojos, la encarnación más genuina de la sofística; y Platón lo declara de un modo expreso en la "Apología"; en el discurso de Sócrates ante los jueces, se responsabiliza a Aristófanes. Tal vez, ni el método ni las ideas que expone, pertenecen a Sócrates; pero transmite una figura poderosa, la individualidad concreta y muy viviente de un filósofo, cuya notoriedad y ascendiente son considerables (14).

Acaso en algún sentido, las fuentes indirectas principales, aunque de valor muy diverso, sean las de Platón y Jenofonte.

Durante mucho tiempo se pensó que bastaba establecer la coincidencia de ciertos puntos para dar un compendio aproximado del pensamiento magistral. El supuesto era el de que había una doctrina socrática. Lecturas reiteradas y la compulsa reciente, cada vez más fina, hacen resaltar, en cambio, no tanto el acuerdo de los textos, la homogeneidad de los pensamientos e ideas, sino más bien su diferencia. Esto es algo nuevo, en cuanto al estado de alma de la exégesis.

Sin duda era aquel un procedimiento. Partir del supuesto de una doctrina perdida, cuyos esbozos se hallarían en estas supuestas fuentes. Y es también una labor complementaria, la más reciente, que busca las diferencias, los puntos en que no coinciden, y que destaca los motivos de esta incoincidencia. Pero acaso convenga más no olvidar esta otra hipótesis: la hipótesis de que no hubo nunca doctrina. Y no obstante, podría haber algo histórico; pero no de orden doctrinario. Hechos, actitudes, "comportamientos" de Sócrates, en los que podríamos advertir su actitud filosófica. Y aún, avanzarse algo más notando las reacciones de Sócrates; digo, el modo de reaccionar contra todo vestigio de doctrina y sistema; y el reclamo cabal, el requerimiento de un comienzo absoluto.

Acaso no sea exagerado decir que en el centro del problema platónico estuvo siempre Sócrates; que la filosofía de Platón, es reflexión sobre la vida, la condena, la muerte de Sócrates. Con lo que no queremos decir que sea sólo eso (15). Decimos reflexión, decimos cavilación; pensar sobre Sócrates, acerca de Sócrates. Su punto de vista no es el del historiador, su manera no es la del expositor. ¿Es la del biógrafo? En algún sentido, tampoco nos parece la del biógrafo. Si persiste algún hecho, si evoca algún hecho histórico, no lo hace en su condición de biógrafo, de historiador; es porque no puede olvidar en su alma el acontecimiento histórico en que estuvo envuelto su maestro y que tuvo su proyección más intensa sobre su alma. O si se quiere, es afán de fidelidad

histórica, pero a la segunda potencia. Quiere darnos el Sócrates real, que en el ahondamiento de su pensar se le revela. Es fiel a esta persistencia del desarrollo inmenso de Sócrates en su alma. No es que quiera ser infiel a los "hechos" a los "dichos"; tampoco nos da una ficción de Sócrates, una mera figura de la fantasía. Tiene bastante respeto y amor a la persona de Sócrates, como para hacer ficciones; lo ve cada vez más, en la segunda manera de la evocación y del amor, más real, más exaltado. En el centro de la historia, pero ahondándole. No habla de una enseñanza, de una "doctrina" perdida. Nos restituye el Sócrates inmenso y perdido, pero que vuelve ya en la refiguración magna del tipo del filósofo y del libre filosofar.

Pero entonces, se diría, ¿qué valor tienen los hechos que parecen "históricos" y que se hallan en los "Diálogos" de Platón? ¿Por qué en ellos, sentimos más que en otros, la presencia del maestro? Sin duda, eran los primeros y han penetrado en la trama del filosofar de Platón, acaso, elementos históricos que cobran más relieve por ser también mayor la "proximidad histórica" del maestro. Con todo, no creemos que mueva a Platón el propósito de salvamento histórico de un contenido "doctrinario"; la suya, es fidelidad de otro orden, como iremos insinuando. Con sospecha más certera podría decirse que no es el suyo en sentido propio, un Sócrates histórico; y no obstante, podría sostenerse que no ha dejado de ser fiel, que ha atendido a algunos elementos históricos, pero que "proyecta" la figura de un Sócrates trascendental: que se va desarrollando en el correr de su vida, al ahondarse, al erigir a Sócrates en tema de reflexión. Si sospechamos que en Sócrates, no hay filosofía, que hay libre filosofar, que está más allá de sus "dichos", precisaría avanzar en esta figuración, para nosotros la más profunda, e ir a la búsqueda de lo verdadero, del desarrollo. Platón nos da, al través de Sócrates, la idea que se hace del filósofo. Y esta imagen, como no se hace premeditadamente con elementos históricos, restituye más la palpitación del pensamiento que quiere infundir Platón. Lo que parece atribuir a Sócrates, aún eso, es platónico, pertenece a Platón. Pero enlazado profundamente al Sócrates histórico que fué su maestro. Falta el motivo superficial: la mera fidelidad histórica, el mero salvamento de sus "dichos"; pero no falta el motivo más hondo, hacerlo perdurable por su modo de filosofar.

Sócrates acaso, carecía de pensamiento formulado; no hay allí una teoría, y en los rasgos fragmentarios y dispersos que ha entrelazado la verdad y la leyenda, aparece, más que la figura y la doctrina de un pensador, un pensamiento que se orienta en el sentido de una vocación humana que se suscita (15).

Sócrates diríamos, atendió a lo que queda al margen de las "ideas". No lleva sus pensares a la formulación doctrinal, ni declara el método de una enseñanza, pero indica, muestra el momento en que accede a lo desconocido. Sócrates no adoctrinaba; no se erigía en salvador; era un filósofo, un ser cuya condición consistía en poder vivir en medio de las dudas y de las incerti-

dumbres, sin que llegara a alterarle lo desconocido, sin intentar recrearlo. Su pensamiento podía ascender por la escala de la dialéctica hasta la región de las ideas, y descender y andar en el laberinto de lo cotidiano y de lo eterno, sin alienarse.

Sus contemporáneos tuvieron ya el propósito de buscar, de adscribirle ideas; y fue tema de inquietud para ellos, lo que tiene que ver con su **figura**. Tanto los detalles externos como los internos, le hacían aparecer como un enigma. Algo en él toma un aspecto contradictorio, irónico, y se define en oposición a lo que prevalece, pensamiento o costumbre. Hombre de extracción plebeya, se opone a los grandes solitarios, aristocráticos y poderosos (16). No desciende de eupátridas, es hijo de un escultor y de una obstetra. Sus rasgos, populares; popular su manera. Tocóle vivir en la época en que se hizo la mayor exaltación de la belleza de la forma. ¿No veía el hombre de Atenas, en lo externo, una manifestación tangible de lo interno? Y, Sócrates les inquietaba. Platón nos ha revelado la sorpresa de este contraste: la sorpresa de que en hombre tan feo, pudiera albergarse un alma tan bella. ¿Qué sentían los que sentían desquiciado el eje de la correspondencia entre lo interno y lo externo? Que apuntaba otra esfera de lo bello, otro modo de la belleza que no se aquietaba en la forma. Y el cierto abandono en lo que toca a su persona. ¿No indica que su vida está orientada en otro sentido, solicitada, proyectándose hacia otra esfera?

Sócrates no dejó nunca escritos, ni siquiera esas **memorias involuntarias** que suelen resultar a veces las mejores biografías, las concresciones que mejor publican un pensamiento. Se nos aparece atisbando, desde la esfera de la razón, el secreto de existencia. Acaso él mismo no se conocía, acaso sabía, con Heráclito, de la insondabilidad del alma, "de lo inesperado, impenetrable e inaccesible". Sócrates era un hombre nuevo; Sócrates era un hombre distinto (¿acaso, como quería Nietzsche, un enigma fatigado?). Los pocos que creían conocerle, sin saber por qué, le amaban; pero en la conciencia del amor, el **enigma socrático** duraba. Y extrañamente, los que no le amaban, en la repulsa, sentían su originalidad, su calidad egregia, distintiva. La documentación abunda en detalles al respecto. Sus contemporáneos no acierto a situarle... No acierta más la interpretación posterior, y es para todos, un enigma. Y como Sócrates no escribía, y como Sócrates no sabía nada, y sólo enseñaba una exigua ciencia de amor... A nosotros, que fundamos la teoría de la educación en el "saber constituido" nos cuesta reconocer el carácter de su enseñanza, que no era la trasmisión de un saber, que no era, tampoco, la trasmisión de un método, sino una incitación, un intento de mover la individualidad ajena, no para que se forjara en sistema o doctrina, sino para sentir la vida como espíritu y enigma, con conciencia del espíritu y del enigma del desarrollo: un nuevo nacer, una irrupción de lo humano; un misterio, en el sentido eleusino; pero en el que se ponía de manifiesto la perfecta, total humanidad de su pensamiento...

Sócrates es un filósofo no sistemático. Sus temas se suscitaban ocasionalmente, accidentalmente, en la conversación. Tenía un poder

anterior a las ideas, y después de pensadas, un modo de atender a experiencias de pensamiento que no eran ideas. Por ello, en Sócrates todo es evasivo, irónico, indirecto, aludido; no se tiene la impresión de un yo, de una unidad enhiesta. Sócrates es ondulante; las ideas no acaecen en él, acceden como procesos agónicos, trascendidos por otra fuerza... Señalan otro foco de interiorización. En los "Diálogos" dan a Sócrates las ideas los que andan a su alrededor, los atraídos por la potente irradiación de su persona... No la idea. Allí la vida; allí un espíritu que ondea libre, una osadía humana que reprime los poderes del destino... El puede susstraerse al influjo de la idea; "por lo mismo que razona siempre desde lo absoluto". Pero no puede desprenderse de ello, que careciera de originalidad, o que no pensara con vida propia en el movimiento que la concentra... Y tomaba el carácter de lo que vivía; había en él una como debilidad, o soltura para evadirse; es sólo una imagen alejada y aparente que fulgura un instante y se disipa, la que traza el lenguaje; no lo es menos la que alienta en la memoria del interlocutor, o la de quien se acerque a descifrar su secreto... Y no hay manera de hablar de él. Cuando razona, advierte uno que no es un filósofo técnico; no parece seguir un proceso de ideas. En la esfera del discurso, se diría vacilante; inatento, libera por atención atraída a otro plano; y se le halla expectante, a la espera de aquel momento en que el espíritu accede... El ha ligado su vida y su pensamiento a lo eterno y lo original en él es siempre un movimiento de ocultación, un impulso hacia lo más hondo; acaso una relación nueva con el destino y un intento de hallar vida nueva para sus estímulos trascendentales. En el desarrollo viviente, en el proceso que emancipa y potencia, es ya posible el libre filosofar como el sistema es imposible. Y tocado ese centro, el espíritu se realiza, sin valerse de la obra... (17)

Sócrates se nos aparece, por momentos, como un extático. Permanece en comunicación con su **demonio**. Había en él parece, una especie de movimiento alternante; convertido a la esfera de la racionalidad, lograba también un contacto con una fuerza que le trascendía; acaso tenía a agotar, por la razón, el análisis de las cuestiones; acaso no podía evitar, ni reprimía su manera de acceder a otro **plano**... Tenía, diríamos, una libertad inocente para juzgar; una duplicidad, una naturaleza que le permitía, en el movimiento dialéctico, comprender a los extáticos y místicos; y en la ascensión extática y en el rapto, hallar un sentido a la existencia, una fuerza, que la razón no alcanzaría. Tal vez para este griego nada era en sí la razón y nada en sí el éxtasis; prefería la orientación del pensamiento que construye una unidad superior y viviente; dualidad que podía ser unificada sólo por la fuerza con que el existente piensa la existencia.

Del mismo modo, busca Sócrates que lo **oscuro** se acuse ante lo racional; que lo racional se indetermine ante lo oscuro; pero sin llegar nunca a la completa abolición de esos términos, sin antes haber alcanzado el sentimiento de la fuerza viva que lo supera (18). Acaso está ahí la razón de que Sócrates no comprehen-

diera la significación transmitida por el oráculo... El no sabía quién era; intuía la posibilidad de superarse, de extrañarse; se adelantaba hacia el conocimiento del **tú esencial**, cuando se convocabía al desarrollo. Captaba el movimiento de la interiorización; en la relación intensa consigo mismo, evocaba un yo más grande; avanzando hacia el hombre, hacia una noción de la vida que pude de ya transcurrir en la **experiencia abierta**.

...Según creo, su descubrimiento habría consistido en notar la trascendencia del espíritu con respecto a toda forma; en hacer que la idea quede excedida por la fuerza que hizo posible su advenimiento. Tenía una exigua ciencia de amor, no una filosofía; carecía de un sistema de ideas; tenía un modo libre de filosofar. Su declaración de que **nada sabía**, debió, sin embargo, haber despertado la sospecha de que es posible, en este caso, una reflexión que elucida los límites de la intelección sin olvidar la parte del misterio. Pero lo repetimos, Sócrates no expone ideas; el discípulo no **recibe ideas**; llega a ser un hombre nuevo, a vivir la vida filosófica. Sócrates muestra siempre que el orden de la existencia excede al orden de lo pensado; que todo intento de convertir lo pensado en límite, inhibe el desarrollo y hace caer bajo la "acción hipnótica del hábito". La razón ha de atisbar desde su esfera el movimiento de la vida, su caer inexorable en la forma, notando al mismo tiempo, la rebosadura del espíritu. Lo socrático es un movimiento del orden de la idea al orden de la existencia. Interesal a Sócrates la existencia, que la excede. Por lo mismo, tiene una explicación el hecho de que Sócrates haya recusado un saber que se constituye partiendo de las cosas y no partiendo del hombre (20). Acaso la parte de **misticismo** que había en él le habría sugerido la sospecha de que todo contacto con la materia, al resistir la compulsión de lo real, fija al hombre, determina el carácter de las ideas... Hay en él tanto un presentimiento del espíritu, como un temor de que ocurra un adensamiento pesado de su actividad. Sócrates, en su ondulación, prefería el contorno indeciso, vagaroso; acaso temía la proximidad y la agravación de la cosa en el pensamiento; acaso preconizaba un tipo de desarrollo que concibiera al hombre como susceptible de intensificarse y profundizarse, y como capaz de poder realizar la prueba de la infinitud, sin quedar detenido como mera conciencia natural, sumiso al influjo de la naturaleza, o como mera razón especulativa; sin aquella fuerza humana en victoriosas irrupciones que es capaz de abrirse un cauce nuevo en lo desconocido; un centro "en cuyo centro lo eterno abre sus puertas eternas".

Nos parece que Sócrates no considera al hombre sólo como hombre natural. Seguramente reconocería en su constitución elementos naturales; pero habría notado que nace a la vida filosófica, si asiste al movimiento de una intención que se declara más allá de la forma, que capta, en el sondeo abisal, la onda de vida que lleva al desarrollo y a la libertad. Del sentimiento profundo de la ignorancia al hacer de la filosofía la ciencia de las **ignorancias invencibles**, del escepticismo más hondo, que depone toda aspiración, así como del dogmatismo que descansa en el axioma de una co-

rrespondencia entre el orden de las ideas y el orden de las existencias, habría arrancado, ignorante, y vivaz, hacia el descubrimiento inmenso de la vida. Trascendiendo la condición humana; apoyándose en lo real. Por lo mismo, debe sernos muy sospechosa la afirmación de que intentará definir una filosofía de los conceptos. Claro que sí, lo intentó, en algún sentido. Pero el quiere más en su desarrollo, llegar a ser sin quedar detenido, determinado. Y, no obstante este punto de vista, no aparece Sócrates como un sacerdote ni como un teólogo. Sus momentos de misticismo, sus trances extáticos, se dirían como descubrimientos de un transplano de la existencia... Un filosofar así, se dirigía directamente al hombre; a la potestad humana transfiguradora; en el punto en que el hombre crece para instaurar lo posible; pero sin llegar al sentido de la creación activa; espíritu entonces, no creador, e incapaz, por lo tanto, de mover o sentirse movido por la naturaleza (21).

#### N O T A S

- (1) G. Rodier, "La philosophie grecque", (Socrate).
- (2) A Furthwändler le parece "no digna de ser rechazada del todo" la hipótesis de que sea de Sócrates uno de los relieves de las Gracias halladas en la Acrópolis de Atenas, y que repite un tipo fijado en el uso cultural. Ver A. Tovar, "Sócrates", Pág. 371.
- (3) Nada sabemos sobre la dirección primera ni sobre las vías que debían conducirle a su grandeza futura. Ver Zeller, "La philosophie des Grecs" (Tr. fr., T. III, Pág. 54 y nota).
- (4) Lo certificarían las tres campañas mencionadas en la "Apología": la de Potidea, la de Dilio, la de Anfípolis. (Ver Zeller, Op. cit. Pág. 4).
- (5) Maier pone otra: Laqués, Hippias Menor, Eutifrón, Carmides, Ión arrancando del núcleo de los diálogos fundamentales relativos a la **personalia** socrática, Apología y Crítón. (E. Maier, "Socrate", Cap. IV Primeros escritos de Platón).
- (6) Sobre el testimonio de Jenofonte insisten diversamente Zeller, Boutroux, Gomperz, Brunschvicg.
- (7) La apuntación, muy valiosa, en "Historia de la cultura griega", de J. Burckhardt.
- (8) Las curiosas consideraciones de Miguel de Unamuno en "San Manuel Bueno mártir", prólogo).
- (9) Debe atenderse de modo fundamental a lo que Sócrates mismo formula en "Teetetos".
- (10) No debe olvidarse que no hallamos en sentido propio, ninguna enseñanza formal.
- (11) Los testimonios de las supuestas fuentes, declaran bastante este modo socrático de la evasión; mejor dicho, se nos aparece como el genio de la recusación, de la incoincidencia.
- (12) "Apología", 31 C y. siguientes; (Zeller, Op. cit. pág. 63).
- (13) El estupendo capítulo de Burckhardt en "Historia de la cultura griega", sobre **Libre personalidad**.
- (14) Acaso como antes el trabajo sobre Sócrates de Eugenio Dupréel, ahora sea más reciente sobre la sofística, revele otra luz en el problema. De ello da también cuenta el notable trabajo de J. Patocka "Remarques sur le problème de Socrate", (Revue Philosophique, abril, junio de 1949).
- (15) Creo que la expresión pertenece a Jean Wahl.
- (16) En el precioso artículo de Schwartz, "Figuras del mundo antiguo". Aconsejamos la lectura del trabajo sobre Sócrates y Platón, en donde se señala uno de los contrastes que fueron destacados en clase.

- (17) Nos estimula en esta consideración, lo que dice Lagneau en "Ecrits", Pág. 99.
- (18) El existente lleva la necesidad de la dialéctica hasta los confines de la existencia.
- (19) Nos hemos habituado demasiado a la idea de que sólo es posible la comunicación cuando se trasmitten conocimientos formales; nuestra pedagogía habla al través de la memoria, descansa en el principio de la identidad racional y de la igual capacidad de intelección de los hombres.
- (20) Buscaba acaso un **centro personal**; tuvo, acaso, la experiencia de la originalidad sentida, espontánea, no condicionada.
- (21) Sócrates ha enseñado un sueño de super-humanidad. Por eso, en algún sentido, son razonables las dudas de Grote cuando niega que sea un **filósofo** (y no lo es en el sentido tradicional en que se toma el término) como son invalidables las opiniones de Nietzsche cuando reconoce en él un alma sacerdotal y la piedad del pastor. Pero no; Sócrates es un **existente**; un ser que ha descubierto la posibilidad de nuevos desarrollos y que concita las energías de los hombres para que cumplan **ese fin**. Hay rasgos en él de educador y no trasmite una enseñanza; tiene la piedad del santo, pero soporta sin injuria las bases del hombre natural, y aspira, acaso, a precisar la idea de un hombre más grande "pero de la misma naturaleza"; en la discontinuidad de su esfuerzo, se proyecta hacia lo alto, pero no queda absuelto en la alegría que le certifique su existencia... Acaso porque quiere superar la condición humana; su ideal no está en lo inaccesible; lo coloca como una aspiración, por encima de su frente y adentro de su pecho, en el conato de la interioridad y de la suscitación continua, pero no creadora todavía.

## **ESQUICIOS INTERCALABLES**

...“Derrière mon ignorance, quelque chose qui pouvait être philosophique”. (H. Bergson).



- 1 El no poder encontrar al pensador y sí su crítica; ésta y no el sistema; su incertidumbre y vacilación y no la parte a que está asido el pensamiento, constituyen un misterio y un desconcierto de la razón. El filósofo, arrancado de la abstracción, no tiene historia ni sistema, y "da muy poco para lo expositivo". Es un enigma.
- 2 Se me ocurre sospechosa la creencia de los intérpretes, de que tuvo la intuición de los fundamentos de la ciencia, y tiendo a creer que, en lo hondo, su esfuerzo escapa a toda determinación. Acaso Sócrates perdió la realidad por amor a lo posible; tal vez se resignó a no soñarla, a no pensarla — haciendo el destino de su sola capacidad de suscitación espiritual (eludiendo, en cierto modo, los poderes del destino, de las cosas, recusando la genialidad).
- 3 ...Y cuando se piensa en sus transformaciones, en sus oscuridades, en sus avatares (el dolor cambia, la posibilidad altera), halla sentido trágico el dicho y le informa un contenido distinto; **le han dejado sin saber nada**, pero profundizando, inalienable, en la ignorancia, próximo al conocimiento solitario, requerido por el desarrollo viviente y presentido, ajeno, parece, al destino, ajeno, parece, a la tragedia...
- 4 ...Y el acto que podría, acaso, revelar la realidad, es, precisamente, el que despierta a una conciencia distintiva, que lleva a su identidad no a captar la onda evasiva de lo eterno y a utilizarla, sino a profundizarse y alterarse, renunciando al **uso de fuerzas y de realidades** que podrían revelarse. De donde que sea más la suya, una filosofía de la ironía y no de la creación.
- 5 Sócrates realiza movimientos que dan mayor intensidad al velo de la ocultación. No por naturaleza y sí por reflexión, etímicamente, se determina, para rehuir otros modos de lo concreto, para evitar la actuación de lo concreto y sustituirla por una estimulación que cree posible hacer arrancar del alma, de la libertad.
- 6 Sócrates no quería determinarse, —pensarse al través de la idea,— encerrarse en el pensamiento de la evocación, — soñar la vida. **Interrogaba, nunca respondía** (Aristóteles).
- 7 Frente a un pensador así, no cabe la exposición, la determinación de su naturaleza. Cuando el análisis intenta captarlo, en el instante de la aprehensión, velozmente, nos presenta otra faz, dibujando en la conciencia la figura incierta del cambio, en la sucesión de máscaras distintas que en vano intentan componer la identidad perdida, o la identidad posible, que el arte tampoco no quiso o no pudo perpetuar.

8 Por lo mismo que la ironía socrática es un esquema de pensamientos, un retorno de la apariencia sobre el ser, de la **posibilidad** sobre lo real, no puede hallarse el **tema concreto** ni la **personalidad con contenido**. Porque **nada hay** al través de la ironía, porque, la ironía, es sólo el gesto que correspondería a **algo**; pues, Sócrates, en el movimiento de la evasión, elude lo real para instaurar lo posible; lejos de lo actual, ajeno a su inminencia.

9 El acto irónico elude la onda de la existencia fugaz en su giro silencioso y aéreo, sin reflejarla por la imaginación y por la razón, que, entonces, se demudarían y, acaso, llevarían al Arte, a la expresión directa...

10 En cierto modo, la filosofía no puede corresponder a ninguna determinación; nuestra conciencia, linde de lo real "y ámbito de sustituciones incesantes", no debe corresponder a ninguna idea. En extremos opuestos, viva el viviente en contrarios excesos de trascendencia y de crítica, alterado, alterándose, irónico, mientras no aparezca la capacidad de suscitarse persona, arcanamente.

11 Sócrates no enseñaba, **no sabía nada**; revelaba al hombre, no la idea; no era un pensador, era un existente; pensaba hasta que la razón hundía y alentaba aumentando su vehemencia vital e interiorizadora; alentaba...

12 La ocultación no es un **pensamiento**; es un misterio al que no puede arrancarse; ni es, acaso, una situación inevitable; ni es todavía una fuerza creadora. Es, apenas, la primera forma del cambio operado en el hombre, antes de hacer irrupciones en lo concreto y para sólo hacerlas en la esfera del alma.

13 La ironía es la modulación del acento personal ante el discurso; la vida que irrumpre ante el discurso revelando la incorrespondencia de la existencia y del concepto, el triunfo de la **posibilidad** sobre lo real...

14 La ironía no es un método, —es sólo una conciencia que despierta al movimiento de la existencia,— una fuerza que sabe mantenerse indeterminada y plástica en lo inesperado, frente a la existencia indeterminada pero posible del yo...

15 El irónico no puede obtener una representación; ni puede escogerse; no es hijo de la voluntad creadora; pero tiene la libertad de desobedecer y de no coincidir. Sólo en ese sentido, el irónico vive en la voluntad.

16 La creación es el acto que mas se opone a la ironía. En la ironía también se trata del espíritu; pero el acto creador se integra con el tumulto de las fuerzas; más la ironía la trasciende. Es evasiva. Es el gesto humano de la incorrespondencia.

**PEDRO MASCARO Y SOSA Y  
LA BIBLIOTECA NACIONAL**

por JULIO SPERONI VENER







## **PEDRO MASCARO Y SOSA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL**

En la historia de la Biblioteca Nacional se destaca por su personalidad y por su obra un nombre de relieve propio: don Pedro Mascaró y Sosa. Difícil tal vez nos resulte comprender, en el tiempo dispar que corremos, el carácter y los afanes de este hombre singular que durante casi un cuarto de siglo rigió los destinos de nuestra primera Biblioteca Pública. Humanista, bibliófilo, conservador, bibliotecario y archivero; trabajador infatigable, con obra de benedictino y cualidad de burócrata, este hombre consagró su vida a la cultura del país a través de su gestión invaluable en este instituto.

Promotor en el oficio, oscuro y sin lustre, de reunir y ordenar los fondos documentales y bibliográficos del erario cultural nacional —en una época en que nadie, o muy pocos, incursionan en estas disciplinas previas a toda labor intelectual;— reorganizador, sin pausa y sin concesiones, de la estructura funcional de nuestra primera casa de cultura, en estado de postración; su condición misma de auténtico enamorado y celoso conservador de los libros, su propio cultivo de las letras lo señalan, en el clima espiritual de fin de siglo, como un benefactor del país.

Vino al mundo Mascaró en la entonces Villa de la Unión, en las cercanías de Montevideo, el 30 de abril de 1857. Fueron sus padres don Pedro Mascaró, natural de Mallorca, y doña Gumerinda Sosa, uruguaya, que habían constituido hogar en esta capital. La buena posición económica de su padre, dueño de un molino y una panadería, determinó que el niño, finalizada su instrucción primaria, continuara sus estudios en Palma de Mallorca, la tierra de su progenitor, en el Instituto de Segunda Enseñanza, para ingresar luego a la Universidad Central, en Madrid. Cursa aquí calificados estudios humanísticos, obteniendo, en 1878 el doctorado en Filosofía y Letras. Su tesis versa sobre un tema original: **El Emperador Netzahualcoyotl considerado como poeta elegíaco**, y exige ya al reciente licenciado preocupaciones eruditas. Fue impresa en Madrid en ese mismo año, prologada por el Bibliotecario del Consejo de Estado, y más tarde reimprimióse en Montevideo (1). Allí en España cursó también —anota Espinosa (2)— estudios de bibliotecología, conocimientos que ha de aplicar en las funciones que a su regreso es llamado a desempeñar en su patria.

## EL BIBLIOTECARIO Y EL ARCHIVERO.

En efecto, vuelto al país a fines de 1878, el Presidente Latorre le ofrece la dirección de la Biblioteca y Museo Nacional, cargo que retiene pocos meses al no obtener de los poderes públicos apoyo a sus demandas para cubrir, siquiera, las necesidades mínimas de la institución, y decretar, por otra parte, su dependencia de la Comisión de Instrucción Pública del departamento de Montevideo, medida que significaba, administrativamente, la estancación de la Biblioteca y el menoscabo de su jerarquía de instituto nacional. Al declinar el cargo expresa honradamente que "prefiere irse de allí antes de cobrar en vano su estipendio en una estéril canonjía oficinesca" (3).

El gobierno del doctor Francisco A. Vidal determinó un cambio político, favorable para la recuperación de la Biblioteca Nacional. Fue factor decisivo en esta emergencia el coronel Máximo Santos, hermano político de Mascaró e influyente Ministro de Guerra en este período. Merced a su apoyo se dictó el decreto de 26 de julio de 1880, que refundió en un sólo órgano, bajo la dependencia del Ministerio de Gobierno, la Biblioteca, el Museo y el Archivo Administrativo. Por la misma disposición se nombra al doctor Mascaró, Bibliotecario Nacional y Archivero General, resumiendo así la dirección del instituto (4). El decreto le faculta, asimismo, a proponer la remoción de los empleados, disponiendo también el traslado de la Biblioteca al piso alto de la Casa Nacional de Correos, condicionantes para la aceptación del cargo. El poder político actuó, en este caso, en beneficio de la cultura pública, y permitió a Mascaró realizar la obra sustantiva de los primeros años de su gestión. Infortunadamente, el calor oficial sólo dura los pocos años que Santos detenta la autoridad gubernamental.

Cuenta recién el flamante director 23 años de edad, pero de probado carácter y firmes convicciones va a tomar el peso de la improba labor de reestructurar la primera institución bibliotecaria del país. La tarea era difícil, pero venía con carta blanca para poner en juego, si era menester, medidas radicales para modificar un estado de cosas que, en verdad, pasado el período de florecimiento que siguió a su reapertura, en julio de 1838, no había tenido mayores cambios. La zarandeada Biblioteca y los papeles del Archivo, que habían pasado por vicisitudes de todo orden, eran entonces un montón informe de libros, periódicos y documentos, reinando en el doble organismo el desorden administrativo y la indisciplina funcional.

Trasladada a su nuevo local de la calle Sarandí, Mascaró procuró la reestructuración administrativa y técnica del instituto, dando en tierra, conforme expresa en sus **Memorias**, "con prácticas que desde tiempo inmemorial venían imperando en nuestra Biblioteca Pública", organizándola "conforme lo exige el decoro nacional, según lo requiere el mejor servicio, en relación con el grado de cultura que hemos alcanzado, y en armonía con el progreso intelectual que al presente ostenta la República" (5). Restableció así la disciplina funcional, sustituyendo, como primera medida, los empleados de la Biblioteca "por otros de reconocida

ilustración y recomendable laboriosidad", reglamentó y amplió los servicios; inventarió y catalogó los libros y documentos, librando al público sus colecciones con la inmediata reapertura de su sala de lectura. Dos mesas de lectura, tres docenas de sillas y el escritorio de dos empleados que facilitan los pedidos del público lector y velan, al propio tiempo, a fin de evitar pérdida o deterioro del material; el retrato al óleo de su benemérito fundador, doctor José Manuel Pérez Castellano, en sitio de honor, destacándose a la vista de los lectores (6); algunos mapas en las paredes; tres esferas, Celeste, Armilar y Terrestre; una alfombra circundando las mesas para amortiguar los pasos, ambientaban aquella histórica sala de lectura de 1880, que frecuentaron, en los dos meses y medio que permaneció abierta al público en este año, 1.226 lectores, o sea un promedio de cuarenta diarios (7). Dos años más tarde, en 1882, estableció el servicio nocturno, lo que hace que sus salas se vean doblemente concurridas.

Su preocupación se encauzó también al acrecentamiento bibliográfico del instituto, "mediante compra, donativo y cambio entre bibliotecas extranjeras o con particulares", valiéndose de cuantos recursos estaban a su alcance para enriquecer su acervo con libros, periódicos y manuscritos, ya que, como lo entiende, los fondos de las Bibliotecas, Archivos y Museos enriquecense "ora por compra, ora en virtud de la ley, ya por donaciones, ya por canje". Con escaso rubro para adquisiciones —que necesariamente debe emplear en mejoras para el local y amoblamiento—, no vacila en llevar a la práctica sus ideas, apelando, en primera instancia, "al desinterés y patriotismo de autores o editores" y dando preferencia a la compra de obras raras y curiosas, especialmente a las que versan sobre la historia de América. Su cultura humanística, su amor al libro, su sagacidad para la selección permitenle ir formando, en el tiempo, el calificado conjunto de obras universales que forma el gran fondo de nuestra Biblioteca Nacional, y asombra, aún hoy, la erudición y el sentido enciclopédico del inteligente colector (8). "Creado y organizado este acervo bibliográfico con un propósito principalmente documental e informativo —anota Espinosa (9)—, significó que la institución entrara en el presente siglo con una riqueza bibliográfica a tono con la época y prácticamente al día con la cultura universal". Contribuye también a acrecentarlo la organización del Negociado Central de Cambios Internacionales de Publicaciones, creado, a su iniciativa, por ley de 27 de mayo de 1884, que le faculta al canje de obras nacionales con el exterior permitiéndole aumentar sensiblemente el fondo de autores americanos y europeos, intercambio que anteriormente había realizado por la Oficina de Canjes Internacionales.

Su diaria preocupación para enriquecer la Biblioteca se evidencia en la lectura de las prolíjas **Memorias** que eleva al Ministerio "dando cuenta del estado, progresos, visitudes y necesidades de este Establecimiento", transparentando ese quehacer para la conquista del libro, el periódico, el manuscrito, el grabado u otro material que pudiera servir a sus fines. Así —ya lo hemos dicho en un trabajo anterior (10)— tanto canjea con el Gobierno de

Chile, que le envía en intercambio oficial trescientas publicaciones, como con el librero e impresor porteño Carlos Casavalle, quien le favorece, además, con las obras que salen de su afamada Imprenta y Librería de Mayo; clasifica, salvando de la destrucción, cantidad de periódicos que "desde tiempo inmemorial se arrojaban al desván de la Biblioteca"; gestiona donaciones, recibiendo material fotográfico de la Escuela de Artes y Oficios; dona él mismo libros y folletos, muchos de los cuales adquiere en la feria dominical de la calle Ibicuy; intercambia libros con Angel J. Carranza, con Ernesto Quesada, con José A. Tavolara, y obtiene que Mme. Thiers, desde París, le complete la colección de los **Discursos Parlamentarios** de su ilustre esposo. Y mientras impone severamente el cumplimiento de las normas de depósito obligatorio de impresos, y compra por intermedio de sus agentes en Europa, rescata, "tras largas y no interrumpidas reclamaciones" el manuscrito de la **Historia del Paraguay** del P. Lozano, que desde hacía 26 años retenía don Andrés Lamas (11). A su celo debemos también la adquisición del manuscrito del **Journal de la expedición del Brigadier General Craufurd**, escrito por un Oficial de la Armada que le acompañó hasta la evacuación definitiva del Río de la Plata, en 1807. El códice lleva data de 1808, habiendo Mascaró demostrado su autenticidad y comprobado que permanecía inédito. Un siglo más tarde de haber sido escrito se publicó —en parte,— vertido al castellano por W. L. Poole, en la **Revista Histórica de la Universidad**, t. I, Montevideo, 1907 - 1908.

A iniciativa suya se crea, por ley de 30 de mayo de 1888, la estampilla de veinticinco centésimos, cuyo producido se destina para el fomento de la Biblioteca Nacional y Archivo Administrativo, y es también a su instancia que años más tarde se promulga la de 14 de julio de 1893 que obliga a las imprentas a remitir a la Biblioteca Nacional un ejemplar de los impresos que editen, con pena a los infractores. Esta tendía a dar fuerza legal a anteriores normas administrativas (Resoluciones de los años 1842, 1859 y 1882)—, que no siempre se cumplían, como lo señalaba reiteradamente el doctor Mascaró en sus informes al Ministerio. "Para que la Biblioteca Nacional sea siempre el archivo donde estén reunidos y al alcance de los estudiosos todas las manifestaciones de nuestra vida intelectual, es indispensable —decía en su informe la Comisión de Legislación de la Cámara de Senadores—, sancionar una ley coercitiva cuyo cumplimiento nadie pueda estorbar ni discutir." Esta premisa enunciaba así la misión específica de nuestra primera institución bibliotecaria.

## SU LABOR BIBLIOGRAFICA

### LOS ANALES

Estudioso e investigador él mismo, entendió que los libros y documentos han menester ser descritos y difundidos y en este aserto, a poco de hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca y el Archivo comenzó su labor bibliográfica publicando sus primeras contribuciones en las **Memorias** de la institución y redactando, más tarde, los **Anales de la Bibliografía Uruguaya**, obra en siete volúmenes, de los cuales sólo vio la luz el tomo I, conservándose éditos los tomos restantes (12). El doctor Mascaró comprendió, cuando nadie en el país se ocupaba de estas disciplinas, la importancia y trascendencia del trabajo bibliográfico como balance de la cultura nacional, estampando en el prólogo de su obra estas palabras que aún llevan vigencia: "Aunque nuestra incipiente producción literaria, por lo escasa, parece a primera vista no aconsejar aún tamaña empresa, sin embargo, los importantes beneficios que acometiéndola se recogerán al estimular a nuestros escritores, abriendo mercado a sus libros, al dar idea acabada de nuestra potencia intelectual, de nuestro estado social, político, económico, científico, artístico y literario; al servir en lo futuro de valiosísimo e indispensable auxiliar de nuestros historiadores, pues que constituirá la más pura y copiosa de sus fuentes, compensa con creces el pequeño sacrificio que ello nos impone" (13). Los repertorios que aquí cita "para mostrar —dice—, la importancia y conveniencia de esta suerte de impresos", nos indican que se encontraba al día en el conocimiento de las obras de la bibliografía universal.

Los **Anales** constituyen la primera contribución a la bibliografía nacional escrita por autor uruguayo, ya que antes sólo había sido ensayada la bibliografía histórica por autores extranjeros (14).

No escatimó esfuerzos Mascaró para realizar la magna obra de una bibliografía nacional que registrara anualmente, y en forma exhaustiva, la producción de las imprentas del país. La principal fuente de que disponía eran las publicaciones ingresadas en cumplimiento de las normas de entrega obligatoria de impresos, y para obtenerlas se valió de cuantos medios hubo a la mano, ya aplicando, inflexiblemente, a los editores en infracción la multa impuesta por la resolución de 23 de noviembre de 1882, ya proponiendo, cuando la observancia de esta disposición ofrecía reparos legales, su transformación en ley, lo que consiguió, como dijimos, en 1893.

Los **Anales** registran la producción de las tipografías del país en el período comprendido entre los años 1895 y 1901, redactados conforme a la técnica adoptada por su compilador en la confección de los catálogos de la Biblioteca Nacional. A la descripción prolija del impreso agrega, muchas veces, oportunas notas sobre su contenido, complementando el repertorio con índices alfabético, de materias, de autores y títulos y de publicaciones periódicas, y su consulta arroja luz sobre la actividad de las imprentas uruguayas en un período no relevado hasta entonces. La obra completa —édita e inédita—, consta de 619 folios y 909 páginas, dando noticia de 4.315 obras, folletos, hojas sueltas, publicaciones periódicas, grabados y planos.

La publicación de los **Anales** cesó —ya dijimos—, a partir de la impresión del tomo primero. El Ministerio de Fomento, que ejercía la superintendencia de la Biblioteca, en resolución inconsulta desautorizó y prohibió la continuidad del repertorio, privando así al país de una estimación cuantitativa y cualitativa del pensamiento nacional impreso. Esta peregrina medida partía de la supuesta dificultad que ofrecía el anuario para su consulta, pero su móvil era, sin duda, el propósito de crear reparos a la administración de Mascaró, que, perdido el apoyo del Presidente Santos, hubo de desarrollarse afrontando “con porfiado empeño” la indiferencia y la oposición oficial. Sólo después de transcurridos cincuenta años de la aparición del primer volumen de los **Anales** se reinicia en el Uruguay, con el Anuario de 1946 (15), la bibliografía nacional, cumpliendo sus editores —como señalan—, “con un deber de imperiosa urgencia: informar, periodicamente, acerca de la realidad intelectual del país”. Pudo verse entonces, cuando el tiempo valoraba la contribución primera de Mascaró, la gravedad de esta ausencia bibliográfica, en desmedro de la cultura, y la magnitud de la tarea de reconstruir la bibliografía nacional, tal como la pensó y materializó el autor de los **Anales**.

Su obra en el Archivo General Administrativo fue igualmente valorable. Reunió y ordenó los documentos de nuestra histo-

ria patria, fundando la **Revista** del organismo, que aparece bajo su dirección en 1885 y va a continuar hasta casi mediado nuestro siglo, conteniendo la vieja documentación de los Cabildos montevideanos (16). Cábele así, también, el timbre de ser el precursor de la bibliografía documental en el país.

## EL HUMANISTA Y EL BIBLIOFILO

Bibliófilo de viejo cuño, hizo del uso del libro un culto, de la biblioteca un santuario, “un santuario de ciencia”, empleando sus palabras. Su amor al libro nos lo hace ver como un personaje digno de figurar en los deliciosos cuentos de los clásicos de la bibliofilia, en las historietas de Nodier, de Uzanne o de Asselineau. Celoso conservador de las colecciones confiadas a su guarda, nos queda la anécdota ilustrativa de esta preocupación. No importa quien fuere el consultor de una obra rara, el doctor Mascaró lo sentaba frente a su pupitre, en actitud vigilante al trato que aquel

dispensara al libro o al documento. No se libraron de este cuidado los consuetudinarios visitantes de la Biblioteca, doctor Pablo Blanco Acevedo, don Carlos Ma. Ramírez, don Eduardo Acevedo ni ningún otro investigador o personaje oficial, por más títulos que ostentaren o por más influyentes que fueren.

Otras veces se acercaba, furtivamente, al lector de sala, atento a sorprenderle en infracción a las reglas que él consideraba básicas para el cuidado del libro. Doblar sus páginas, o marcarlas; humedecer los dedos para volver sus hojas; tomar notas puesto el papel sobre su texto —maltratarlo de esta u otra manera—, significaba para Mascaró una profanación, y para el inadvertido lector la pena condigna. Este celo le llevaba, alguna vez, a no librar al público ciertas obras consideradas raras o curiosas.

Cierto día, un visitante encumbrado, de galera y bastón y cuyo nombre no viene al caso, que recorría la Biblioteca en compañía de su director, osó empujar con su vara el lomo de un libro que sobresalía del anaquel. Molestado, Mascaró lo apartó, increpándole: "doctor, los libros no se manejan con bastón!".

En la encuadernación de los volúmenes —cuando se trata de prestar al libro guarda y decoro—, era igualmente inflexible, no tolerando en modo alguno que aquella operación pudiera infringirle lesión o menoscabo. Exigía total respeto a la integridad del volumen, y al volver los libros del taller, y teniendo en cuenta, seguramente, la proverbial torpeza de los encuadernadores, ordenaba se revisaran hoja por hoja para verificar si mantenían intactamente sus características originales.

La fiscalización de los fondos de la Biblioteca era rigurosa. Cerrada la sala de lectura se aseguraba personalmente de la devolución, en forma, de las obras servidas, disponiendo, además, que el personal revisara diariamente la existencia de los libros en los anaqueles. Y en alguna ocasión sustraía deliberadamente algunos volúmenes del sector elegido para el registro, agudizando así el celo de los empleados del instituto.

Don Pedro Mascaró fue también perseverante lector, estudiioso e investigador. De sólida cultura, versado en lenguas —poseía doce, entre idiomas y dialectos, "mucho del griego y del árabe"—; "de costumbres raras por lo morigeradas y tranquilas" (a las 9 de la noche, indefectiblemente, se cerraba el zaguán de su casa a la vida exterior), dedicaba el tiempo que le restaba de sus afanes en la Biblioteca y el Archivo, al cultivo de la historia, la literatura y la filosofía.

El manejo de los libros y documentos —en gran parte inéditos estos últimos—, de la Biblioteca y el Archivo, permitíanle obtener datos de primera fuente en el conocimiento de la historia nacional y americana. En esta disciplina debió de dar término a una **Historia de América**, cuyos originales no han llegado hasta nosotros.

Muchas veces, el resultado de estas búsquedas lo trasmitió, generosamente, a otros estudiosos de nuestra historia nacional. En las últimas décadas del siglo pasado, al tiempo en que el doctor Mascaró se hace cargo del instituto, comienza el revisionismo histórico artiguista. La Biblioteca Nacional y el Archivo, reuni-

dos y ordenados sus fondos, se libran a la investigación y a la verdad histórica. Su Director —lo va a recordar ya en nuestros días don Eduardo Acevedo—, lo orienta en sus investigaciones cuando éste comienza sus estudios reivindicatorios de Artigas, que más tarde dio forma en su sustantivo alegato histórico.

Quedan de su pluma, dispersos en publicaciones periódicas, varios de sus trabajos, que versan de filosofía, historia y literatura, algunos de los cuales mencionamos en esta semblanza. Cábela escribir la primera y documentada historia de la Biblioteca Nacional, por encargo de los editores de la **Enciclopedia Británica**, luego —dice—, “de practicar en los Archivos multitud de pesquisas á fin de relatar sus orígenes y desenvolvimiento con la formalidad que la crítica recomienda...” (17)

FINIS CORONAT OPUS.

Casi un cuarto de siglo prolongó Mascaró su gestión en el instituto, dedicando al cuidado “excesivamente prolíjo de la Biblioteca —como expresa un diario a su muerte—, todos sus afanes y todas sus energías” (18). No estaba en uso entonces para calificar esta dedicación la palabra **full time**, pero, en verdad, Mascaró ya lo practicaba. Su administración, empero —como anota el mismo cronista—, “soportó las críticas acerbas que provocan los caracteres firmes y las voluntades inquebrantables”. Su concepto severo de la disciplina funcional; su celo, insobornable para el cumplimiento de las reglamentaciones que regían el instituto; su obstinado empeño ante el Ministerio, indiferente u opositor a sus iniciativas y reclamos; el exacerbado amor al libro o al documento confiado a su cuidado; en fin, la violencia de su carácter —acentuada por la edad y su precaria salud—, le crearon incidentes administrativas, a las que se mezclaron, como dijimos, factores políticos que dificultaron el buen término de su actuación funcional.

Una medida extrema vino a colmar este estado de cosas; su temporal alejamiento del cargo, dispuesto por el Gobierno de Cuestas en junio de 1900, y el nombramiento de una Comisión Honoraria con el cometido —se expresaba—, “de revisar la organización de la Biblioteca y el método de catalogación en uso y de proponer en caso necesario las reformas más adecuadas a este servicio”. Mascaró presentó sus descargos en una brillante defensa de su gestión en el instituto, y aunque vuelto a su puesto; su quebranto moral y físico disminuyó el ritmo de su eficaz labor.

Un nuevo sentido funcional, métodos y técnicas modernos han transformado, de entonces acá, el espíritu de la biblioteca pública. Han quedado muy atrás, en el tiempo, aquella modesta sala de lectura de 1880, y aquel catálogo de libros redactado con prolja caligrafía y acendrado amor. En esa trayectoria, larga y azarosa, de nuestra Biblioteca Nacional, el nombre de don Pedro Mascaró quedará honrado con el mérito indiscutido de celoso conservador, colector y organizador de sus fondos, en época y circunstancias en que los testimonios de la cultura nacional —documentos e impresos—, pudieron, acaso, perderse para siempre.

La muerte tronchó su vida austera, cuando aún retenía su cargo, en la ciudad de su nacimiento, el 20 de mayo de 1904. Tomaban vigencia así las palabras de José A. Tavolara, ex-Director de la institución, quien, al tiempo de dimitir, en 1878, había expresado: "La Biblioteca Nacional está exigiendo ya la vida entera de un joven tempranamente capaz, que esté dispuesto a ofrecérsela sin compensaciones".

#### N O T A S

- (1) **El Emperador Netzahualcoyotl considerado como poeta elegíaco.** Discurso que presentó el Licenciado Pedro Mascaró y Sosa al graduarse de Doctor en aquella Facultad el día 28 de setiembre de 1878. Precedido de un prólogo por el Ilmo. Sr. Dr. Dn. Antonio Balbin de Unquera, Bibliotecario del Consejo de Estado. Madrid, Imp. Calle de la Estrella, Nº 3, 1878.
- (2) Ignacio A. Espinosa. **En el cincuentenario de la muerte del doctor Mascaró.** (En Revista Nacional, Montevideo, t. LXI, Nº 186, 1954, pp. 389-395). No tenemos mayor información respecto de estos estudios.
- (3) Transcripto por José M. Fernández Saldaña, **Diccionario uruguayo de Biografías, 1810-1940.** Montevideo, Ed. Amerindia, 1945. A este autor debemos la primera biografía de Mascaró.
- (4) Electo Representante por Montevideo en la 15.a Legislatura, años 1885-1888, continuó en sus funciones como Director Honorífico.
- (5) Pedro Mascaró y Sosa, **Memoria de la Biblioteca Nacional... correspondiente al período transcurrido desde el 26 de julio de 1880 hasta el 30 de diciembre del mismo año,** Montevideo, Imp. a Vapor, 1881.
- (6) Un decreto de la Asamblea General Constituyente y Legislativa, de 10 de mayo de 1830 —que nunca se había puesto en práctica—, así lo disponía.
- (7) Mascaró, **Memoria**, op. cit.
- (8) En ocasión de visitar Alexandre Moret, Conservador de la sección egipcia del Museo del Louvre, nuestra Biblioteca Nacional, expresó a su entonces Director, don Arturo Scarone, su asombro y su entusiasmo por las obras egiptológicas que poseía, algunas de las cuales —comentó—, faltaban en bibliotecas europeas.
- (9) I. A. Espinosa, op. cit.
- (10) J. Speroni Vener. **Pedro Mascaró y Sosa, bibliófilo.** Montevideo, Imp. Nacional, 1958.
- (11) Este códice, copia del autógrafo de Lozano, fue adquirido por el gobierno uruguayo, en 1834. Un decreto de 11 de julio de 1849 autorizaba se le facilitara a Lamas, quien utilizó el manuscrito para su edición de Lozano, **Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán...** publicada en Buenos Aires en 1873.
- (12) Para una mayor información acerca de este repertorio, véase nuestro estudio **Pedro Mascaró y la bibliografía uruguaya**, en **Revista Interamericana de Bibliografía**, Vol. X, Nº 4, pp. 343-355, octubre-diciembre, 1960.
- (13) Mascaró, **Advertencia** en el t. I, de los **Anales**.
- (14) J. Speroni Vener, **Pedro Mascaró y la bibliografía uruguaya**, cit.
- (15) **Anuario bibliográfico uruguayo 1946.** Montevideo, Biblioteca Nacional, 1947.
- (16) **Revista del Archivo General Administrativo o Colección de documentos para servir al estudio de la Historia de la República Oriental del Uruguay, patrocinada por el Gobierno y dirigida por el Dr. Pedro Mascaró.** Montevideo, Imp. El Siglo Ilustrado, 1885-1943.
- (17) Pedro Mascaró y Sosa. **Apuntes para una historia de la Biblioteca Nacional de Montevideo.** En **Anales del Ateneo del Uruguay**, Montevideo, t. II, Nº 9, mayo, 1882, pp. 161-184.
- (18) **El Siglo**, Montevideo, 21 de mayo de 1904.

## I. BIBLIOGRAFIA DE PEDRO MASCARO Y SOSA NO CITADA EN EL TEXTO

1. Pedro Mascaró y Sosa. Juicio estético del cuadro conocido con el nombre de Ultimos momentos de Carrera, pintado por D. Juan M. Blanes por... Dr. en Letras, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo. Montevideo, 1879.

2. \_\_\_\_\_. "Un tema de metafísica analítica". En **Revista de la Sociedad Universitaria**, Montevideo, t. I, Nº 2, 1884, p. 80.

3. \_\_\_\_\_. "El Emperador Netzahualcoyotl considerado como poeta elegíaco (Poesía Azteca)". En **Revista de la Sociedad Universitaria**, Montevideo, t. II, 1884, p. 19, 157, 214, 301, 418, 497; t. III, 1855 p. 180.

No hemos tenido a la vista los tomos siguientes donde debe continuar el trabajo. Se trata de una versión, ampliada, de la tesis impresa en Madrid en 1878, citada en el texto. Se trata, quizá, de la reimpresión montevideana de la obra a que se refiere Fernández Saldaña en su **Diccionario uruguayo de biografías**, cit.

4. \_\_\_\_\_. **Informe relativo al escudo de armas de la ciudad de Montevideo**. Montevideo, 1887.

En colaboración con Pablo Nin y González y Blas Vidal.

5. \_\_\_\_\_. **Historia de América** (inédita).

Según testimonio de sus familiares, el doctor Mascaró dejó inédita una obra con este título, lo que no sorprende, dada su versación en esta disciplina y los materiales que tenía a mano en la Biblioteca y el Archivo a su cargo.

## II NOTAS BIBLIOGRAFICAS SOBRE PEDRO MASCARO Y SOSA NO CITADAS EN EL TEXTO

6. "La Biblioteca Nacional". En **El Espíritu Nuevo**, Montevideo, 15 de diciembre de 1878.

Se refiere a la necesidad de levantar la Biblioteca, y al mencionar a su Director, doctor Mascaró, dice "que por sus conocimientos, su laboriosidad y el método con que procede en sus trabajos es una esperanza para la juventud estudiosa de la patria".

7. "Doctor Pedro Mascaró, Director de la Biblioteca Nacional". En **El Telégrafo Marítimo**, Montevideo, 21 de mayo de 1904.

Nota biográfica con motivo de su fallecimiento.

8. "El doctor Pedro Mascaró". En **El Tiempo**, Montevideo, 21 de mayo de 1904.

Con ocasión de su muerte, destaca la actuación de Mascaró al frente de la Biblioteca, señalando, sobre todo, su honradez, "que travesó incólume—dice— una época de prodigalidades ilimitadas". Es evidente la intención política del articulista, en un diario opositor al Gobierno del General Máximo Santos, hermano político de Mascaró.

9. José M. Fernández Saldaña. "El Dr. Pedro Mascaró y la Biblioteca Nacional". En **La Mañana**, Montevideo, 22 de junio de 1930.

El autor es el primero que reinvindicó la personalidad de Mascaró y su actuación en la Biblioteca y el Archivo.

10. "La Biblioteca (Nacional) durante la Dirección del doctor Pedro Mascaró y Sosa". En Arturo Scarone, **La Biblioteca Nacional de Montevideo**. Montevideo, Tall. Gráf. del Estado, 1916, pp. 85-92.

11. Julio Speroni Vener. "Los precursores de la bibliografía uruguaya". En **Segunda Exposición Nacional de las Artes Gráficas; catálogo...** Montevideo, 1950, pp. 21-29.

Se tiró una "separata" en el mismo año.

12. "La obra de Pedro Mascaró y Sosa en nuestra Biblioteca Nacional". En **El País**, Montevideo, 4 de mayo de 1958.

Reproduce la conferencia del autor en la Biblioteca Artigas-Washington, el 21 de noviembre de 1957. En 1958 se publicó, corregida y aumentada, con el título de **Pedro Mascaró y Sosa, bibliófilo**, trabajo citado.

**JACINTO ALBISTUR Y EL POSIBILISMO  
EN EL URUGUAY DEL SIGLO XIX**

por Lic. MIREYA PINTOS CARABAJAL



## **JACINTO ALBISTUR Y EL POSIBILISMO EN EL URUGUAY DEL SIGLO XIX**

**Lic. Mireya Pintos Carabajal**

I

### **La figura de Jacinto Albistur**

Entre los muchos españoles que se distinguen en el Uruguay, durante la segunda mitad del siglo pasado, se encuentra Jacinto Albistur.

El tradicional Montevideo del siglo XIX alberga a este hombre eminente, de sentimiento cosmopolita, político y filosófico que gravita desde la prensa en el proceso cívico nacional; y que al igual que muchos de sus compatriotas residentes en nuestro Continente, logra identificarse con el movimiento intelectual americano, no obstante mantener contactos y raíces en el pensamiento hispano.

Nace Albistur en Madrid, en 1821. De su vida juvenil conocemos los principales hechos externos. Los estudios realizados en San Sebastián, en la Universidad de Oñate y Madrid; los cargos en el ejército y la carrera de funcionario de la Secretaría de Estado, donde su labor se destaca con un despliegue extraordinario de talento. Más tarde, encauza sus actividades hacia la carrera diplomática, en momentos en que España vive horas agitadas. Brillantes son sus intervenciones, y los resultados de las mismas, se ven claramente en las muchas menciones honoríficas que recibe en su patria, y en los países en que incide su acción diplomática. Entre ellas, se ubica el nombramiento de Caballero de la Orden de Carlos III y la Cruz de Caballero de Cristo que le otorga la Reina de Portugal.

Hombre respetado en su patria, es solicitado en 1851 para ocupar el cargo de Encargado de Negocios y Cónsul General de España, en Montevideo. Poco tiempo después recibe similar representación de parte de los Regentes de Parma.

En 1855 se le designa Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados del Río de la Plata, cargo que ocupa hasta 1850, pasando posteriormente —en 1865— a la Legación hispana de Lima.

Diversos acontecimientos políticos en América y España, lo impulsan a abandonar la carrera diplomática; e indirectamente, regresar a nuestro país, en 1870. Durante el período de actividad consular, muestra Albistur el equilibrio que le permite alternar

las delicadas gestiones políticas con sus inquietudes jurídicas y literarias. No constituye ello una bifurcación, sino verdadera unidad de pensamiento, que lo induce a escribir sobre la **Inviolabilidad de la propiedad privada en las guerras marítimas**, y artículos referentes a la probable escasa duración del Imperio Mexicano.

Al retornar a Montevideo vuelca su inteligencia, sagacidad y prudencia en artículos publicados en "La Tribuna", para pasar luego a la redacción de "El Siglo". Se encuentra entonces, inmerso en las grandes disensiones políticas por las que atraviesa la República; las Administraciones de Lorenzo Batlle, Gomensoro, Ellauri, Varela, Latorre, Vidal y Santos. Es el período en que se produce entre otros sucesos la revolución de Timoteo Aparicio, la terminación de la guerra del Paraguay, la reorganización de los partidos políticos, el motín del 15 de enero, la deportación de algunas de nuestras mejores mentalidades a La Habana, y los gobiernos de fuerza sustentados por el militarismo.

Este ambiente convulsionado, caótico rodea a Albistur, se le impone y opera sobre su carácter e ideología. Desde el periodismo —arma de acción y tribuna de su entusiasmo— participa decisiva y permanentemente en los aspectos estructurales del proceso político. Realiza la crítica aguda de nuestros principios, e instituciones; busca armonizar su pensamiento liberal con la realidad nacional, y defiende consecuentemente los postulados de la escuela posibilista. La reforma escolar, el registro y matrimonio civil que tanto significan como adelanto moral y garantía de la libertad de conciencia hallan en él, su defensor; pudiéndose decir que José Pedro Varela en la acción, y Albistur en la prensa cimentan —en cierta medida— el desenvolvimiento del proceso cívico cultural uruguayo.

Simultáneamente, publica su obra titulada **Relaciones entre España y los Estados del Río de la Plata**, y un libro de poesías.

En 1879 inicia la prédica posibilista, testimoniando gran sensatez política y reflexiva conceptualización en sus editoriales. Sensatez que le hace defender la verdad, "tomar la realidad de las cosas como base de conducta", (1) y preferir la razón práctica a las sutilezas estériles.

Posteriormente, bajo la dictadura de Santos sufre el encarcelamiento, junto con sus compañeros de prensa.

Fallece en agosto de 1889, en Montevideo.

II

### **El posibilismo en la prensa montevideana**

Nuestra historia política vive uno de sus períodos más críticos cuando Albistur "espíritu volteriano, dotado de agudeza crí-

---

(1) "El Siglo". Montevideo, marzo 4, 1879.

tica, adquirida en la cátedra krausista de Saenz del Río” (2) se hace cargo de la dirección del diario “El Siglo”, desde donde procura conciliar inteligentemente el eco de sus ideas, con la necesidad de un positivo progreso nacional.

En sus editoriales aboga por la reconstrucción del país, procurando en esas horas inciertas, atraer y polarizar la dinámica de los uruguayos en torno a una política posibilista.

No fue ciertamente Albistur un pensador divorciado de la realidad, —como tampoco lo fuera Emilio Castelar, el célebre orador hispano, iniciador de la escuela posibilista— por lo que resulta lógico que ambos centren su interés en el juego político-filosófico de su tiempo.

Se propuso Albistur desenvolver su ideología, originariamente europea, pero condicionada y adaptada a nuestra realidad; en la consideración de que la misma proyectaría al Uruguay —mediante la acción de sus mejores elementos— al desarrollo económico y técnico, la expansión industrial y el progreso cultural. Consecuente con este pensamiento, y en la coyuntura política en que se ve inserto, propugna la prudencia. Frente a las represiones y levantamientos que se suceden, favorece el despliegue de aquellas fuerzas que en circunstancias adversas, comprenden la urgencia de aunar, intensificar y consolidar esfuerzos para lograr la estabilidad nacional. Ante la multiplicidad de los excesos de autoridad y de las crisis sociales, radicalizadas por los gobiernos de fuerza, propone entonces **aceptar la realidad**, aún cuando ella diste mucho de ser la perfección como sistema. Pero, es esta una aceptación que para ser válida, no puede en ningún momento, significar connivencia, acatamiento ni distensión pasajera, sino que debe identificarse con un riguroso compromiso moral. Configura la obligación de cada ciudadano de utilizar los recursos legales y los medios de influencia que deja el gobierno, para ejecutar con ellos todos los esfuerzos posibles, que permitan finalmente, la concreción del ideal de institucionalidad democrática. Conceptúa pues, que los principios reclaman una técnica para ser aplicados con probabilidades de éxito; y que la prudencia, la flexibilidad, y el sentido de oportunidad son los elementos que determinan en los pueblos, la posibilidad de lograr las transformaciones políticas y sociales anheladas, soslayando el peligro revolucionario.

Concerta en sus raíces la verdad práctica y la especulativa, y proyecta el pensamiento sobre la acción. Escoge soluciones que sean realizables, den resultados y respondan a necesidades visibles e inmediatas. Semejante enfoque se basa en que si la sociedad conoce sólo ideas y no realidades, difícilmente ha de lograr el equilibrio político y el progreso cultural deseado.

---

(2) MONTERO BUSTAMANTE, R. Prólogo a **Escritos de Carlos M. Ramírez**. Montevideo, 1923, p. XXXII.

Surgen los postulados posibilistas como una nueva aportación en la búsqueda de un orden constructivo, como una escuela que procura imprimir una nueva dirección político-filosófica a la mentalidad montevideana que, hasta la segunda mitad del siglo XIX, había tenido como primordial conductor al clásico pensamiento católico.

En verdad, ya a partir del 60, se puede advertir una evolución de los ideales primarios, y un principio de cambio en la opinión de un sector de la juventud, que se orienta firmemente —desde la Universidad— hacia corrientes racionalistas. Se comienza entonces, a abordar con criterio más liberal las diversas manifestaciones del pensamiento y la razón. Pero, si bien hay sinceridad y fervor en los jóvenes, al aprehender los nuevos principios, no existe unanimidad de criterios. La polémica es ardiente, y en ella “el espiritualismo católico tradicional y el espíritu racionalista que preconiza el deísmo y la religión natural se oponen vivamente” (3)

Durante el período del 70 al 80, acusa gran relieve el panorama intelectual de nuestro país, que trasciende más allá de la arbitrariedad situación política y de la desorganización estatal. Durante estos años surge una verdadera corriente de renovación cultural, afirmándose la reforma vareliana, creándose nuevos centros de estudios y numerosas Sociedades (Club Universitario, Ateneo de Montevideo, Sociedad de Estudios Preparatorios) que agrupan a las personalidades más brillantes de la época: Carlos María Ramírez, Bartolomé Mitre y Vedia, Prudencio Vázquez y Vega, Pablo de María. Desde ellas, diversas corrientes de ideas ejercen decisiva influencia en nuestro medio, manifestándose tres tendencias. Primeramente, el espiritualismo racionalista, que fusiona elementos del krausismo germano-belga, propulsor del pensamiento de Ahrens y Tiberghien y que es respaldado por Vázquez y Vega; luego el ideal hispano y tradicional —el catolicismo— absorbido por el sector conservador y defendido desde “El Bien Público”. Y por último, el positivismo que conocido en el Uruguay por la acción de Angel Floro Costa y José Pedro Varela, se afirma con la intervención del Rector de la Universidad, Alfredo Vázquez Acevedo, para imponerse luego, vigorosamente, en todo el país.

En 1876 se plasma un gobierno omnímodo que ahonda los problemas nacionales, y origina situaciones que no pueden quedar circunscriptas a la esfera individual, sino que penetran en las instituciones sociales, y canalizan las actividades de las corrientes filosóficas hacia el campo de la política.

Distinta posición ante el Gobierno asumen en ese momento los elementos liberales. La corriente espiritualista con Antonio Vigil, desde las páginas de “La Razón” predica la abstención total de las funciones, en relación a la dictadura; mientras que un gran sector de la tendencia positivista que tiene una visión más esclarecida del momento, y de las circunstancias apremiantes por las que atraviesa el país, da su concurso al gobierno.

---

(3) ARDAO, A. La filosofía en el Uruguay, Méjico, 1956, pág. 14.

No llevan éstos últimos, un sistema totalmente original, sino la comprensión del peligro que encierra la posición principista. La apatía o la inhibición de los mejores ciudadanos sólo permite el más fácil acceso de los audaces y oportunistas al Poder; y ante esta situación no caben alternativas, posturas cómodas ni abstenciones justificadas. Se trata, con ideas claras y progresistas, de concretar la realidad y los ideales liberales, de restaurar principios desde la esfera oficial, de encauzar el desarrollo económico y cultural del país, y de procurar el control de las normas injustamente tergiversadas o corroídas. De todas las conquistas del hombre ninguna es tan penosa y tan inestable como la de la libertad, y por ello Albistur resalta la necesidad del pueblo de luchar por mantener el uso de sus derechos cívicos, aplicando todos los medios legales para mejorar la situación uruguaya, y ensanchar el círculo en que pueda ejercer esos derechos (4). De modo que la República misma se vería favorecida porque atendería no a intereses parciales, clasistas, sino a la totalidad de la existencia colectiva.

El cumplimiento de tal programa implica un cambio en la mentalidad criolla, una diversa concepción política. Es necesario lograr la comprensión de que el mejor método para alcanzar la victoria es actuar no sólo de acuerdo a la ideología, sino teniendo presente junto a ella, un amplio sentido pragmático de la circunstancia política. En esa coyuntura se ubica la posibilidad de arrancar al Gobierno las reformas liberales y efectivas que la nación necesita, de asegurar que la libertad sea un valor a respetar dentro del orden legal, y de consolidar el proceso democrático oriental.

En las inmediaciones del 80 la puja se perfila violenta en la prensa y en la cátedra; al tiempo que se extremán las pasiones y la autoridad ejecutiva se torna día a día más centralista y absorbente. El principismo, fuerza latente o potente de la oposición, cargada de idealismo, pero también de insensatez, se constituye en pregonero a ultranza de la libertad. Equivoca el medio de lucha y deviene en un factor de poder secundario, inoperante. Fracasa el mecanismo de su vida pública al no lograr armonizar con el medio, ni atraer grandes masas necesarias para organizar un programa concreto de acción, refugiando entonces su desarraigo en el Ateneo de Montevideo.

En oposición, se desenvuelven los postulados de la corriente posibilista que nacida en la turbulenta España, cumple en nuestro país, una función de orientación cívica, mediante la difusión realizada —entre otros— por el Rector Alfredo Vázquez Acevedo y el periodista Jacinto Albistur.

---

(4) "El Siglo". Montevideo, marzo 8, 1879.

En el editorial de “El Siglo” del 4 de marzo de 1879, aparece por vez primera en nuestro medio, la nueva doctrina. Es aquí cuando Jacinto Albistur define al posibilismo afirmando que “**no es otra cosa que la verdad, la realidad de las cosas, como base de conducta. Es necesario para la vida política que es eminentemente práctica tomar las cosas como son... es preciso tomar al país como lo han hecho la naturaleza, la historia... teniendo en cuenta el grado a que vaya su ilustración, los quilates de su patriotismo, lo que el sedimento de sangre y desorden, de arbitrariedad y anarquía ha enturbiado la fuente de las nobles aspiraciones, de los levantados sentimientos, de las patrióticas abnegaciones**”. Continúa Albistur el desarollo de los postulados posibilistas anotando que sus conceptos influyen en la política contemporánea de naciones europeas, tales como España y Francia. En ambas, “**los republicanos posibilistas se contentan con lo posible. Tratan de no violentar las cosas, de no chocar de frente con los hábitos del país, tratan de que la educación política del mismo acompañe a la acción y al desarrollo sucesivo de las nuevas instituciones**” (5), manteniendo entonces una actitud prudente y legal.

No pretende pues, esta doctrina un cambio total, radical en la República, sino que aspira a aproximarse todo lo posible a la realización del sistema ideal, apoyándose esencialmente en los factores nacionales de carácter político y cultural.

Tipifica asimismo el rasgo circunstancial de la política, al asegurar que “**la vida política es una serie de transacciones; sin ella no hay vida política posible**”, (6) y por eso mismo estima necesario la más viva compenetración con los principios morales. “**Jamás estamos justificados para prevaricar nosotros. El fin no justifica los medios**”, señala Albistur en la edición de “El Siglo” del 15 de marzo.

El poder público —consideran los posibilistas— debe apoyarse en todo momento en la sociedad misma, y al desenvolver su sistema político y administrativo adecuarse a los elementos materiales y morales que en la misma existen, pues “**un gobierno establecido para regir ordenadamente la sociedad civil procedería muy torpemente si pretendiera perpetrar bajo un régimen constitucional las tradiciones de una época de poder dictatorial**” (7), es decir que autoridades y realidades sociales, dentro de un sistema armónico, deben ir unidos, equilibrándose —según Albistur— la ordenación de lo político a lo social. Entre ambos sectores es preciso que exista una acción unitaria, coordinada, total que tienda al crecimiento, al progreso del país, y que se convierta en un agente de adelanto en la vida nacional.

Función específica del gobierno es mantener una actividad constante, ya que “**hay que hacer administración, hay que hacer**

(5) “El Siglo”. Montevideo, marzo 4, 1879.

(6) “El Siglo”. Montevideo, marzo 4, 1879.

(7) “El Siglo”. Montevideo, marzo 4, 1879..

**libertad, hay que hacer vida regular y honrada. encontrándose esta actividad sometida en su acción a lo que el país encierre**” (8), constreñida su esfera, a los límites de carácter pragmático. Insiste Albistur en el concepto de que la política es acción, y al tratar de conciliar el mundo del pensamiento con la realidad, señala que los ciudadanos deben decidir el momento de la aplicación práctica. Posponer los enfoques estáticos, abstractos para adoptar ante sucesos históricos contingentes, una tesis flexible, prudente que le permita confrontar la practicidad de determinadas soluciones y lograr la realización del ideal. Y éste ¿cómo se alcanza? Por medio de la acción transformadora de los Partidos Políticos que basados en sus doctrinas, se identifican con la situación, las necesidades del país y —en cierta forma— con el gobierno. Y en la medida que esos partidos tengan programas de acción capaces de superar el fenómeno local del caudillismo, que sirvan para agrupar y polarizar los principios básicos del proceso cívico, “para dirigir las evoluciones de la política”, su estructuración se torna fundamental.

A la publicación de estos artículos no demora en surgir la escisión ideológica entre nuestros intelectuales, ni la réplica por medio de la prensa.

Apasionada es entonces la polémica que sostiene Albistur con “La Razón” y “El Bien Público”, quienes partiendo desde muy diferentes puntos de vista, y fundamentándose en diversas doctrinas filosóficas, coinciden —empero— en la crítica a la nueva concepción posibilista.

El editorial de “El Bien Público” del 20 de marzo de 1879, proclama la abstención política como la posición más lógica y racional; “Cuando por la naturaleza del gobierno, los connacionales se encuentran espiritualmente violentos ante él;... cuando para desempeñar y ejercer los deberes y derechos del ciudadano se exige que pasen por las horcas caudinas de la depresión y el envilecimiento moral, entonces afirma, la abstención es un deber”.

Por su parte, “La Razón” desaprueba y condena a los hombres que se permiten servir en la esfera administrativa, en momentos “en que el poder público se halla en manos impuras” (9).

El conjunto de conceptos reseñados puede parecer incombustible, pero Albistur se apresura a advertir que hay que transar para sobrevivir, para vencer el estancamiento, para promover el proceso de legalización. “En ciertos casos podemos y debemos transigir con los que han hecho mal, porque de esa transacción puede resultar un bien positivo para la patria” (10). Esta idea juega un papel decisivo en la doctrina posibilista, y plantea una nueva valoración de la estrategia de los procedimientos a utilizar en la vida pública. Señala las opciones de cada momento, así como que es necesario recalcar que la elección que realizamos depende de las po-

(8) “El Siglo”. Montevideo, marzo 4, 1879.

(9) “La Razón”. Montevideo, noviembre 10, 1879.

(10) “El Siglo”. Montevideo, marzo 15, 1879.

sibilidades que existan de apoyar o no, la tendencia que impulsa el progreso. A veces la única salida es alejarse de lo más regresivo, formando conciencia, pero en general constituye una actitud más positiva, transar y participar en la dirección del proceso.

Las consecuencias prácticas de la abstención lleva a que el gobierno se vincule únicamente con algunos sectores —no siempre los más representativos o prestigiosos— de la población, y que esas colectividades que erroneamente no quieren hacer política acaban por hacerla, al no poder permanecer indiferentes. Sólo que esa apreciación un tanto inconsciente, suele ser la peor.

### III

#### Algunas conclusiones

Nuestra política en el siglo pasado se desarrolla velozmente, se torna más técnica, más sutil y pierde la simplicidad un tanto esquemática colonial. De suerte que repercute en los factores económicos, sociales y culturales, los que mediante la acción de nuestras más preclaras mentalidades procuran una posible homologación. La integración de intelectuales en el gobierno y la aplicación consecuente de sus pensamientos permite a los uruguayos de las siguientes décadas, reafirmar nociones colectivas de sus derechos y de su valimiento, y gozar de la libertad cimentada en la educación y en el respeto a la ley.

Asimismo acelera, ya con su prédica, ya con el disentimiento ideológico que ella provoca en algunos grupos sociales, la concientización de la dignidad ciudadana. Se consolidan entonces, las premisas de un ideal liberal que nos han alejado —en parte— del analfabetismo, la pobreza, la guerra civil y que hubieran tardado en desaparecer si aquellos hombres ante la alternativa real, socialmente experimentada, hubieran aceptado la opinión de “La Razón” de dejar que “*del exceso del mal surgiera el bien*” (11). En verdad, se pautan en la sociedad uruguaya de esos días, condiciones socio-político desfavorables para motivar al sector “*a hacerse cargo de la realidad*”, incorporarse y hacer prevalecer en ella, sus orientaciones e ideales.

El problema tradicionalmente planteado, en torno a la moral y los intereses aparenta cobrar actualidad; pero este cuestionamiento que —por momentos— es áspero en el ámbito montevideano, pierde vigencia ante el equilibrio y la medida de los postulados de Castelar y Albistur. La doctrina impide que la acción política se situe en las meras utilidades materiales, definiéndola como la necesidad constante de hacer el bien, adaptando los medios a las circunstancias. Por otra parte, el común peligro de la prevaricación queda excluido desde que “*lo inmortal e innicuo es considerado moralmente imposible*” (12). Si ello ocurriese habría una ruptura doctrinaria, una disolución del significado político del posibilismo.

(11) “La Razón”. Montevideo, marzo 7, 1879.

(12) “El Siglo”. Montevideo, marzo 15, 1879.

Un juicio adverso que tienen que enfrentar los posibilistas es la acusación de sostener gobiernos fuertes, dictaduras disfrazadas, como afirma "La Razón", del 22 de diciembre de 1879. Tal imputación gratuita es desvirtuada en los editoriales de Albistur. Ciertamente, la falta de garantías, de libertad, que caracterizan a nuestras dictaduras trasciende a la conciencia de las gentes, originan una colectivización de temor en el que se conjugan los reiterativos desmanes gubernamentales, con la carencia de protección eficaz en el libre ejercicio de los derechos. En ese caso, el único medio eficaz, acertado de lucha es el marcado por la corriente posibilista. Hay que luchar si, pero con las armas legales que deja el gobierno, a fin de incrementar desde o con él las transformaciones estructurales de nuestro sistema político. De la concentración de esos esfuerzos se formalizarán conciencias cívicas, se ordenarán generaciones en torno a los partidos políticos conductores que, han de ser los que impidan el surgimiento y la implantación de gobiernos totalitarios, productos endémicos de nuestra realidad del siglo XIX.

La doctrina adquiere vigor y extensión en toda la República, provoca un cambio en la actitud mental de algunos sectores intelectuales rurales, y aparece su prédica en la prensa del Interior. Tal, "El Constitucional" de San José que en varios artículos advierte sobre la conveniencia de servir honestamente a la Nación desde los cargos administrativos, para evitar que los mismos sean ocupados por personas de escaso nivel moral o intelectual. Asimismo exhorta a combatir los atentados de la dictadura mediante una posición ajustada a la realidad, atemperada la conducta a lo real y posible, y excluyendo de este modo, el retramiento o la conspiración.

Se extienden pues los conceptos continentales por nuestra campaña, al tiempo que comienza a perfilarse un proceso de transformación cultural, abordándose con criterio más liberal, las diversas manifestaciones del pensamiento y la razón.

Los trazos esenciales del planteamiento ideológico posibilista pueden quedar sintetizados en el siguiente programa práctico, y ajustado a la realidad; en primer término incidir —ya sea dirigiendo o contenido— en la política nacional, para **aproximarse según las circunstancias lo permitan a la realización del ideal**. Luego, utilizar todos los **medios de influencia que deje expedito la tiranía del gobierno**, dado que las abstenciones permanentes sólo pueden producir el arribo de oportunistas que no luchan por imprimir en el régimen, aquella dirección necesaria para la futura reorganización; como así también cabe el posible peligro del fraccionamiento o disolución de los Partidos. Estos se anulan en la inacción; y dado que ellos encarnan un factor gravitante en el buen funcionamiento del gobierno, su disolución equivaldría a debilitar el desenvolvimiento nacional. En el caso de que los Partidos no estén organizados o no funcionen, establece Albistur que compete a la conciencia de cada ciudadano ... **examinar las situaciones y resolver en que medida puede y debe ejercer la acción**. Es concluyente pues la doctrina ante la carencia de Partidos. Considera necesario en esa

condición ahondar los postulados en la conciencia ética y racional del hombre que debe enfrentarse al problema de la realización de sí mismo y de su patria.

Puede disentirse o no con el concepto político y el criterio filosófico del posibilismo, negar su aplicación o vigencia en nuestro siglo, pero es menester juzgarlo en su momento histórico y valorarlo en relación a su voluntaria búsqueda de la verdad y la realización del Ideal.

Es una escuela que indudablemente formula postulados que pueden ser tergiversados o utilizados por conformistas y/o situacionistas, pero que es auténtica en cuanto deja de lado toda abstracción estéril para colocar en un primer plano la acción dinámica del elemento nacional, en armonía con el desarrollo del organismo colectivo.

Por otra parte, al transcurso de los años, surgen con cierta claridad los resultados de esta escuela, en nuestro medio. La visión realista y humana con que conocieron y enfocaron los posibilistas la política, la economía y la interpretación del sistema educacional, así como la crítica inteligente que efectuaron de nuestros principios, favoreció el proceso civilista uruguayo; dándonos Albistur desde los editoriales de "El Siglo" una semblanza de nuestra vida cívica y de su conexa realidad social.

**ANTIGUOS ROMANCES POPULARES**

por **EDUARDO FAGET**



## ANTIGUOS ROMANCES POPULARES

(El Romancero y su aculturación en el Uruguay)

EDUARDO FAGET

Cantar que del alma sale  
Es pájaro que no muere;  
Volando de boca en boca  
Dios manda que viva siempre.

(Ventura Ruiz Aguilera, 1820-21).

### INTRODUCCION

“También el Uruguay daría seguramente buen número de romances populares, si hubiese quien se dedicase a colecciónarlos”.

Tal afirmación, efectuada en páginas que firma nada menos que el conocido eruditó Ramón Menéndez Pidal, cuya luz debe alumbrar todo estudio sobre el tema, se ve refrendada por la posterior puntualización que Lauro Ayestarán, nuestro musicólogo mayor realizó en **El Folklore Musical Uruguayo**: “En cuanto a los romances, debe destacarse que viven en el Uruguay 32 arcaicos, entre ellos el de Gerineldo, La Monja por Fuerza, Las Señas del Esposo, Delgadina, La Cautiva, etc.”. Ildefonso Pereda Valdés anotó varios en su **Cancionero Popular Uruguayo** y a nuestra búsqueda acudieron también ágilmente, lo que certifica su vigencia folklórica en el acervo del país. Pero la mera existencia de una veta cultural no justifica un estudio sobre ella, y menos que se irrumpa en la atención del lector con los frutos de esa empresa ¿Qué razones, entonces, se pueden aducir para excusar este trabajo? Varias, según se verá.

En el orden espiritual, primeramente, es importante poner de relieve que el estar incluídos en el vasto imperio del Romancero internacional, cuyos detalles geográficos se verán más adelante, nos hace partícipes a los uruguayos de un género literario-musical de idealidad y frescura incomparables, que ha merecido sobrevivir lozano a lo largo de cinco siglos en el área de cuatro continentes. Como dice uno de sus más caracterizados exégetas, “el Romancero es la canción épico-lírica de fondo más heroico y caballeresco”.

En el orden cultural, además de los muchos valores que se irán desprendiendo de la mera enunciación de las piezas, es oportuno prevenir que los romances son la única manifestación de la cultura popular que nos vincula declaradamente con épocas mucho más remotas que a las que generalmente se refiere nuestro folklore.

Llegamos por medio de estas canciones al Egipto del siglo IV, y a los mártires del cristianismo, a la dolida España de la guerra contra los moros y a la intervención en ella de Carlomagno, al esplendor del enorme imperio de Carlos V.

Notará el lector, sin embargo, que la exacta calidad original del Romancero ha sufrido obvias alteraciones en nuestro medio, no solamente por las diferencias de versificación, desarrollo del tema, extensión de la pieza, etc., que se advierten al comparar la versión española con la uruguaya de un mismo romance, sino también por las características idiomáticas exclusivas del Río de la Plata. Esas diferencias, que si bien en alguno casos pueden afectar, según gustos particulares, la belleza original de determinado cantar, redoblan la importancia de su estudio porque permiten apreciar los mecanismos de adaptación a términos y criterios uruguayos, en los casos en que las piezas originales no eran totalmente inteligibles para nuestra cultura popular por modalidades de su foraneidad. Es conveniente ahondar un poco en este tema.

### Como se acriollan los romances españoles

El fenómeno de la transmisión oral, base del folklore y su estudio, implica en la inmensa mayoría de los casos cambios de toda índole. Ello no deja de suceder con los romances, y esto resulta evidente al cotejar las versiones peninsulares, en la medida que se las pueda considerar prototípicas, con las versiones posteriores de otras tierras que heredaron esos mismos temas, e incluso sucede con distintas variantes de una misma pieza, coetáneas en un mismo lugar, pero vertidas por distintos informantes.

En primer lugar, estos cambios o alteraciones se producen por un proceso dialéctico de interculturación, resultante de la confrontación de dos contextos culturales que si bien en este caso son de profunda raíz común, revisten caracteres particulares, ya idiomáticos, ya ideológicos. Comparando los signos formales de las culturas española y uruguaya, es dable observar que condiciones históricogeográficas posteriores a la Conquista las hacen diverger a partir de un mismo pasado en multitud de manifestaciones. Nada puede significar para un criollo

Cata Francia, Montesinos,  
Cata París, la ciudad...

por lo que tan poca universalidad debe reducirse a términos nacionales o al menos más generales, o simplemente desaparecer del acervo por falta de funcionalidad (recordemos que las estructuras ciegas no soportan el paso de los tiempos).

Se preguntará el lector, entonces, por qué otros elementos muy comunes dentro del Cancionero Infantil, que tampoco nada dicen —como las frases de estribillo “chiribín chin chin”, “la tarín tarín barón”, “man tan tiru tiru la”, etc.—, sobreviven espléndidamente pese a su falta de significado directo. Pues porque son creadas especialmente para no ser entendidas, aparte de tener funciones musicales. Estos curiosos elementos, a los que el antropólogo brasile-

ño Paulo de Carvalho Neto, —en la línea de su maestro Arthur Ramos— denomina **embololalias** y halla como casuística de la libido oral de los niños, son muy comunes en las rondas y cantares infantiles nuestros derivados de los viejos romances españoles.

Considerando que el espíritu o argumento de una pieza se conserva exacto en distintas versiones nacionales, podemos observar que en la **forma** se han producido variantes (elementos diacríticos) a partir de sus antecedentes españoles. Los mecanismos más evidentes de estos cambios son la **fragmentación omisa** o simple truncamiento decadente por razones de memorización; la **reducción** a términos regionales de elementos materiales o espirituales, ya sean giros idiomáticos, nombres propios o de plantas, de animales, regiones, etc. Luego se pueden considerar causas tales como la **metonomasia**, nombre de la alteración sufrida por un vocablo al ser traducido, pero éste y otros mecanismos —salvo en el caso de Mambrú, derivado de Malborough—, no cuentan casi dentro de la interculturación hispano-uruguaya por compartir, exceptuadas las conocidas diferencias, el mismo ámbito idiomático.

En otros terrenos, como el de la **sustitución** de una palabra o grupo de palabras por otro, hemos hallado caminos más profundos que los comunes de la folklorología: la sustitución se realiza como garantía de olvido de un propósito, o porque la palabra trocada roza un complejo personal por encadenamiento inconsciente de ideas o por similitud fonética, o porque la reproducción de la palabra deseada se ve perturbada por una serie de ideas ajenas a ella, etc. El lector interesado en estos mecanismos podrá informarse a través de Freud y Jung.

Otra forma de cambio, pariente de la segunda mencionada, es la **modernización**, la puesta al día de los arcaicos elementos que casi todos los romances conllevan. Un buen ejemplo se ofrece a través de la versión criolla del viejo romance carolingio Gerineldo, recogida por Lauro Ayestarán, que trata de los amores de una hija de Carlomagno con su camarero. Ella invita a Gerineldo a sus habitaciones “entre las doce y la una, cuando el rey esté dormido”, y en una versión española pregunta, al acercarse el paje a la cita:

—Quién me ronda mi palacio,  
Quién me ronda mi castillo?  
—Soy Gerineldo, señora,  
Que viene a lo prometido.

El cuento sigue como debe, pero en la versión uruguaya la hija del emperador añade una aclaración:

—Quién es el audaz galán  
Que me ronda mi castillo?  
Con permiso de mi padre  
Estoy para darle un tiro.

Otro romance trastocado que ofrece claro ejemplo de interculturación es el viejo romancillo del Mago Merlin, perteneciente al ciclo bretón, que figurando ya en el **Romancerillo del Plata** (1913)

del español Ciro Bayo, ha sido vuelto a encontrar en estos tiempos, en Durazno, por Fernando Assunçao, con el nombre de Romance del Moro:

Dormite mi hijito  
Si no te dormís  
Vendrá por los aires  
El señor Merlin  
En un potro moro  
Cogido a la crin  
Con botas de potro  
Poncho carmesí  
El lanzón en ristre  
Jinete hacia aquí.

No se puede pedir ejemplo más obvio para ilustrar los frutos de la fusión hispanoamericana. Más adelante, al pie de cada pieza, se indicarán otros ejemplos de variante.

### Las versiones fragmentarias

Páginas antes se hizo referencia a la fragmentación o truncamiento en los romances debido a razones fortuitas de memoria: esto conspira contra la calidad original de la pieza y la rebaja, la accidenta. Pero existe otro tipo de fragmentación, que se podría llamar artística, que lejos de dañar el poema puede transformar un vulgar asunto novelesco en una pieza mágica y misteriosa. Al respecto, el mencionado Menéndez Pidal ha hablado del fragmentarismo como procedimiento estético del Romancero.

Muchos habrán leído, de este autor, su *Flor Nueva de Romanços Viejos*, que se incluye en el programa liceal de Literatura en nuestro país; quienes de él recuerden el romance del Infante Arnaldo, del infante que escucha de labios de un marinero un cantar “que la mar ponía en calm/ los vientos hace amainar/ los peces que andan al hondo/ arriba los hace andar/ las ave que van volando/ al mástil vienen posar... etc”. Arnaldo solicita del návegante que le enseñe la canción y éste le responde “yo no digo mi cantar/ sino a quien conmigo va”, por lo que el infante sube al barco y sigue lo insinuado en los primeros hemistiquios del romance: “Quién hubiera tal ventura/ sobre las aguas del mar/ como hubo el Infante Arnaldo/ la mañana de San Juan”. El muy apreciable halo de magia y misterio de esta versión, que es fragmentaria, se ve sustituido en la completa que se conserva entre los judíos de Marruecos por una aventura simple que no puede competir con la versión fragmentaria. Un particular ejemplo de lo mismo puede encontrar el lector comparando nuestra versión de *Las Señas del Esposo* con la recopilada por Pereda Valdés. Ambas figuran en páginas posteriores.

Un criterio reiterado, que tal vez parece un poco de inocente, adjudica estos casos de fragmentación artística a la obra consciente del pueblo; de cualquier manera cabe señalar las diferencias entre

ambas formas de truncamiento y saborear los buenos frutos de la última. Y para terminar esta fugaz visión de los cambios y alteraciones que sufrió el Romancero español al integrarse a nuestra cultura, debe señalarse que no solamente se acriolló pieza a pieza, sino también como género, pasando a musicalizarse su forma poética a través de las especies folklóricas, tradicionales y populares de nuestro acervo colectivo.

Lo vemos en los cielitos:

Lgs chanchos que Vigodet  
Ha encerrado en su chiquero  
Marchan al son de la gaita  
Echando al hombro un fungo.

---

Cielito de los gallegos  
Ay, cielito del dios Baco  
Que salgan al campo limpio  
Y sabrán lo que es tabaco.

Asimismo en el pericón y la media caña. En la milonga y la cifra, cuando se cantan por cuartetas:

Unpato pelao volaba  
Encima de una laguna  
Los otros patos se raiban  
Al verlo volar sin plumas.

(Ayestarán)

En fin, sin hacer cuestiones de grado puede decirse que el romance está siempre que se respeten sus caracteres formales de octosilabismo y asonancia en los versos pares, por lo que resulta raro encontrarlo en los géneros que prefieren la décima o espinela (por su inventor Vicente Espinel) para manifestarse, como ser, por ejemplo los estilos. La copla romanceada se da mucho en nuestro país, por ejemplo en las adivinanzas:

Vengo de padres cantores  
Aunque yo no soy cantor  
Tengo los hábitos blancos  
Y amarillo el corazón. (R: el huevo)

O en aires no específicos:

De los hijos de mi misma  
Yo soy el más desgraciado  
Ni las chinas me dan corte  
Ni los patrones trabajo.

En el Cancionero Infantil es muy frecuente el uso del romancillo, forma silábicamente más breve, para cantar *nanas* que con gran variedad de letras comparten la misma clásica melodía.

Veamos algunos ejemplos:

- A) Señora Sant' Ana  
Por que llora el niño  
Por una manzana  
Que se le ha perdido  
Venite a mi casa  
Yo te daré dos  
Una para el niño  
Y otra para vos.
- B) Señor San José  
Carpintero fino  
Hágame una cuna  
Para el niño lindo.  
Y en la cabecera  
Póngale un jazmín  
para que mi niño  
Se pueda dormir
- C) La virgen lavaba  
San José tendía  
Los lindos pañales  
La Virgen lavaba  
San José tendía  
Que el niño tenía  
El niño lloraba  
Del frío que hacia.  
La Virgen lavaba  
En el corredor  
Los lindos pañales  
De nuestro Señor

Estos romancillos, dados en estrofas que cambian el asonante, son muy frecuentes en versiones de dos o tres estrofas. En este mismo rubro existen piezas mnemoestróficas muy atendibles por su contenido:

Duérmete niño de cuna  
Que viene la reina mora;  
Pregunta de puerta en puerta  
Cuál es el niño que llora.

Cabe consignar que también se encuentran piezas del Cancionero Escatológico o Pornográfico, en el sentido general de la palabra que responden a las formas exteriores del romance.

De lo antedicho, se desprende que el Romancero tiene dos presencias en el Uruguay: por un lado, el ramillete de romances

españoles acriollados en nuestro medio, aquellos que según Ilisdoro de María podían comprarse en las tiendas de ultramarinos y que son tema principal de estos apuntes, y por otro los romances nacidos en la Banda por los cánones formales del Romancero Internacional. Las diferencias de versificación entre una y otra especie nos son tan atendibles como para clasificarlos entre europeos o uruguayos, pero ofrecen inequívocos signos de origen a quien esté familiarizado con el género.

Antes de pasar a examinar las muestras de romances españoles acriollados en e Uruguay, conviene hacer algunas precisiones sobre las características del género para la mejor inteligencia de las piezas.

### Generalidades del Romancero

El género que nos ocupa se gestó, en una España convulsa y combatiente, en las postimerías del medioevo. Ocho siglos de dura lucha contra los musulmanes africanos, invasores desde el año 711, y un pueblo español sin unión política, dividido en los reinos de Castilla, Galicia, León, Navarra, Aragón y Cataluña, le dieron el carácter épico-heroico que se su principal distintivo. Respira el Romancero, en sus orígenes, un aire democrático, guerrero y caballeresco, que ha de nutrir, en general, sus manifestaciones.

Los estudiosos del tema discrepan en torno a las interrogantes primeras. En cuanto al origen, las teorías más recibidas, que avalan los nombres de Marcelino Menéndez y Pelayo y Ramón Menéndez Pidal, hacen derivar, aunque con alguna reticencia, el género romance de los antiguos cantares de gesta, lo que le significa el mencionado carácter épico: "...el inmediato y fuerte entronque con las gestas heroicas medioeves es el carácter más profundamente distintivo del Romancero, ya que tal entronque no se da o se da apenas en la canción narrativa tradicional de los otros pueblos" (Menéndez Pidal). Compartiendo este mismo criterio, dice Manuel de Montoliu: "La mayoría de los romances, aún de los mismos viejos, son creaciones inspiradas ya en los cantares de gesta, ya en las prosificaciones que hacen de éstos las crónicas antiguas". Pero no se limitó la inspiración romanceril a las fuentes de gesta, sino que amplió su horizonte temático basándose en especies literarias y líricas, como la serranilla o pastorela, y continuó siendo épico - heroico a partir de posteriores sucesos de la inquieta historia española.

La primera noticia que heurísticamente se obtiene de la existencia del romance como género se ubica entre los años 1445-48. en la Carta-Proemio del célebre Marqués de Santillana: "Infimos poetas son aquellos que sin ningún orden, regla ni cuento facen estos romances e cantares de que la gente baja de servil condición se alegra". Esto apoya la teoría de que los primeros romances datan del siglo XV, a lo sumo de las postimerías del XIV, y evidencia el carácter eminentemente popular del Romancero en sus orígenes. Hagamos una pequeña aclaración al respecto.

Los libros de divulgación de la primitiva literatura española, dividen, para simplificar el panorama general de la poesía anterior, a los romances en dos rubros: la poesía popular o **mester** (oficio) de juglaría, y la poesía erudita o **mester de clecería**. A menudo se ejemplariza esta diferencia con unos versos del **Cantar de Alejandro** (siglo XII):

Mester trago fermoso non es de ioglaría  
Mester es sen pecado cá es de clerecía.  
Fablar curso rimado per la quaderna vía,  
A silabas cuntadas, cá es grant maestria.

(Juan Lorenzo de Astorga)

El juglar, dominador por excelencia de artes varias para entretenir a la gente, no debe ser confundido con el trovador palaciego, autor pero no decidor, que hace expresa mención de su superioridad sobre la juglaría que desprecia y tiende a imitarlo. Fue precisamente este género popular, el celebrado mester de juglaría, uno de los principales vehículos de la canción de gesta, cuyo florecimiento en manos de estos actores va desde mediados del siglo XII hasta mediados del XV. Cuando por esas fechas comienza a decaer, la juglaría de gesta da paso al Romancero haciendo eco de los nuevos gustos generales, incurre en el particular género de los **romances juglarescos**, más largos y minuciosos que los comunes, más vinculados a la vieja gesta española que al nuevo género naciente.

Casi todos los romances son de autor desconocido, aunque esto no significa la validez de la opinión que los tiene por hechos por el pueblo en general. Como en todos los Cancioneros folklóricos del mundo, sucede con los romances que salen de manos de un autor determinado como expresión personal (aunque nutra su inspiración de lo colectivo) y por calidades de forma y fondo pasa a representar la vocación popular, que por él se manifiesta. Los detalles inválidos para el pueblo irán desapareciendo al transformarse por los mecanismos de la tradición oral en un proceso de reelaboración infinito, que a veces llevará bienes a distancias enormes de su versión original. Se considera folklórico cuando ha ganado el anonimato, pues se canta porque gusta y sirve, y no en homenaje al prestigio del autor, y el pueblo lo ha transmitido oralmente por un tiempo que supere circunstancias momentáneas. Respecto a este último concepto, y a la varias veces secular antigüedad de los romances que viven en el Uruguay, resulta oportuna una frase de José María de Cossío, extraída del prólogo de su **Romances de Tradición Oral**: "Pero ha de considerarse que el pueblo vive en un plano cronológico distinto del que vive la civilidad, y el fondo de su sensibilidad, aún considerada en nuestro días, es de antigüedad imponderable".

Quedamos entonces en que el Romancero fue en sus orígenes un género esencialmente popular, objeto del desprecio de los poetas eruditos, como hemos visto a través de la opinión del

Marqués de Santillana y los versos de Juan Lorenzo de Astorga. Ascendieron a los palacios a partir de mediados del siglo XV, cuando en el año 1445 comenzaron a oírse en la corte de Alfonso V de Aragón. Mejoró sensiblemente su condición durante el siglo XVI, cuando fue moda entre los poetas cultos expresarse a través de estos cantares; este empuje renacentista continuó durante todo ese siglo y el siguiente con la atención de poetas tales como Lope de Vega, Góngora, Cervantes y Quevedo, que multitud de romances hicieron, declarada o anonimamente. Durante la segunda mitad del siglo XVII, por culpa de "el arte de reglas y el seudoclasicismo" el Romancero es relegado al seno de las clases humildes, de donde no lo rescató la literatura del siglo XVIII, librándolo a la vida popular. Un nuevo empuje de manos de eruditos recibe hacia los fines del siglo precitado cuando, con el Romanticismo, los poetas cultos se vuelcan hacia las formas populares y las imitan para expresarse a través de ellas.

### Forma y función de los romances

En el Uruguay, los romances son cantos espontáneos de los niños, de mera función lúdica, cantados a capella y monofónicamente, utilizados generalmente para danzas de ronda o de muy simple coreografía; corresponden al período de la infancia socializada y en ajuste. En bocas de las madres, abuelas o niñeras pueden tener otras funciones. Como en páginas anteriores se hizo referencia a que romances españoles han pasado a integrar el folklore nacional, conviene hacer una precisión respecto al lugar de su residencia en el acervo: las piezas aquerenciadas en el país ostentan un carácter eminentemente popular y son un fenómeno urbano, suburbano y pueblerino. No cantan estos romances los bastos campusos del campo solitario, el sector de población que se considera más estrictamente **folk**, los postergados de la riqueza, la sociedad y la cultura; ellos participan de las formas del género a través de su inclusión en los esquemas de la música campesina. El romance de origen español, por el contrario, se encuentra y vive en la clase popular y las minorías privilegiadas; se lo puede buscar en las ciudades del interior y en Montevideo, en las escuelas de los barrios pobres y en las memorias de la oligarquía. En España, según Menéndez Pidal, "los romances son poemas épico-líricos breves que se cantan al son de un instrumento, sea en danzas corales, sea en reuniones tenidas para recreo simplemente o para el trabajo en común". Por otras aclaraciones suyas y de Cossio, hemos de saber que residen entre los niños y la humilde gente pueblerina.

Existe una definición común a todos los autores sobre la forma exterior del romance, que lo tilda de conjunto de versos en número indeterminado, cotasílabos y asonantados en los pares, pero es una precisión demasiado estricta que obliga a acotar que esa es la forma clásica, ideal si se quiere, pero no absoluta ni necesaria. De cualquier manera, como se trata de canciones, la va-

lidez en sílabas de un hemistiquio puede ser alterada facilmente por características de la música en que va inscripto, o bien por razones de la letra misma. En estas latitudes se puede producir un caso de **sinalefa**, cuando el final de una palabra terminada en vocal y el principio de la siguiente, que también comienza en vocal, se cuentan como una sílaba sola. O un caso de **diéresis**, si un verso termina en esdrújula, o una **sinéresis**, reducción similar a la de sinalefa pero que se realiza en el interior de una palabra; pero la licencia métrica más atendible es la musical, pues al no tratarse los romances de cantos rigurosamente silábicos, un calderón puede equiparar un verso pentasílabo con uno octosílabo, etc. Otra característica de la música es que, como en casi todas las canciones populares, la totalidad de la música se incluye en la correspondiente a una sola estrofa o hemistiquio.

Los romances endecasílabos se llaman **heroicos**, y los que cuentan menos de ocho sílabas **romancillos**. Respecto al romance-tipo, es opinión generalizada que retoma, en esencia, la métrica de la poesía heroico-popular, ya que en su forma absoluta es una tirada de versos de dieciséis sílabas, con cesura entre la octava y la novena, con asonancia monorríma, que pasó a escribirse en versos octosílabos por innovación introducida por los romances trovadorescos.

Ejemplos:

### Romance

En Galicia hay una niña  
Que Catalina se llama  
Su padre es un perro moro  
Su madre una renegada...etc.

### Romancillo

Estando una niña  
Bordando corbatas  
Con agujas de oro  
Y dedal de plata... etc.

El primer hemistiquio del ejemplo romance contiene una sinalefa y una sinéresis sucesivas; se pronuncia "en Galicia y una niña...". Los endecasílabos no figuran en nuestro repertorio.

En cuanto a la rima, el romance emplea de preferencia y casi con exclusividad el régimen de asonancia monorríma, o sea identidad en todos los versos pares de la última vocal acentuada (cuando se los considera octo o exasilabicamente). Pero éste no es un carácter prohibitivo de las consonancias: en los antiguos ejemplares se encuentran inexactitudes formales, ya en la rima, ya en la métrica, como es típico en los viejos cantares de gesta.

Además de la clasificación formal, las piezas del Romancero son susceptibles de ser diferenciadas por la edad y por el tema,

aunque el primer rubro padece demasiadas imprecisiones para trabajar y el segundo atiende solamente a elementos eventuales que no resultan lo suficientemente sustanciales como para poder clasificar la poesía popular con límites realmente estrictos. Pese a estos reparos señalaremos, al pie de las piezas examinadas, la condición que les correspondería de haber aceptado las más difundidas clasificaciones.

### El vasto imperio del Romancero

El fecundo árbol hispano prodigó su raza y su heredad a través de los mares, las tierras y los siglos, hasta convertirse en madre patria —ríos de sangre mediante— de grandes grupos humanos que buena parte de la tierra ocupan. A través de la sangrienta Conquista, tan duramente ganada como perdida, o a partir de las grandes corrientes de inmigración hacia las excolonias, y psoteriormente a su libertad, el legado cultural de los españoles en el extranjero late y fructifica, mestizado pero esencial, preponderante, en más de doscientos millones de personas sujetas a enormes extensiones de tierra.

Solamente en el Uruguay residen actualmente 150.000 españoles, de acuerdo al informe de la I.E.P.A.L., cifra que cuantitativamente no puede dar una idea del legado español que hemos ido aprehendiendo desde el Descubrimiento, la Conquista y el Coloniaje. Pero no solamente a nuestra área latinoamericana se extiende esta influencia, ni a sus colonias oficiales de otros lares. Ilustremos un poco lo antedicho. Casi todos los lectores, en épocas de su infancia, habrán cantado alguna vez

“Andelito, andelito de oro  
Un sencillo y un marqués...”

pero muy pocos

sabrán que la misma exquisita canción, conservada “en las vigilas de la judería”, se canta entre las frutas de California, lo hondo de los Balcanes y bajo los polvorientos solazos de Marruecos y Egipto. No se trata, como veremos, de un caso único, y la dispersión a que aludimos no se detiene ante las barreras del idioma. El romance de La Adúltera, recogido en el Uruguay, también se canta en Francia e Italia:

—J' entends quelqu' un a ma porte  
Qui m' empêche de dormir.

—C' est vôtre amant, o ma belle,  
Qui vous empêche de dormir.

—Chi bussa a la mia porta,  
Chi bussa al mio porton?

—Son il Capitan dell' onde,  
Son il vostro servitor.

Delgadina, un romance español que existe en el folklore nacional anda por tierras de Brasil vertido al portugués:

—Sobe, sobe, Delgadinha,  
P'ra aquela torre mais alta,  
Hei de darte de comer  
Uma sardinha salgada... etc.

Una gran parte de la internacionalización del Romancero se debió, como decíamos, a la expansión española por sus conquistas que fecundaron las tierras coloniales, y posteriormente a las pacíficas y laboriosas masas de inmigrantes que partieron hacia El Dorado de las patrias nuevas. No incluyó esta ambición las exóticas comarcas de Asia menor y otros países de Europa Central, y sin embargo los romances se cantan desde España a Egipto, por Suez y Marruecos, desde Portugal a Persia, por Italia y Austria. ¿Cuál es entonces el motivo de que los mismos temas que suenan sobre esta suerte de pampa se canten no solamente en toda la América Latina, desde California hasta la Patagonia, sino además por Europa Occidental, Central, Asia Menor y la costa norte de África, en lugares tan disímiles como Andrinópolis, Bosnia, Tánger, Salónica, Constantinopla, Tetuán, Alcázar, Larache, Arcila, Orán, Smirna, Beirut, Sofía, etc.? La respuesta a semejante incógnita data de 1492: en ese año Cristóbal Colón descubría América, mientras los judíos eran expulsados de España, como también lo fueron de Portugal. Por el camino de occidente el Romancero viajó en bocas de cristianos y en la flor de su lozanía, y hacia oriente fue portado por los sefaraditas, que se establecieron en más de las comarcas citadas y conservaron como reliquias la tradición y el idioma peninsulares, con tal memoria que muchas piezas que en España se conservan fragmentariamente pudieron ser completadas mediante investigaciones entre los remotos descendientes de los expulsados.

Pero el Romancero Español, en general, ya no tiene patria. Pertenece al tesoro artístico de la lengua castellana, como bien dice Dorothy Ling, y sus signos regionales no deben buscar en las menciones directas a la tierra de origen, sino en las variantes que debió sufrir para poder ingresar a nuevos contextos culturales. Y al examinar los romances recopilados por nosotros en el Uruguay, hagámoslo con la oportuna advertencia del Dante:

O voi, ch' avete gl' intelleti sani,  
Mirate la dottrina cue s' asconde  
Sotto 'l velame degli versi strani.

### Romance de la Cautiva

Al pasar por tierras blancas  
En caza 'e la morería  
Vi que lavaba la mora  
Al pié de una serranía.  
—Apártate, mora bella,  
Apártate, mora linda,  
Deja que beba mi caballo  
En esta fuente cristalina.

No soy mora, caballero,  
Que soy cristiana cautiva;  
Me cautivaron los moros  
Desde muy pequeñita.  
—Si quieres venir a España  
En mi caballo irías.  
—Y mi honra, caballero  
Quién me la recobraría?  
—Yo te juro mora bella,  
Yo te juro, mora linda,  
Que yo no te he de tocar  
Hasta que no seas mía.  
—Y estos lindos pañuelitos,  
Quén los lavaría?  
—Los de seda y los de lana  
En mi caballo irían,  
Los pañuelos de algodón  
Con la corriente se irían.  
Al pasar por unos montes  
La morerita lloraba.  
—Por que lloras, mora bella,  
Porque lloras, mora linda?  
—Lloro por que en estos montes  
Mi padre a cazar venía,  
Con mi hermanito Alejandro  
Que traía en su compañía.  
—Lo que oigo, virgen santa,  
Lo que oigo, virgen María,  
Creí llevar una mora  
Y llevo una hermana mía.  
Abra puertas, usted, madre,  
Ventanas y celosías,  
Que yo les traigo a la prenda  
Que lloraban noche y día.  
—Mis padres me recibieron  
Con muchísima alegría,  
Y después me preguntaron  
Con los moritos que hacía.  
Padre, yo les cuidaba  
Los patos y las gallinas,  
Y a mí me estarán buscando  
Por aquellas serranías.  
Hay que escribirle a los moros  
Una carta, padre mío,  
La dirección bien la se:  
Casas de la morería.  
Escribieron a los moros,  
Tuvieron contestación,  
Y se casaba la morerita  
Con el hijo del patrón.

Este romance fronterizo y novelesco, de bella y extraña música, se canta en España en versiones exasilábicas, como las que

figuran en el **Romancero** de Durán o **Flor Nueva de Romances Viejos**. Según el autor de esta última, nuestra versión octosilábica es originaria de Cataluña y Andalucía; aclara también que el tema proviene de una antigua balada alemana, difundida también en Suiza y Holanda, que habla de la esclavitud sufrida por la princesa Kudrun en manos de la reina Gerlinda, quien la obligaba a lavar su ropa bajo un crudo frío, hasta que al cabo de trece años, mientras la princesa se hallaba lavando, llega su hermano a rescatarla y ella arroja al río las ropas de la reina.

El casamiento posterior de nuestra cautiva con el hijo del patrón moro, es un agregado al tema que no figura en las versiones españolas que consultamos, ni en la de Andrinópolis y Tánger. Lauro Ayestarán recogió en el Uruguay otra versión bastante similar a la nuestra, de cuarenta y cuatro versos y métrica más perfecta, que finaliza al reencontrarse la cautiva con sus padres, sin mención del susodicho casamiento. Hacemos notar que en las versiones peninsulares el nombre del libertador es Don Bueso, trocado aquí en Alejandro.

### Romance de la adultera

Estando Catalinita  
Sentadita en su balcón,  
Pasa un galán y le dice:  
—Con usted quiero hablar yo.  
—Suba, suba, caballero,  
A la una o a las dos,  
Que mi marido está ausente  
En los campos de Aragón.  
La primera puñalada  
Catalinita cayó,  
La segunda fue finada,  
La tercera se murió,  
Porque era su marido  
De los campos de Aragón.

Esta es una versión sintética del viejo y difundido romance de Bernal Francés, del cual existen varias versiones. Lope de Vega y Góngora lo tenían por muy sabido, según Menéndez Pidal, lo que junto con su descubrimiento de que Bernal Francés era un capitán de los Reyes Católicos, puede dar una idea de su antigüedad. La tautológica muerte de la versión criolla no se da en las de otros países, donde el marido la amenaza metafóricamente sin consumar el crimen. Nuestra versión octo-heptasílábica está asonantada en la **o**, mientras que las que conocemos de Oriente y España tienen el asonante en **i**. Para Fernando Gutiérrez se trata de un romance tradicional.

## Romance de Santa Catalina

En Galicia hay una niña  
Que Catalina se llama;  
Todos los días de fiesta  
Su madre la castigaba.  
Su padre era un perro moro,  
Su madre una renegada.  
Mandó hacer una rueda  
De cuchillos y navajas;  
La rueda ya estaba hecha,  
Catalina arrodillada.  
Bajó un ángel del cielo  
Con su corona y su espada:  
—Sube, sube, Catalina,  
Que el Rey del Cielo te llama.  
Y cuando iba subiendo  
Cayó un marinero al agua:  
—Qué me das tú, marinero,  
Si yo te saco del agua?  
—Yo te doy a mis tres hijas  
Y a mi mujer por esclavas.  
—Yo no quiero a tus tres hijas  
Ni a tu mujer por esclavas;  
Yo quiero que cuando mueras  
A mí me entregues el alma.  
—Yo el alma la entrego a Dios  
Y el cuerpo al agua salada.

Catalina de Alejandría vivió en el siglo IV de nuestra era, siendo de los pocos cristianos que por entonces vivían en Egipto. Enterada de las muchas muertes con que el Emperador Maximino ofrecía sacrificios a los dioses paganos, se llegó hasta la corte y lo instó a detenerse en la matanza. Siendo superior en talento al Emperador, lo derrotó en un debate, por lo que Maximino hizo venir a sus sabios a intentar convencerla, con el resultado de que éstos no pudieron rebatir los argumentos de Catalina y muchos de ellos se pasaron al cristianismo. En vista de esto, el Emperador la mandó amarrar a una rueda erizada de cuchillos que la harían pedazos al más ligero movimiento. Cuenta la leyenda que en medio de la tortura descendió un ángel armado y rompió las ataduras de Catalina, mató al inventor de la rueda y al sector del público que disfrutaba del espectáculo, pero el Emperador, lejos de arrepentirse, ordenó darle de azotes y encerrarla en un sórdido calabozo sin agua ni alimentos. Durante los doce días que permaneció cautiva, una paloma se encargó de llevarle comida y fue confortada con versiones celestiales. Finalmente fue decapitada, y leemos en el relato de su vida que en algunas partes de Inglaterra, en la noche de su fecha (5 de noviembre) se encienden ruedas de fuegos artificiales en recuerdo de la dolida mártir.

En la versión arriba transcripta coincidieron informantes montevideanos y salteños; se canta con estrambote (*si, si*), que llevan

todos los versos pares. Todos los versos van bisados; en el bis de los pares no se incluye el estrambote. El final de este romance, a partir de la irrupción del marinero, se halla emparentado o confundido con el publicado por Ildefonso Pereda Valdés en la página 71 del **Cancionero Popular Uruguayo** con el nombre de "A las doce de la noche". Allí dice que este último es una versión deformada del romance "Entre San Pedro y San Juan", parecido a la variante asturiana que consigna Menéndez y Pelayo en su **Antología de los Poetas Líricos Castellanos**, tomo X, página 139, pieza 57, Anota también que Juan Alfonso Carrizo lo incluye en su **Antología de Cantares Tradicionales de Tucumán**, página 28, y que existen versiones catalanas, andaluzas y extremeñas (señala asimismo una del Caribe). Respecto al romance de Santa Catalina, cabe agregar que conocemos una versión chilena, publicada por Carvalho Neto en **Psicoanálisis del Folklore Chileno**, y otra de Sarceda (Tudanca, España) publicada por José María de Cossio en **Romances de Tradición Oral**, que tiene notable semejanza con la uruguaya y ya viene mezclada con "Entre San Pedro y San Juan".

Otra manifestación uruguaya del mismo tema, que aunque no es un romance lleva las señas inequívocas de pertenecer al Cancionero Europeo Antiguo, es la pieza que a continuación se transcribe:

La santa Catalina, borómbombón  
Era hija de un rey         "  
Ay ay ay, ay ay ay.  
Un día en oraciones         "  
Su padre la encontró  
Ay ay ay, ay ay ay.  
Qué haces, Catalina,         "  
Qué haces, pues, ahí?  
Ay ay ay, ay ay ay.  
Adoro a Dios, mi padre,         "  
Lo que no haces tu  
Ay ay ay, ay ay ay.  
Yo mato a Catalina         "  
O me ha de obedecer  
Ay ay ay, ay ay ay.

---

### Romance del Palmero . . .

—Dónde vas tu, caballero.  
Donde vas, triste de ti?  
—Voy en busca de mi esposa  
Que hace tiempo no la vi.  
—Pues tu esposa ya está muerta,  
Muerta está, que yo la vi,  
Los zapatos que llevaba  
Eran de color marfil  
Que se los regaló el novio  
El día que se casó.

Sobre este mismo esquema, el del hombre que pregunta por su esposa, a la que hace tiempo no ha visto, se dan tres romances en el Uruguay: *El Palmero*, *La Aparición* y *Dónde vas, Alfonso XII*. *Palmeros* se decía de aquellos que iban como cruzados o peregrinos a la Tierra Santa, y regresaban trayendo palmas en señal de su romería. Una versión similar a la que presentamos transcribe Fernando Gutiérrez en **La Poesía Castellana (Los Primitivos)**, que tomó de un manuscrito de la Biblioteca de Praga con el título de “Romance de Amor”. Es oportuno recordar que existe una familia de novelas de caballería formada por el *Palmerín de Oliva*, el *Primaléon* y el *Palmerín de Inglaterra*, malas imitaciones del *Amadís de Gaula*, escrito a principios del siglo XVI. Dice Menéndez Pidal que el esquema básico “es un recuerdo evidente de clamoeaidmmmm el esquema básico “es un recuerdo evidente de la comedia de Luis Vélez de Guevara (1570-1644) **Reinar después de Morir** donde, después de la muerte de doña Inés de Castro, se canta este mismo romance”.

La Aparición se distingue por su final sobrenatural (la versión aquí transcripta es la recopilada por el mismo Menéndez Pidal en Montevideo, aproximadamente en el año 1904; nosotros obtuvimos versiones inferiores). En cuanto al romance del rey Alfonso XII, es la adaptación del mismo esquema en cuestión a la viudez del rey por la muerte de su primera esposa, María de las Mercedes Orleáns, ocurrida en 1878; dos años más tarde Alfonso volvió a contraer matrimonio. Pereda Valdés señala versiones de California, Cuba y Puerto Rico; Menéndez Pidal de España y Tánger.

### Romance de la Aparición

—Dónde vas, buen caballero,  
Dónde vas, tan solo así?  
—Voy en busca de mi esposa  
A quien ha días no vi.  
—Tu esposita ya está muerta,  
Muerta está, que yo la vi;  
El cajón que la llevaba  
Era de oro y marfil,  
Las alhajas que tenía  
No te las sabré decir  
El manto que la cubría  
Era puro carmelín.  
Al llegar al camposanto  
Una sombra vi venir:  
—No te asistes, caballero,  
No te asistes tu de mí  
Que soy tu querida esposa  
Que hace tiempo no te vi.

### Dónde vas, Alfonso XII

—Dónde vas, Alfonso doce,  
Por las calles de Madrid?  
—Voy en busca de Mercedes,  
Que hace tiempo no la vi.

—Tu Mercedes ya se ha muerto,  
Muerta está, que yo la vi,  
Cuatro duques la llevaban  
Por las calles de Madrid.  
Al oír estas palabras  
Alfonso se desmayó,  
Los soldados le decían:  
—Alfonso, tened valor.  
Por las calles del palacio  
No quisieron alumbrar  
Porque se ha muerto la reina  
Y el luto quieren guardar.

Esta curiosa versión que cambia el asonante de *i* en *o* y *a* es una de las tantas variantes que es dable recoger entre nuestra gente; se trata de uno de los romances más populares en el país.

---

### Las señas del esposo

—Soldadito, soldadito,  
De qué lado viene usted?  
—Yo, señora, de la guerra,  
Y qué se le ofrece a usted?  
—Si no ha visto a mi marido  
Por el campo aragonés.  
—No, señora, no lo he visto,  
Y qué se le ofrece a usted?  
—Mi marido es alto y rubio,  
De modales muy cortés,  
Y en el puño de su espada  
Trae las señas de marqués.  
—Por las señas que me ha dado  
Su marido muerto es;  
En el campo de los moros  
Su marido muerto es.

Esta preciosa versión fragmentaria de un viejo y difundido romance, ejemplariza lo antedicho sobre la fragmentación como procedimiento estético del Romancero. En el **Cancionero Popular Uruguayo**, publicado en 1947, figura una versión completa, con el nombre de "Estaba Catalinita", que a continuación se transcribe (posteriormente fue plagiada por una compiladora argentina).

### Estaba Catalinita

Estaba Catalinita  
Sentada bajo un laurel  
Con los pies en la frescura  
Viendo las aguas correr.

En eso pasó un soldado.  
Y lo hizo detener;  
—Deténgase, mi soldado,  
Que una pregunta le haré.  
—Qué mandáis, gentil señora,  
Qué me manda su merced?  
Para España es mi partida:  
Qué encargo le llevaré?  
—Dígame, mi soldadito.  
De la guerra viene usted?  
No lo ha visto a mi marido  
En la guerra alguna vez?  
—Si lo he visto no me acuerdo,  
Déme usted las señas de él.  
—Mi marido es alto y rubio,  
Y buen mozo igual que usted,  
Tiene el hablar muy ligero  
Y el ademán muy cortés,  
Y en el puño de su espada  
Trae señas de marqués.  
—Por las señas que me ha dado  
Su marido muerto es,  
En la mesa de los dados.  
Lo ha matado un genovés.  
Por encargo me ha dejado  
Que me case con usted  
Que le cuide sus hijitos  
Como los cuidaba él.  
—Dios no lo permita nunca,  
Eso yo nunca lo haré;  
Siete años lo he esperado  
Y siete lo esperaré.  
Si a los catorce no vuelve  
De monja yo me entrará,  
A mis tres hijos varones  
Los mandaré para el rey,  
Que le sirvan de vasallos  
Y que mueran por la fe;  
A mis tres hijas mujeres  
Conmigo las llevaré.  
—Calla, calla, Catalina,  
Cállate infeliz mujer,  
Hablando con tu marido  
Sin poderlo conocer.

---

Menéndez Pidal anotó otras versiones de este mismo romance recogidas en Lima, Aluésar, Chile (Santiago, Illapel y Curicó), Andrinópolis, Bosnia y Tánger, citadas en las páginas 16, 17, 20 y 159 de **Romances de América**. Señala también que ya había sido publicado por F. J. Wolf y C. Hofman en la **Primavera de Ro-**

**mances**, Berlín, 1856, II, pág. 88. Sin embargo, el docto español no señala —tal vez obvia— el parentesco o la identificación existente entre el romance de “Las Señas del Esposo”, en su único espíritu y varias versiones, con el romance de “La Vuelta del Esposo”, del cual transcribe dos versiones en su obra arriba citada.

Aparte de la versión fragmentaria aquí publicada, esta compilación obtuvo otras versiones un poco más extensas, aunque sin la rotundidad de la elegida ni lo acabado de la versión recopilada por Pereira Valdés; también se obtuvo un fragmento que, siendo formalmente diferente, obedece sin duda al argumento del mismo romance:

Catalina, lina, lina,  
Bello nombre aragonés,  
Mañana me voy pa' Francia  
Y pasado volveré.  
—Si ust' encuentra a mi marido  
Recuerdos le dejaré.

---

### **Andelito, Andelito de Oro**

Andelito, andelito de oro  
Un sencillo y un marqués:  
—Una señora me ha dicho  
Que bellas hijas tenéis.  
—Si las tengo o no las tengo  
No las tengo para usted;  
Con el pan que dios me ha dado  
Comen ellas y yo también.  
—Pues me voy muy enojado  
A los palacios del rey,  
A contárselo a la reina  
Y al hijo del rey también.  
—Vuelve, vuelve, pastorcillo,  
No me seas tan descortés;  
De las tres hijas que tengo  
La más bella te daré.  
—Llevo ésta, llevo ésta,  
Por esposa y por mujer,  
Porque parece una rosa  
Acabada de nacer.

El popular romance Andelito (anillito) se da con muchas variantes en el Uruguay, pero que conservan siempre el mismo argumento y generalmente radican en los versos número 1, 2, 3, 19 y 20. Zahara Zaffaroni Bécker ha recogido una versión en Uruguay que en los primeros hemistiquios coincide con la más generalizada de América:

Hilo de oro, hilo de plata  
Qué jugando al ajedrez  
Una señora me ha dicho  
Que bellas hijas tenéis.

(Poesía Folklórica Infantil del Uruguay, página 17, pieza 4).

Menéndez Pidal dice que aunque no figura en ningún Romancero antiguo, en el entremés de "Daca, mi mujer" se lo glosa, en tiempos de Lope de Vega, lo que nos puede dar una idea de su edad. "Lo cantan a coro las niñas de Tánger, como las de España y América", agrega al consignar una versión africana con el título de "Escogiendo Novia". En nuestro Apéndice daremos más razones de este romance.

---

### Romance de Santa Elena

Estando una niña  
Bordando corbatas  
Con agujas de oro  
Y dedal de plata  
Pasó un caballero  
Pidiendo posada.  
—Si mi padre quiere  
Le doy buena cama.  
Le extendió la cama  
En medio de la sala  
Con sábanas finas  
Y colchas de Holanda.  
A la medianoche  
El se levantó,  
De las tres hermanas  
A Elena eligió,  
La montó a caballo  
Con él la llevó.  
Al subir al monte  
Allí la bajó,  
Sacó un puñal de oro  
Y allí la mató.  
Hizo un aujerito  
Y después la enterró.  
A los siete años  
Pasó por allí:  
—Pastorcito nuevo,  
Qué haces ahí?  
—Cuidando a Elena  
Que ha muerto por ti.

De acuerdo a las noticias que tenemos, es la cuarta vez que se publica este romancillo novelesco en idioma español: la primera en la **Antología** de Marcelino Menéndez y Pelayo, tomo X, página 210;

luego en un artículo de la revista **Cultura Española**, en su número I, de febrero de 1906, que reprodujo en 1947 Ildefonso Pereda Valdés, en la página 71 del **Cancionero Popular Uruguayo**. Cabe destacar que la versión de estos dos escritores fue recogida en Montevideo a principios de este siglo, y es prácticamente idéntica a la obtenida por nuestra recopilación 1968-69. Otra versión por nosotros también recogida, que cantaban en coro las niñas de la escuela Francia, en Montevideo, es digna de reproducirse por presentar caracteres muy particulares.

### Romance de Santa Elena (Segunda versión)

Había tres hermanas  
Bordando corbatas  
Con agujas de oro  
Y dedal de plata.  
Pasó un caballero  
Pidiendo posada.  
—Si mi padre quiere  
Le doy buena cama.  
Le tendió la mesa  
En medio de la sala  
Con mantel de hilo  
Y cubiertos de plata;  
Le tendió la cama  
En medio del salón,  
Con colchón de plumas  
Y sábanas de hilo.  
A la medianoche  
El joven despertó  
A la más bella  
Y al monte la llevó;  
Hizo un pozo hondo  
Y allí la enterró.  
A los siete años  
Pasó por allí:  
—Dime, pastorcito,  
Qué haces aquí?  
—Estoy adorando a Elena  
Que tu la mataste  
Por un asesinato  
Que sos un criminal.

Ese final estrambótico no tiene desperdicio. Según Menéndez Pidal, éstas son versiones defectuosas y truncas del romance de Santa Irene, patrona de Santarem, muy difundido en Galicia y Portugal, del que existen versiones brasileñas recogidas por Sylvio Romero en **Cantos Populares do Brasil**, tomo I, página 23.

### **Romance de Delgadina**

Un rey tenía tres hijas  
Y las tres como unas rosas,  
Y la más bella y más hermosa  
Delgadina se llamaba.  
Un día estando en la misa  
Su padre la remiraba,  
Y le dijo: —Delgadina,  
Tu serás mi fiel esposa.  
—Dios te libre, padre mío,  
Y la Virgen soberana;  
No he de ser tu fiel esposa,  
Madrastra de mis hermanas.  
—Encierren a Delgadina  
En cuarto de siete llaves,  
Cuando pida de comer  
Denle pasto o cebada,  
Cuando pida de beber  
Denle agua envenenada.  
—Hermanas, si sóis hermanas  
Alcanzadme un vaso de agua,  
Que Delgadina se muere  
Y la muerte ya la llama.

Son muchas las versiones de este romance que corren por nuestro país, reflejo de la gran popularidad que ostenta el tema en los Cancioneros de todos los lugares donde se cantan romances. Una preciosa versión fragmentaria que obtuvimos troca el nombre de Delgadina por el de Idalina; la más completa que conocemos es la publicada por Pereda Valdés, que reproduce en extenso el argumento de nuestra versión:

### **Romance de Delgadina** (Segunda versión)

Un rey tenía tres hijas  
Más hermosas que la plata,  
Y la más chica de todas  
Delgadina se llamaba.  
Un día, estando en la mesa,  
Su padre la remiraba.  
—Qué me miras, padre mío?  
—Qué quieres que mire, hija,  
Que has de ser tu mi mandada.  
—No lo quiera el Dios del cielo  
Ni la Virgen soberana.  
—Corran, corran los criados  
A encerrar a esta muchacha  
En el cuarto más oscuro  
Que en mis palacios los haya.

Se pasaron siete meses,  
Pasaron siete semanas,  
Delgadina se asomó  
En lo alto de una ventana.  
Desde allí vió a sus hermanas  
Que a los castillos jugaban.  
—Hermanas, si sóis hermanas,  
Por Dios una jarra de agua  
Que el corazón se me enciende  
Y la sed que tengo, abrasa.  
—Retírate, Delgadina,  
Retírate, perra mala,  
Que si el rey llega a saberlo  
La cabeza nos cortara.  
Ya se entra Delgadina  
Muy triste y desesperada,  
Y pasaron cuatro días  
Y se asomó a la ventana;  
Desde allí la vió el rey  
Que con un marqués hablaba  
—Padre, si sois mi padre,  
Dame una jarra de agua  
Porque tengo mucha sed  
Y la vida se me acaba.  
—Corran, corran mis criados  
A Delgadina dar agua.  
Pero cuando arriba subieron  
Delgadina muerta estaba.  
Y los ángeles del cielo  
Con flores la acompañaban.

En las versiones de otros países es más claro el acatamiento final de Delgadina a las proposiciones compulsivas incestuosas de su padre, de lo que Paulo de Carvalho Neto han inferido, “psicoanalizando” la pieza, que se trata de una manifestación evidente del complejo de Electra: “Delgadina es una farsante. El romance de su vida sirve de escape a los deseos libidinosos de Electra. Las Delgadinas del mundo encuentran aquí una fuente inagotable de placer. El incesto se produce en el inconsciente, se está produciendo desde la primera línea del canto, con todas sus visciditudes de gozo y peligro”. Estos brasileños...

Ya hemos visto unos versos de la versión brasileña cuando se habló de la difusión del Romancero; Menéndez Pidal alude a versiones argentinas (*Romances de América*, página 42, pieza 20) o judías de Andrinópolis y Tánger (op. cit., página 173, pieza 99). Añade que “es, sin duda, el romance más sabido de España y América”. En el mismo libro apunta una versión montevideana donde se hallan mezclados el romance de Silvana y el de Delgadina, que también halló en el Africa y que a continuación se transcribe:

### Romance de Silvana

Estando la hija Silvana  
Sentadita en una silla  
Oyen tocar la guitarra:  
—Silvanita, hijita mía.  
La mandó emparedar  
Siete años y un día,  
Al cabo de siete años  
Silvana se demaía.  
Se asomó a una ventana  
Y encontró a una hermanita:  
—Hermanita de mi alma,  
Hermanita de mi vida,  
Dame un vasito de agua,  
Un vasito de agua fría.

---

### Viva el sol, viva la luna

Viva el sol, viva la luna  
Viva la flor del romero  
Viva la niña que llora  
Por un triste marinero.  
Marinero fue mi padre  
Marinerito mi hermano  
Marinero habrá de ser  
El que a mi me de la mano.  
Dicen que los marineros  
Tienen la vida perdida  
La tengan o no la tengan  
Marinero de mi vida.  
Mi padre me dió de palos  
Por querer un marinero  
Y al son de los palos digo  
Vivan la barca y los remos.  
No te cases con pastor  
Que te llamarán pastora  
Cásate con marinero  
Y te llamarán señora.

Esta popularísima canción ya roza peligrosamente el borde de la definición de **romance**, tanto por su consonancia alterna como por su lirismo, pero las licencias de la amplitud del género y la conciencia de que pertenece a la misma memoria del Romancero nos ha permitido incluirla. Ya había sido publicada, aunque con menor número de versos, por Zahara Zaffaroni en su **Poesía Folklórica Infantil del Uruguay**, página 16, pieza número 2.

### Romance de Mambrú

Mambrú se fue a la guerra  
No sé cuando vendrá,  
Si vendrá para la Pascua  
O para Trinidad.  
Me subo a la alta torre  
Por ver si viene ya  
Veo venir un pájaro  
Todo de luto va.  
Mambrú se ha muerto en guerra  
Lo llevan a enterrar  
Con cuatro generales  
Y un cura sacristán.  
Arriba de su tumba  
Un pajarito está  
Que canta un pío pío  
Después vuela y se va.

¿Quién no canta el Mambrú, aunque sea en una de sus múltiples versiones fragmentarias? La generalidad de las variantes del tema, con excepción de las tergiversadas con fines satíricos, van bisadas y con estrambote. Veamos un ejemplo, cuyas características están incluidas en la partitura:

Mambrú se fue a la guerra  
Chiribín chiribín chin chin  
Mambrú se fue a la guerra  
No sé cuándo vendrá  
Ay ay ay, ay ay ay,  
No sé cuándo vendrá.

Es también fácil obtener en medios cultos la versión francesa del romance:

Mambrou s' en va-t-en guerre  
Mironton, mironton, mirontaine,  
Mambrou s' en va-t-en guerre  
Je ne sais s' il reviendra.

A esta copla francesa es que alude Fedor Dostoiewsky en la Quinta Parte de su célebre novela **Crimen y Castigo**. Es muy sabido que Mambrú no es otro que el archiconocido barón de Malborough, devenido a semejante mote por mecanismos de la trasmisión oral. En la revista montevideana **La Matraca**, ejemplar del 13 de marzo de 1832, se convierte el romance en una sátira política. También Acuña de Figueroa da el nombre de Mambrú a uno de los perros firmantes de su **Representación a Rosas de los perros de Buenos Aires**, lo que nos testimonia su antigüedad en el país.

### **Romance de Abenamar (Fragmento)**

Abenámar, Abenámar,  
Moro de la morería,  
El día que tu naciste  
Grandes señales había.  
Estaba la mar en calma,  
La luna estaba crecida,  
Moro que en tal signo nace  
No debe decir mentiras.

La versión culteranamente más conocida de este exquisito romance morisco tiene cuarenta y ocho versos; se refiere al ataque efectuado a la Ciudad de Granada en 1431 por parte del rey Don Juan II de Castilla, con la intención de coronar rey de la misma al Infante Abenalmao, según refiere Menéndez Pidal. Nuestra versión fragmentaria la canta una familia montevideana con una música cuyas características no silábicas la hacen diferir de los lineamientos generales de los demás romances por nosotros recopilados.

## RONDAS Y CANCIONES DERIVADAS DE ROMANCES

El ludismo popular infantil, en España y Uruguay, ha adaptado para su uso viejos temas que, tanto por sus características formales como intrínsecas, derivan evidentemente de piezas del Romancero. Ismael Moya los reconoce "por su espíritu y signos formales, venia que acepta Carvalho Neto, pero es más recomendable para emitir veredictos en el tema reconocer la inconfundible esencia romanceril en primer término, apoyándose si es posible en una eventual seña formal.

El repertorio nacional es ubérrimo en materia de rondas y canciones de juegos infantiles, así como de elementos ubicados en otros grados de la clasificación tipológica del Cancionero, por lo que nada ha costado seleccionar unas muestras para el presente capítulo que, además de ser representativas de nuestro folklore, están vigentes en casi todos los países de habla castellana, como testimonio de unidad cultural bajo la égida de la lengua madre.

### La pájara Pinta

Estaba la pájara Pinta  
Sentada en el verde limón;  
Con el pico cortaba la rama,  
Con la rama cortaba la flor:  
—Ay, ay, ay, cuándo veré a mi amor,  
Ay, ay, ay, cuándo lo veré yo.  
Me arrodillo a los pies de mi amante,  
Me levanto constante, constante,  
Daremos la media vuelta  
Daremos la vuelta entera  
Daremos un paso atrás  
Haciendo la reverencia.  
Dame una mano, dame la otra  
Dame un besito sobre tu boca.  
Pero no, pero no, pero no,  
Porque me da vergüenza  
Pero si, pero si, pero si,  
Porque te quiero a ti.

Otra versión recopilada de esta divulgadísima canción de la Pájara Pinta o la Paloma Blanca, es exactamente igual a una española del siglo pasado que publica Francisco Rodríguez Marín.

### San Severín del Monte

San Severín del Monte  
San Severín cortés  
Ahora que soy cristiano  
Aquí me hincaré.  
Hacén así, así las lavanderas  
Hacén así, así me gusta a mí.

En otras versiones españolas y americanas el viejo cantar hispano está referido a San Seremín, San Serení, San Serafín, etc., manteniéndose por lo demás casi incambiado.

### En coche va una niña

Alicia sale en coche  
Carolí  
Va a ver a su papá  
Carolí ja já oé oá  
Que lindo pelo lleva  
Carolí  
Quién se lo peinará?  
Carolí ja já oé oá  
Se lo peina su tía  
Carolí  
Con peine de cristal  
Carolí ja já oé oá.

Esta Alicia que va en coche no es otra que “Elisa de Mambrú”, perteneciente a un viejo ciclo de canciones destinadas a desnigrar al célebre Malborough. En otras versiones —alguna más extensa— el estribillo se dice **carabín urí urá**.

### Soy la Farolera

Soy la farolera  
De la puerta 'el sol  
Subo la escalera  
Y enciendo el farol.  
Después de encendido  
Me pongo a pensar  
Que todas las cuentas  
Me han salido mal.  
Dos y dos son cuatro  
Cuatro y dos son seis  
Seis y dos son ocho  
Y ocho dieciséis  
Y ocho veinticuatro  
Y ocho treinta y dos  
Anima bendita  
Me arrodillo en vos.

Este conocido “romancillo” **didáscálico** o **mnemónico** —atendiendo a su liviana lección de aritmética— se usa generalmente

para una ronda que culmina con los participantes de hinojos. Hace cien años se cantaba igual en la Península (véase **Cantos Populares Españoles**, página 84, pieza 161).

### Se me ha perdido una niña

Se me ha perdido una niña  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Se me ha perdido una niña  
En el fondo del jardín.  
—Pues yo la he encontrado  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Pues yo la he encontrado  
En el fondo del jardín.  
—Y qué vestido llevaba  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Y qué vestido llevaba  
En el fondo del jardín?  
—Llevaba un vestido rosado (vg.)  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Llevaba un vestido rosado  
En el fondo del jardín.  
—Y qué ojos tenía  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Y qué ojos tenía  
En el fondo del jardín?  
—Tenía ojos azules (vg.)  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Tenía ojos azules  
En el fondo del jardín.  
—Aquí le traigo a su hija  
Cataplín, cataplín, cataplero,  
Aquí le traigo a su hija  
Del fondo del jardín.

La "madre" de la niña perdida enfrenta a los otros participantes alineados y van acercándose, alternativamente, para cantar la parte que les corresponde en el diálogo; la madre canta sola y la fila en coro, hasta la entrega de la niña perdida. No hemos encontrado testimonios impresos de que este juego tan popular en el Río de la Plata integre el Cancionero hispano, y por ciertas variantes en el estrambote resulta probable su ascendencia portuguesa.

## APENDICE

### Derivación testimoniado de un romance

Anteriormente, en páginas anteriores transcribimos la letra y la música de Andelito de Oro, nuestro romance más divulgado que bien puede considerarse un Himno del Cancionero Infantil, por lo fiel de su popularidad. En las antiguas versiones europeas, donde se halla obviamente prefigurada la criolla, el tema está dado un poco más claramente: se trata de un mensajero real encargado de conseguir bellas muchachas para el monarca; solicita a un jefe moro la más bella de sus hijas y éste se niega, por lo que viene aquella amenaza de ir acontar al rey la negativa. Finalmente el moro accede, con la condición de que el embajador le garantice que la niña recibira buen trato.

Varias de las antiguas versiones españolas se hallan incluidas el notable libro de Francisco Rodríguez Marín **Cantos Populares Españoles**, del cual hemos hecho abundante referencia y cuya colección de material se sitúa entre 1871 y 1862, fecha esta última de su primera edición. Veámosla, especificando antes que la versión A no tiene procedencia expresa, la B es extremeña, la C catalana y la D proviene de Asturias.

A) Cordoncito de oro traigo  
Que se me viene quebrando,  
Preguntando, preguntando  
Cuántas hijas tiene el Rey.  
Que tenga las que tuviere,  
Con ellas me mantendré  
Y de todas las que tenga  
Escojo a la más mujé.  
Esta escojo por esposa.  
Sarg' usté, cara de rosa.  
Si usté n' ha comido nada,  
Comerá una ensalada,  
Comerá usté una perdiz  
Con su pico y su nariz  
Y las patas coloradas.  
Sarg' usté, señá casada.

---

B) —De Francia vengo, señores,  
De por hilo portugués  
Y en el camino me han dicho  
Cuántas hijas tiene usté.

—Que tenga las que tuviera,  
Nada se le importa a usté.  
—Con un pan que Dios m' ha dado  
Y otro que yo ganaré.

.....

C) —Tres passos n' he fet en terra  
No se 'l rey si m' dirá res.  
Aquí t' envio la conversa  
La conversa del rey moro:  
“de dos hijas que tu tienes  
Si me quieres darla una”.  
Si las tengo, no las tengo,  
No las tengo para dar;  
Si las tengo, no las tengo,  
No las tengo para ti;  
Que del pan que yo he comido  
Ellas también comerán.  
—Je men vaig mol descontenta  
Dret 'l palacio del rey.  
—Torna, torna escudereta,  
La mes linda te 'n daré.  
La mes linda y la mes guapa  
La mes guapa del roser.  
—Aquesta li 'n prench per esposa  
Per esposa y per mullé.  
—Lo que 't suplico escudera  
Que me la gobernis be.  
—Ne 'n será ben contemplada  
En cadira d' or sentada,  
Dormirá en brassos del rey  
A Deu perla y clavell.

—  
D) Al franque del oro vengo  
Que es unillas de un marqués,  
Que me ha dicho una señora  
Qué lindas damas tenéis!  
—Si las tengo o no las tengo,  
Para mí las guardaré.  
—Oh, qué alegre que me vine!  
Oh, qué triste que me voy!  
Que las hijas del rey moro  
No me las quieren dar, no.  
—Vuelva atrás el caballero;  
No vaya tan triste, no;  
De las hijas que aquí tengo  
Escoja usté la mejor.

—No quiero ésta, por tiñosa,  
Ni tampoco ésta leprosa;  
Esta pido por hermosa,  
Por hermosa y por mujer  
Que me pareció una rosa  
Pintadita en un clavel.

—Por Dios pido al caballero  
Que me las trate muy bien.

—Ellas serán bien tratadas,  
En silla de oro sentadas,  
Y los pies en una almohada  
Y las del marqués también;  
Del vino que el rey bebiere  
Ellas beberán también.

—Si no hacen lo que las manden,  
Azotitas con vinagre,  
Para que resquemen bien.

---

#### NOTICIA GENERAL

Es necesario aclarar que las piezas figurantes pertenecen a una recopilación propia en los casos en que no se menciona su origen. Ellas son: Romance de la Cautiva, Romance de la Adúltera, Romance de Santa Catalina, Romance del Palmero, Dónde vas Alfonso XII (de La Aparición también se obtuvieron versiones fragmentarias con la música de Alfonso XII), Las Señas del Esposo, Andelito de Oro, dos versiones del Romance de Santa Elena, Romance de Delgadina, Viva el Sol, Romance de Mambrú, La Pájara Pinta, San Severín del Monte, La Torre en Guardia, En coche va una niña, Soy la Farolera y Se me ha perdido una niña. Los títulos son literarios o glosan la letra de las piezas; salvo en contados casos, preferimos no efectuar "refundiciones". Todas las fuentes personales y bibliográficas quedan a disposición de los estudiosos que se acrediten.

Que las partituras sean un reflejo exacto de las grabaciones lo permitió la laboriosa asesoría del músico Juan Zorrilla de San Martín (hijo), a partir de lo que juzgamos versión más general en ritmo y melodía.

---

## B I B L I O G R A F I A

ASSUNÇÃO, FERNANDO O: Orígenes de los Bailes Tradicionales del Uruguay, apartado del tomo V de los Anales Históricos de Montevideo, Montevideo, 1968, 209 pp.

AYESTARAN, LAURO: El Folklore Musical Uruguayo, Arca, Montevideo, 1967, 185 pp.

BAENA, JUAN ALFONSO DE: Cancionero de Baena, primera edición del siglo XV, consultada la de Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1949, 748 pp.

BERGUA, JOSE: Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1951, 738 pp.

CAMARA CASCUDO, LUIS DA: Dicionário do Folclore Brasileiro, Instituto Nacional do Livro, Rio de Janeiro, 1954, 659 pp.

CARVALHO NETO, PAULO DE: Folklore Poético, Editorial Universitaria, Quito, 1966, 295 pp., en "addenda" al Cancionero Ecuatoriano, por alumnos.

CARVALHO NETO, PAULO DE: Estudios de Folklore, Editorial Universitaria, Quito, 1968, dos tomos con 876 pp.

COSSIO, JOSE MARIA DE: Romances de Tradición Oral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947, 155 pp.

DE MARIA, ISIDORO: Montevideo Antiguo (Tradiciones y Recuerdos), Biblioteca Artigas, Montevideo, 1957, 677 pp.

DIAZ-PLAJA, GUILLERMO: La Poesía Lírica Española, Editorial Labor, Barcelona, 1937, 429 pp.

FLURY, LAZARO: Folklore (Contribución a su Estudio Integral), Ediciones Colmegna, Santa Fe (Arg.), 1963, 59 pp.

GUTIERREZ, FERNANDO: La Poesía Castellana: Los Primitivos, José Jánés, Editor, Barcelona, 1950, 687 pp.

JIJENA SANCHEZ, LIDIA ROSALIA DE: Poesía Popular y Tradicional Americana, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952, 219 pp.

LING, DOROTHY: Romances y Viejas Canciones, EUDEBA, Buenos Aires, 1965, 65 pp.

MENENDEZ PIDAL, RAMON: Los Romances de América, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1939, 188 pp.

MENENDEZ PIDAL, RAMON: Flor Nueva de Romances Viejos, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938, 250 pp.

MENENDEZ PIDAL, RAMON: Poesía Juglaresca y Juglares, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1942, 250 pp.

MONTOLIOU MANUEL DE: Literatura Castellana, Editorial Cervantes, Barcelona, 1937, 890 pp.

PEREDA VALDES, ILDEFONSO: Cancionero Popular Uruguayo, Editorial Florensa y Lafón, Montevideo, 1947, 202 pp.

RODRIGUEZ MARIN, FRANCISCO: Cantos Populares Españoles, Editorial Bajel, Buenos Aires, 1948, 889 pp.

ZAFFARONI BECKER, ZAHARA: Poesía Folklórica Infantil del Uruguay, edición del C.E.F.U., Montevideo, 1956, 19 pp.

**CORONEL RAMON DE CACERES (HIJO)**  
**SOLDADO DE NUESTRA INDEPENDENCIA**  
**Historiador 1814 - 1867**  
por ARMANDO CACERES BRIE



## PREFACIO

Entendemos que el conocimiento y la divulgación de los hechos históricos que constituyeron el fundamento de nuestro estado de independencia y sirvieron de base para el goce libérrimo de nuestra estructuración democrática, debe constituir preocupación primordial en la formación espiritual de las nuevas generaciones, de esa fuerza auténtica en que se asienta el porvenir.

Los sacrificios de todo orden que debieron sortear nuestros mayores para dar fisonomía y prestigio a este privilegiado rincón de América, deben ser ensalzados como ejemplo y estímulo en el logro del respeto que aspiramos para nuestra organización institucional.

Es en la fuente viva de la historia donde se abrevan los valores cívicos de aquellos varones que no supieron de renunciamientos cuando tuvieron que enfrentar, con precarios recursos, a las fuerzas que pretendían arrasar con los bienes y las conquistas que conformaban el acervo nacional.

Aquellos hombres pensaron y actuaron, mas que en sus propios beneficios, en el legado que alcanzaría a quienes los habrían de suceder. Pensaron y actuaron con la esperanza de un futuro venturoso para el suelo natal.

La imagen de la patria debe prender y filtrarse en la mente de las nuevas generaciones con sus valores reales y sagrados, no con las deformaciones que tienden al escarnio del idealismo y la pureza que constituyeron la ensencia de nuestra NACIONALIDAD. Por tanto, debemos integrarnos en la militancia de la tradición que gestó nuestro destino, rindiendo culto a un pasado pleno de glorias que se proyecta hacia el porvenir.

Este modesto trabajo pretende contribuir a tan trascendente y necesaria obra renovadora de difusión, cuando se advierte el desprecio por tan altos postulados que, lamentablemente, vemos diluirse en el fárrago de extrañas y perniciosas doctrinas, fluentes desde el exterior, en el intento de socavar los cimientos que se levantan desde el fondo de nuestra historia como sustancia vital.

El ilustre protagonista presentado en este estudio, quien actuó en uno de los períodos más ardorosos de nuestro convulsionado suelo, encarna la hidalguía y el patriotismo de aquellos valientes que escribieron, a punta de lanza, brillantes páginas de gloria, que nos obliga a reverenciar como hijos dilectos y respetuosos de la grandiosidad de sus hazañas.

Con sinceridad pero sin pretensiones, que no cuadran en quien ha tomado a su cargo una tarea que escapa a sus habituales actividades, nos dirigimos a nuestros familiares, a nuestros amigos y a la juventud de nuestra querida Patria, para exaltar acontecimientos injustamente olvidados, pese a que tanto gravitaron en el plano de nuestra LIBERTAD.

—

—

—

—

—

—

—

—

—

## Biografía sobre el Coronel Ramón de Cáceres (Hijo)

La azarosa vida cívica de Ramón de Cáceres (h) se inicia a edad muy temprana, cuando surgen los albores de nuestra independencia y la gestación de nuestra nacionalidad. (Nació en Montevideo el 26 de noviembre de 1798).

Es en el ambiente familiar donde se despierta su fervor patriótico y se moldea su espíritu inquieto y rebelde, que fue rasgo predominante de su idiosincrasia, durante los largos años de su constante batallar.

Es en la residencia de sus padres, don Ramón de Cáceres (1), ubicada en el paraje de Las Brujas, sobre el Río Santa Lucía, quien a la sazón era Alguacil Mayor del Cabildo de Montevideo, donde traba contacto con algunos de los precursores de nuestra gesta libertadora.

Por allí desfilan destacados personajes de ambas márgenes del Plata, que traman y conjuran contra los opresores de sus respectivos pueblos, que pugnan por su libertad y anhelan su emancipación.

El mismo Artigas llega hasta la casona solariega, y entabla tan estrecha amistad con don Ramón, que le hace acreedor de su confianza designándolo diputado ante el Congreso de las Tres Cruces (5 de abril de 1813) de donde surgieron las célebres Instrucciones del año XIII.

Poco después le vuelve a confiar su representación ante aquella memorable Junta de Vecinos que, reunidos en la Capilla Maiciel, el 8 de octubre de 1813, formulan el retiro de las fuerzas argentinas, a fin de que sean únicamente las tropas orientales, las que actúen contra la Plaza de Montevideo y contra las fuerzas portuguesas que avanzan por nuestro territorio. (2)

---

(1) Ramón de Cáceres (padre) es hijo de José de Cáceres, natural de Santa Fe, uno de los primeros pobladores de Montevideo, como consta en el Libro Padrón de la Escrivanía de Gobierno y Hacienda a fojas 52. En su ascendencia paterna figura Felipe de Cáceres que vino a estas tierras con el 2do. Adelantado español Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1540. En esa expedición actuaba como contador y cuando el Adelantado tomó rumbo hacia el Paraguay al mando de la escuadra que permaneció en Brasil.

Sus antecesores toman origen en la ciudad de Cáceres (España) donde se guardan reliquias y blasones de sus abolengos.

(2) Se presume haya estado presente, también, en las Asambleas de la Panadería de Vidal, habiéndose confirmado sus comparecencia en la Quinta de la Paraguaya, actos que precedieron al Congreso del Año XIII.

Fue, también, en una de las frecuentes tertulias familiares de Las Brujas, en que al par de fermentarse ideas de emancipación se amenizaba la patriarcal vida de una época de limitadas expansiones espirituales, donde el joven Ramón tiene oportunidad de conocer al General Manuel Sarratea y a Francisco Xavier de Viana, altos jefes del ejército argentino, lo que despierta en él, a los 14 años de edad, su vocación por las armas, a pesar de la oposición de su padre que ofrece a de Viana 14 de sus esclavos y algunos peones que trabajaban en su heredad, en reemplazo de su hijo en el servicio militar a que se le inducía.

No obstante, de Viana, oficial de escuela, y a la sazón Mayor Gral. del Ejército sitiador a las órdenes de Rondeau, lo catequiza designándolo cadete de caballería y hace que acompañe a Sarratea hasta la línea del ejército sitiador que acababa de batirse en el Cerrito, derrotando a las fuerzas españolas de Vigodet.

La posterior expulsión de ambos jefes argentinos, con sus respectivos ejércitos, luego de la gestión infructuosa que debió cumplir don Ramón ante Artigas, a pedido expreso de Sarratea, dio término, temporalmente, al entusiasmo del joven Ramón, oportunidad que aprovechó su padre para enviarle a trabajar a Tacuarembó, en la estancia de su propiedad ubicada en Once Cerros.

Pero su espíritu combativo y ardiente, en la euforia de la adolescencia, no se amenga con este pasaje transitorio, que le sirve para vigorizar su físico y le prepara para soportar los encuentros, a campo abierto, en que pronto iba a intervenir y donde había que actuar con la destreza adquirida en el ejercicio de las tareas campesinas, templándose con los riesgos y carencias de un medio que exigía resistencia física, astucia y resolución rápida en los enfrentamientos con la naturaleza y con las fuerzas enemigas, aptitudes tan necesarias en el desarrollo de nuestras luchas patricias.

Así que, a los 17 años, se alista en las Guardias Nacionales, donde se le designa Teniente 2.o de la Compañía de las Piedras, al mando de Manuel Francisco Artigas, hermano del prócer.

Con ese cargo inicia sus actividades en las armas, junto al Ayudante Vázquez de la guarnición de la Plaza de Montevideo. Poco después se le destina a alistarse con las fuerzas del Gral. Fructuoso Rivera y hace su bautismo de fuego en la batalla de India Muerta, la que marca un serio fracaso de las fuerzas orientales contra Lecor, fracaso que atribuye en sus Memorias, a un desacuerdo del jefe oriental, a quien, empero, elogia por su arrojo y valentía. En esta acción desempeña el cargo de Ayudante del Cuerpo de Blandengues y se le encomienda la protección de las costas del Río Uruguay.

Después de aquel desgraciado episodio pasa a integrar las fuerzas de Juan A. Lavalleja, a que lo llevan las divergencias surgidas entre nuestros dos grandes jefes, que la historia las señala como el inicio de un período de vicisitudes en el marco de la organización de nuestra nacionalidad. No es de extrañar, por tanto, que los cambiantes acontecimientos que se suceden le impulsen a plegarse, nuevamente, a Rivera, cuyas fuerzas trataban de hos-

tilizar a los portugueses. Tampoco supone defeción cuando se pliega, más tarde, al Ejército de Artigas, interviniendo en el Combate de Guiripitá, donde cae levemente herido.

Nuestro relato lo transportamos al año 1820, época en que la lucha contra los portugueses, en base a escaramuzas, se presenta desfavorable para las fuerzas orientales. Es a Cáceres que se le encomienda informar a Artigas sobre el desastre del Combate de Tacuarembó Chico, librado el 22 de enero del mismo año por Andrés Latorre contra los portugueses, comandados por el Conde de Figueroa, acción que nuestro biografiado presenció desde la orilla opuesta del Río del mismo nombre, logrando escapar de la masacre, descalzo y a pie, hasta llegar al Arroyo Mataojo, en una marcha de 3 días sin conseguir alimento alguno.

A partir de esa derrota, que abre el camino a la dominación portuguesa, pasando la Provincia Oriental al servicio de la Capitanía General y como consecuencia de los contrastes posteriores ante las fuerzas lusitanas, fracaso que se agrava con la prisión de Lavalleja y la defeción de los principales lugartenientes artiguistas, Rivera y Oribe; el jefe de los orientales resuelve suspender las hostilidades, resolución que, en forma solemne, comunica a sus subalternos.

En esta circunstancia, pide autorización a su superior para abandonar el ejército y reunir a los dispersos a fin de trasladarse a Entre Ríos, hacia donde Artigas piensa partir después de haber dado libertad a sus tropas diciéndoles: "Que cada uno vaya a donde se le antoje".

A raíz de este episodio solicita a Artigas un pasaporte para trasladarse a Mandisovi, en procura de arreos y ropa de que carecía. La respuesta negativa de Artigas no le fue grata, aunque la despedida se realizara en forma cordial en presencia de Latorre, Monterroso y otros compañeros de armas que cita como testigos de este pasaje.

En Mandisovi consigue reunir 200 hombres dispuestos a acompañarle para proseguir peleando contra los portugueses, pero antes envía una carta a Artigas para enterarlo de su resolución, la cual no es bien recibida por el destinatario, despidiendo al portador sin hacer entrega de la respuesta solicitada.

Desgustado con tan insólita e inesperada actitud, resuelve ofrecerse al Ejército de Entre Ríos, para lo cual se presenta al Gral. López Jordan, el mismo que había acompañado a Artigas en el Sitio de Montevideo y que, ahora, desempeñaba el Gobierno de Entre Ríos, por encargo de su titular Ramírez, quien había ordenado el retiro de aquella provincia argentina a las fuerzas artiguistas que actuaban en el litoral.

Este pasaje de su vida guerrera le trae aparejada severas críticas por sus detractores, que fueron controvertidas en las polémicas surgidas a raíz del juicio público seguido frente al Gral. Melchor Pacheco y Obes, a que nos referiremos más adelante. Cáceres manifiesta, en su defensa, que su alistamiento a las fuerzas de Ramírez lo obligan a cumplir con deberes militares contraídos en aquellos momentos aciagos y fluctuantes, en que la

formación de nuestra nacionalidad se debatía en los campos de batalla en forma un tanto desordenada y confusa.

Nuevamente Artigas resuelve organizar sus fuerzas, que son derrotadas en los combates del Paraná y de las Tunas, siendo su ejército perseguido hasta Abalos, donde pierde sus carretas de provisiones y cae prisionero su secretario Monterroso.

En esa persecución nuestro biografiado realiza una audaz emboscada con sólo 9 hombres, reduciendo a los 40 componentes de las fuerzas artiguistas portadoras del tesoro del Ejército, del que toma posesión, mediante recibo, para luego hacer entrega a Ramírez, del botín apresado. Este lo premia con 2 onzas de las 548 que componía el total tomado en el riesgoso encuentro.

Después de este fuerte contraste, Artigas se interna por Candelaria en territorio paraguayo, gobernado por el Tirano Dr. Rodríguez de Francia; dando término a su lucha por la independencia de su patria, entrando en un voluntario ostracismo, que mantendrá hasta su muerte.

Más adelante veremos como Artigas, no obstante las inclemencias anotadas, lo recibe cordialmente en su retiro de Asunción, quizás, entre otras razones, recordando que Cáceres, con su hermano Nicolás, habían integrado la guardia de honor que acompañó a nuestro prócer en su regreso a Purificación.

A partir del retiro de Artigas, continúa actuando en Entre Ríos, bajo la administración de Mancilla, que ha sucedido a Ramírez después de la muerte de este caudillo.

Su destacada actuación en esa Provincia, tan ligada al Uruguay en nuestra historia, le valió la designación de Sargento Mayor del Ejército de Entre Ríos, que desempeñó alentando la esperanza de que, por el tratado del Cuadrilátero, firmado por las autoridades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, se prestaría apoyo a la Banda Oriental para lograr su liberación de las fuerzas extranjeras, principalmente brasileñas, que abrigaban ambiciones de dominio en toda la extensión de las Provincias Unidas del Río de la Plata. (3)

En esa misma época contrae enlace matrimonial, en Entre Ríos con Luisa Loza, que lo acompañará, con gran abnegación, en todos los azares de su vida de patriota.

También en esa época recibe, personalmente de Mancilla, firmes promesas de ayuda a la Banda Oriental, a fin de conseguir desembarazarse de los enemigos extranjeros que la acosan sin piedad. Atendiendo a tales promesas se traslada a Montevideo en procura de ponerse en contacto con personas influyentes, tales como Pedro Berro, Gabriel Pereira, Francisco Núñez, así como

(3) La dominación portuguesa en Brasil termina con el Grito de Ipiranga en 1822, pasando las acciones bélicas, contra nuestro territorio, a manos de los brasileños.

con otros patriotas que llevaban, en aquellos momentos, "El timón de la Revolución", al decir de Cáceres. Pero sus trabajos se vieron frustrados debido a que Lecor, Barón de la Laguna, jefe de las fuerzas brasileñas de ocupación, en conocimiento de las gestiones subversivas que lo movían, lo manda comparecer para recriminarlo y hacerle cargos severos, en virtud de que había tenido informes de que su entrada al país cobijaba intenciones de promover una convulsión.

Por tal motivo se le ordenó regresara a Entre Ríos, en donde volvió a ponerse a las órdenes de Mancilla; pero aquí se siente traicionado, al comprobar la existencia de un acuerdo de éste con Lecor, tendiente a suspender las actividades bélicas en tratables. Por lo tanto solicita la baja para regresar al Uruguay.

Vuelto a su patria se encuentra con que se está tramando un movimiento de rebelión entre los patriotas, el que tomaba, nuevamente, cuerpo entre los orientales que buscaban liberarse de la presión brasileña, sin amilanarse ante las persecuciones del Gral. Lecor. Ya se había formado un Escuadrón de Guerrillas a las órdenes de Manuel Oribe y se habían pasado 300 hombres de las milicias enemigas al mando de Simón del Pino. En Maldonado se formaban grupos con Leonardo Olivera, y en otros departamentos había hombres de prestigio "encargados de levantar el grito oportunamente", al decir de Cáceres.

Sólo faltaba la cabeza directriz que aunara y orientara tantos esfuerzos, todavía dispersos. Resultó unánime la opinión de que ese jefe fuera Juan Antonio Lavalleja, a la sazón emigrado a Entre Ríos.

Cáceres se pliega al movimiento y el Cabildo le encomienda una importante misión en Entre Ríos, consistente en lograr que Lavalleja pasara a nuestro país para integrarse al comando de las nuevas fuerzas. Pero no le fue fácil cumplir con esta misión que pudo realizarla, milagrosamente, en un acto de arrojo, cuya narración preferimos transcribir de las páginas de sus "Memorias Póstumas".

" Nos pusimos de acuerdo con el capitán don Pedro "Amigo y en una noche salimos para el Paso Molino, "en el Miguelete, con 14 hombres. Pasamos por las "guardias del enemigo sin que nos sintiesen y solo en "el Colorado, cerca de lo de Falcón, encontramos una "guardia dormida, que la pisoteamos con los caballos, y, "antes de amanecer, pasamos Santa Lucía por Belasti- "quí. A las 4 de la tarde entramos a la Florida y fijé las "proclamas impresas que llevaba del Cabildo. Seguimos "en dirección a Clara buscando a Bonifacio Calderón, "para quien llevaba comunicación del Cabildo, encar- "gándole dirijiese la operación hasta la llegada de La- "valleja. No encontrándolo a Calderón quedó don Pe- "dro Amigo esperándolo y yo seguí para pasar de Pay- "sandú a Entre Ríos. Emboscado en el Arroyo San "Francisco mandé al baqueano a Paysandú para decir "a Faustino Tejera que me mandara esa noche una

“canoa a la chacra de Paredes. Tejera, imprudentemente, manifestó mi pretensión al Cnel. Ramón Santiago Rodríguez, que era el Comandante de aquel punto. “Este lo llama al baqueano, era un tal Galarza y le dice: “Vaya Ud. y dígale a Cáceres que no quiero hacerle mal, porque si así no fuese Ud. mismo me llevaría para aprehenderlo. Que no le conviene pasar a Entre Ríos por que sus compañeros están presos en el Arroyo de la China y que venga a hablar conmigo y que me señale el lugar donde quiera que yo salga y, si se interesa en pasar, yo le daré un bote en el mismo puerto”.

“El baqueano vino todo asustado a darmel la noticia, yo no acreditaba lo que me mandaba decir y lo que hice fue cambiar de lugar y esperar la noche, en que me transporté a la costa del Río Uruguay. Allí quité una canoa que solo les servía para salar carne a unos leñateros y, calafateándola con las jergas, nos lanzamos en ella al Uruguay, el baqueano, mi asistente y yo. Por medio río íbamos entre dos aguas y no eran bastante nuestros sombreros para desagotarla. Afortunadamente el Uruguay estaba como un espejo y arribamos a la banda opuesta.

“Pedí caballos llegué al Arroyo de la China. Ya estaba impuesto que estaban presos e incomunicados el Cnel. Latorre, don Manuel Lavalleja, mi hermano Nicanor y muchos otros orientales, so pretexto de que querían hacer una revolución al Gobierno de Entre Ríos. Me recibió Berrenchea, que era el Comandante de aquel punto, con aire muy seco, consultó con su secretario y regresó a pedir la comunicación que llevaba para la Diputación del Cabildo de Montevideo, que se encontraba en Santa Fé, así como para el Gral. Lavalleja que también estaba en aquel destino. Rehusé entregarlas, mas me lo impuso de un modo terminante y entonces tuve que ceder protestando en alta voz y con energía contra semejante procedimiento. Me desarmó, quitándome una linda espada y un rico par de pistolas. Abrió la comunicación y a pesar de que no contenía nada que tuviera relación con la supuesta revolución de Entre Ríos, me hizo seguir como preso y escoltado por un Capitán y 14 hombres hasta el Paraná. Allí me recibió Mancilla, me dio mil satisfacciones y me entregó las comunicaciones abiertas, para pasar a Santa Fe”.

Instalado en Entre Ríos, Mancilla le permite formar un escuadrón de 100 hombres, al que se le denominó Dragones Orientales, cuya primera compañía quedó al mando de Manuel Lavalleja.

Esta Compañía, y otras fuerzas que se plegaron, fueron requeridas por Juan A. Lavalleja para enfrentar a los brasileños

en la Banda Oriental. Este plan no fue considerado aceptable por Cáceres, por cuya razón solicitó su retiro del ejército, conjuntamente con sus hermanos Gerónimo y Nicolás. (4)

Para emprender su regreso debía atravesar el Arroyo de la China hasta Paysandú, encontrándose aquí con la grata sorpresa de ser recibido por su esposa, su hermano Eduardo y una de sus hermanas, quienes con algunos vecinos habían hecho una marcha de 60 leguas, (300 Kmts.), afrontando todas las dificultades de la época, agravadas por la falta de costumbre para sobrellevar tan fatigantes correrías.

La entusiasta acogida con que se le recibió a los viajeros por la población de Paysandú, sirvió para disipar la extenuación consecuente del largo viaje emprendido, para lo que fue necesario atravesar arroyos con pelotas de cuero, improvisadas para el caso.

Este relato pone en evidencia la capacidad para enfrentar el sacrificio que caracterizaba a la gente de aquella época.

Emprendida la marcha hacia Montevideo, dispuestos a llevar una vida de tranquilidad, después de tantas contrariedades, es sorprendido por un imprevisto inconveniente: una orden del Gobierno los obliga a él y sus familiares a volver a atravesar las fronteras de la patria por la zona de Río Grande, a la espera de la resolución del Emperador del Brasil. Esto ocurría en el año 1824, ya iniciada la dominación brasileña, y debieron esperar 6 meses en aquella tierra para que les fuera levantado el sorpresivo e injusto destierro.

Nuevamente procura pasar al Uruguay con intenciones de resolver problemas de familia cuando, al llegar a Salto, se entera de la Cruzada de los Treinta y Tres al mando de Lavalleja. Este hecho da lugar a que se le arreste por las fuerzas brasileñas y se le vuelva a expatriar con su familia internándose en Santa Ana de Livramento, donde es recibido en forma hostil, lo cual lo determina a fugar para presentarse a las fuerzas que reúne Lavalleja en el Departamento de Florida, en vísperas de la batalla de Sarandí, que marca un hito en la forja de nuestra independencia, al librarnos de la dominación de Brasil en casi todo el territorio oriental.

Sobre el desarrollo de esta Batalla hay una descripción muy detallada en las Memorias a que nos venimos refiriendo. En ella señala sus prolegómenos y hace mención al cometido que recibe de Lavalleja para trasmitir al General Rivera. Luego relata las confidencias recibidas de este último en el descanso del campamento, a cielo abierto, tendidos sobre sus recados, durante la noche, llena de inquietud, que precede encuentro tan trascendente.

En esa oportunidad Rivera se lamenta de que sus paisanos desconfiaran de él, al atribuir su retirada en el encuentro de El Aguila a una traición de su parte. Agrega su opinión de lo prematuro que consideraba el paso dado por Lavalleja con la Cruzada, no

(4) Cáceres pertenecía a una familia de 9 hermanos, algunos de los cuales lo acompañaron en sus campañas. Uno de ellos, de nombre Eduardo, es el abuelo del autor de estos apuntes.

obstante se encontraba decidido a hacerse sacrificar en la batalla que se iba a desatar con las primeras luces de aquel día glorioso de nuestra historia, en que sucumbió el dominio del Imperio del Brasil, ya sacudido por Rivera en la Batalla del Rincón.

En el minucioso e interesante relato de este importante encuentro contra las fuerzas brasileñas, expresa que aconsejó a Lavalleja suprimir la descarga inicial, que se hacía en la época de Artigas y que, a su juicio, fuera la causa de muchos de los contrastes sufridos por nuestras fuerzas. En cambio aconseja que se realice la carga con "sable en mano y lanza en ristre", lo que según otros historiadores, se cumplió bajo la orden: "sable en mano y carabina a la espalda". Consideramos más racional la primera forma como se imparte la orden de ataque, si se tiene en cuenta que eran pocos los combatientes de nuestra fuerzas que podían contar con una carabina, siendo mayor el número de aquellos que solo enarbocaban la espada y la lanza, armas con que se hicieron las primeras campañas libertadoras.

Refiere que Rivera ordenó: "al tocar clarín a la carga no había que hacer alto hasta Río Grande, ni volver caras".

En otra parte de su relato dice que, al ver que el enemigo se movilizaba contra la división de Manuel Oribe, quién parcía absorbido en la formación de su gente, corrió a su encuentro y le hizo ver que el enemigo lo venía cargando, por lo cual, comprobado al instante, mandó a la carga a los 200 hombres que aún no había tenido tiempo de formar. Agrega que, de inmediato, se dirigió a toda carrera hacia los otros grupos con el sable en alto, dando orden de "a la carga" lo que fue obedecido por la tropa en la creencia de que la orden impartida provenía del mismo General Oribe, con quien lo acababan de ver conferenciando.

La toma de 600 prisioneros y la gran mortandad sufrida por el enemigo dio la victoria a las fuerzas orientales, dejando expedito el camino hacia nuestra liberación definitiva.

Después de esta importante victoria pasa, por orden de Lavalleja, a organizar las milicias de Colonia, para preparar el asedio de aquella plaza, formando un regimiento que él mismo debía mandar y al que se denominaría Lanceros de la Patria.

Cuando se empeñaba en cumplir con esta nueva misión, se producen divergencias con el Capitán Juan Arenas, provocadas por el mismo Lavalleja, quien, como dice Cáceres, "quería hacer de dos cuerpos, una sola cabeza". Las quejas que presentó a su superior, por tal motivo, fueron desoídas, llegando a acentuarse las divergencias cuando intervino Lavalleja personalmente, lo que trajo aparejado el disgusto de Cáceres, por cuya razón pidió la baja, retirándose a su residencia de Santa Lucía Chico.

Se encontraba dedicado a las tareas rurales cuando recibe una misiva del General Oribe en la que le pide, en forma especial, que vuelva a acompañarlo en la lucha, para lo cual lo designa Sargento Mayor del Regimiento N.o 9 del Ejército Nacional, que era co-

mandado por aquél. Esta designación la firma Bernardino Rivadavia, como Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el desempeño de este nuevo cargo se preocupa de mejorar las condiciones habitacionales de la tropa y la distribución controlada de las raciones, así como de las medidas de orden y disciplina que consideraba necesarias aplicar. Relata que usaba palillos para enseñarles, teóricamente, las evoluciones de práctica y les indicaba las voces de mando que luego eran ensayadas en las horas de la tarde.

El campamento estaba ubicado en el Cerrito, en las Puntas del Arroyo Manga. Refiere que en la oficialidad y en la tropa, estaba muy arraigado el vicio del juego de naipes por apuestas en dinero, lo que procuró suprimir para imponer disciplina pero, en circunstancia en que el General Oribe se había trasladado a Durazno, donde tenía instalado su cuartel general, surgen choques con la oficialidad que se resistía a las medidas que Cáceres se había propuesto implantar con severidad militar.

En tal situación resuelve retirarse del Ejército, pero su superior jerárquico, Leonardo Olivera, le sugiere posergue su decisión hasta el regreso del General Oribe. Este lo convence que deponga su resolución de retiro, por lo cual se mantiene en su puesto, secundando a Oribe durante el Sitio de Montevideo.

Apoco de iniciar su actuación comprueba que se mantiene un estado de completa desorganización entre sus subordinados, haciendo tabla rasa de las órdenes impartidas por el General Oribe, tendientes a impedir entre otras medidas, el trasiego clandestino de carne vacuna para el abastecimiento de la plaza sitiada.

Estos hechos y otros supervinientes fueron creando entre Cáceres y Oribe, una situación de tirantez manifiesta en todas las circunstancias en que ambos debían intervenir.

Para evitar estas continuas violencias se dirige a Don Joaquín Suárez, que actuaba como Gobernador, a fin de que interceda ante el General Alvear, Jefe supremo del Ejército sitiador, designado por la Argentina, para que le releve del cargo que venía desempeñando en el mismo. El General Alvear le insta a que prosiga en el ejército de Oribe, a pesar de la posición violenta que se mantenía ante su superior. Y así llega hasta Bagé, donde se encontraba enfermo su hermano Gerónimo.

Las manifiestas contemplaciones del General Alvear en favor de Cáceres, que le confiaba misiones de cierta relevancia, parecería que llegaron a molestar al General Oribe, quien lo hostigaba con medidas que significaban represalias injustificadas. Esta situación de tirantez y duro enfrentamiento se epilogó con un fuerte cambio de palabras en que ambos se enrostraron reproches en tono áspero, en cuya circunstancia Oribe, a mansalva, le descerrajó un tiro de pistola, que no dio en el blanco por haberle desviado su brazo uno de los oficiales presentes.

Cáceres, que se encontraba desarmado, corrió a buscar su espada para repeler la agresión, pero intervinieron varios oficiales, lo que evitó un choque sangriento.

No obstante este serio incidente, prosiguió en el ejército, que tomó rumbo al Paso del Rosario, y tres días después se produce la Batalla de Ituzaingó (1827) en la que Cáceres actuó como Ayudante del General Alvear, quien le encomendó llevara a Buenos Aires el parte de esa acción en que las fuerzas argentinas y uruguayas derrotaron a los brasileros. Este cometido permitió separarlo, diplomáticamente, del General Manuel Oribe.

A raíz de este pasaje solicita licencia, que le fue denegada por su superior, quien lo necesita para desempeñar una comisión consistente en tomar posesión de un ganado que se encontraba en Porongos, actual capital del Departamento de Flores, unido en esa época a San José.

Cumplida esta misión el señor Zufriategui intercede ante el General Alvear a fin de que permita a Cáceres establecerse con ese ganado en el Rincón de los Marinos, sobre el Santa Lucía, solicitud que le fue concedida; pero su propósito fue frustrado por encontrarse con la sorpresa de que el campo que pensaba ocupar había sido cedido, en el interín, al General Lavalleja, hecho que lo obliga a instalarse en campos de García de Zúñiga, en el Rincón del Sauce, entre los ríos Yí y Mansavillagra.

En este lugar recibe un llamado de Lavalleja, que estaba acampado en Durazno, para que se presente al Ejército. En la entrevista lo increpa por la posesión del ganado brasileño al que, no obstante haberlo obtenido por mandato expreso del General Alvear, no le reconoce a éste facultad suficiente. (Los jefes orientales se resistían a aceptar la intervención de las autoridades argentinas, que eran desacatadas).

De vuelta a su estancia se encuentra con otra desagradable situación, al comprobar que Lavalleja ya le había despojado de 400 reses, en misión cumplida por el Ctan. Rafael Díaz, que también le había llevado la peonada; en vista de lo cual resuelve liquidar el resto del ganado, retirándose a Santa Lucía.

Aquí se entera del nuevo desastre que acaba de sufrir el Ejército Nacional en Yaguarón, al mando del Gral. Latorre, frente a las fuerzas brasileñas comandadas por el Gral. Brum, así como de que Lavalleja se había presentado en Canelones para disolver la representación legal que, de acuerdo con la Constitución de Rivadavia regía en los pueblos del Plata, declarándose dictador (1827) y delegando el mando a Luis Eduardo Pérez para reanudar la lucha contra los ejércitos del Brasil.

Esta actitud es reprobada, abiertamente, por hombres de significación; tales como Francisco Muñoz, Ferreira, Ocampo, Mancebo, entre otros muchos patriotas, los cuales tuvieron que sufrir la expatriación o ser encarcelados.

Como consecuencia de tan injustas medidas tomadas por Lavalleja, el Gobernador Joaquín Suárez, así como don Francisco Giró, resolvieron cursarle una nota expresándole su desconformidad, como adhesión a los encausados.

La repudiable posición adoptada por Lavalleja, en tal circunstancia, afectó hondamente el espíritu recto de Cáceres, que recibió una gran decepción, por lo cual se unió a la censura levantada contra su superior, no obstante exponerse a las medidas de rigor

aplicadas en aquellos tiempos, que incluso podían significar la pena de muerte. Al relatar este interesante pasaje agrega que temía más a Dorrego que a Lavalleja, pues estaba seguro de que, aquél, se vengaría por la oposición que le levantó contra sus planes contra Santa Fé, en el año 1824, lo que podía tener un desenlace trágico en los Hornos de Candioti, utilizados por el tirano López contra sus enemigos.

Para escapar de este probable y terrible evento, resolvió presentarse a don Tomás García de Zúñiga, en Montevideo, que desempeñaba el cargo de Presidente del Estado Cisplatino. De esta entrevista sale convencido que debe emigrar del país, por lo que dispone trasladarse con su familia a Río de Janeiro.

A fin de justificarse ante la opinión pública, con respecto a esta forzosa resolución, redacta un manifiesto bastante acre y severo, en el que se hacen graves cargos contra alguna de las autoridades que actuaban en aquellos momentos, incluso delatando a Lavalleja por abigeato, mencionando el caso de los vacunos que le había donado el General Alvear en compensación por sus sacrificios en las acciones de guerra en que había actuado, y para resarcirlo de los que había perdido en distintas circunstancias.

Este manifiesto le ocasionó muchos sinsabores, al derivarse en violenta polémica a través de la prensa de ambas márgenes del Plata, dando lugar a que se plantearan graves acusaciones y donde los autores no se detenían en cruzarse los más agrios dicterios.

Con razón o lijereza, opinaba en su manifiesto, entre otros conceptos, que era más ventajoso para la Provincia Oriental, incorporarse al Brasil que permanecer bajo el dominio anárquico de los jefes de montoneros, siempre prontos a sacrificar las vidas de aquellos que no comulgaban con el sometimiento al despotismo que ellos imponían.

Es oportuno señalar que, en aquellos momentos, existía una corriente de orden anexionista, que se perfilaba en los altos círculos de la época.

En el Congreso Provincial de 1821, ordenado por Lecor como Provincia Cisplatina, se habían adherido al intento de incorporación al Brasil, destacadas personalidades como Juan A. Durán, Dámaso Larrañaga, Tomás García de Zúñiga, Alejandro Chucarro, Luis E. Pérez, Fructuoso Rivera, Francisco Llambí, Lucas Obes y otros (5).

Tan insólita como desafortunada declaración, traduce un estado de ánimo exacerbado por las desavenencias que se produjeron entre las figuras más destacadas de la época y, sobre todo, por su radical oposición al caudillismo que surgía como consecuencia de las aspiraciones personales en la dirección de la Cosa Pública, a que nos volveremos a referir más adelante.

Solamente dominado por un estado espiritual imbuido por los hechos que hemos descrito, se puede concebir tan ligera manifestación en un hombre que sacrificó los mejores años de su vida en aras de nuestra independencia, arrostrando los peligros conse-

(5) Andrés Lamas firma, en esa época un tratado que nos ligaba a Brasil.

cuentas a 30 encuentros guerreros en que le tocó actuar con derroche de coraje, perdiendo sus bienes materiales con resignación y desprendimiento, viviendo con su familia un peregrinaje lleno de visitudes, como surge de los hechos que hemos narrado.

Aunque a nuestro juicio, esa es la causa de su renunciamiento a los principios que moldean su tradición patriótica y que constituyen la esencia de su lucha por la libertad.

Ramón de Cáceres (hijo) atraviesa por esos momentos en que se obnubila la mente mas equilibrada, llevando a los hombres a presentarse con matices contradictorios que no traducen su verdadero sentir.

Al llegar a Brasil recibe la buena acogida y aun la protección de Pedro I, quien le otorga una pensión equivalente a su grado militar, favor y apoyo que termina cuando se produce la abdicación y alejamiento del Emperador.

Poco tiempo después se jura la Constitución del Estado Oriental (1830) y se presenta al primer presidente constitucional, Gral. Fructuoso Rivera, quien lo recibe en forma amistosa y lo hace intervenir, junto a Bernabé Rivera, en la fundación de la ciudad de Tacuarembó, para cuyo cometido lo designa Juez de Paz.

Es de destacar, aquí, que en el desempeño de dicho cargo tuvo progresistas iniciativas. Implantó el primer plan financiero tendiente a recaudar fondos contributivos destinados a la ejecución de obras importantes, tales como la creación de una escuela, la erección del templo del lugar, mejoras en las instalaciones carcelarias, obras de urbanización, etc. (Véase el suplemento del diario *EL PLATA*, de Montevideo, en el Centenario de 1830, donde se padece el error de atribuir esta actuación a Ramón de Cáceres (Padre).

En este paraje construye su vivienda para dedicarse, con su familia, a la explotación de una chacra que le deja suficientes beneficios para saldar sus deudas y aún para formar según su misma expresión "un capitalito que se aumentó progresivamente".

En esta época se produce la revolución lavallejista (1832) y es llamado al servicio activo en las milicias que debían mantener el orden legal, en cuya actuación tiene que reprimir los actos de vandalismo que cometían los indios charrúas en los departamentos del Norte, que llegaron a dar muerte a Bernabé Rivera, hermano del Gral. Fructuoso, en el lugar que se recuerda con el nombre de LAS TALAS DEL SACRIFICIO (Dto. de Artigas).

Al mismo tiempo nuestro país atraviesa por un momento de agitación política como consecuencia de las elecciones de diputados que debían designar al 2do. Presidente Constitucional, cuyo candidato más probable era el General Manuel Oribe. Este, olvidando las anteriores divergencias a que nos hemos referido, le envía un emisario especial para solicitarle su adhesión, en virtud de lo cual se pliega al movimiento electoral que se desarrollaba en favor de dicha candidatura.

Ungido Oribe a la Presidencia de la República, como resultado favorable de las elecciones, lo manda llamar para hacerle manifestaciones de leal amistad, autorizándolo para que vuelva a las acti-

vidades rurales en su campo de Tacuarembó, el que explotaba en sociedad con su cuñado, el General Britos.

Pero esta tranquilidad no sería duradera, terminando poco después, en 1836, cuando Rivera se levanta en armas contra el Gobierno poco antes constituido, dando por resultado la capitulación del General Oribe y la entrega de las plazas de Montevideo y Paysandú.

Nuevas divergencias surgidas frente a Oribe hace que vuelva a incorporarse a las fuerzas de Rivera, actuando en la Batalla del Palmar, como Jefe del Estado Mayor del Ejército Gubernista.

Las nuevas divergencias con Oribe, a que hacíamos referencia, tienen relación con la muerte de su cuñado, el General Manuel Britos, ocasionada por la falta de protección del superior en circunstancias de encontrarse aquel seriamente enfermo. Esta actitud inhumana y desleal, está ligada a la culpabilidad que Ignacio Oribe le atribuyó por la derrota de las fuerzas orientales en la Batalla del Palmar.

Frente a tal inculpación, Cáceres recurrió a la prensa para defender a su pariente, lo que suscitó un cambio de agrias expresiones entre las partes. A esto se agregó la negativa a dar su fallo en la causa seguida contra presuntos conspiradores, a los que Manuel Oribe quería imponerles severos castigos en contra de las razones que, en favor de los mismos, aquél aducía.

Estos hechos agravaron, seriamente, la vinculación que mantuvo con los Oribe en las guerreras luchas.

Tales discrepancias dieron lugar, además, a que se tramara una venganza criminal contra su persona, a perpetuarse con la intervención de unos soldados enmascarados, los que no alcanzaron a consumar sus propósitos por haberse refugiado, a tiempo, en casa de un amigo, para de allí pasar a cobijarse bajo la bandera de un buque de guerra brasileño.

Cuando Rivera entra triunfante en la Plaza de Montevideo, el 10 de noviembre de 1838, Cáceres vuelve a reclamar la devolución de sus propiedades de Tacuarembó, que le habían sido confiscadas por las fuerzas revolucionarias de Lavalleja, pero fue desatendido, perdiendo todo el esfuerzo de su trabajo.

En tal difícil circunstancia decidió instalarse con un mataderito en la Aguada, para poder subvenir sus necesidades más apremiantes y como él mismo dice: "para poder subsistir".

Se encontraba afanosamente abocado al desarrollo de esa nueva actividad cuando se declara la guerra contra Juan Manuel de Rosas, por lo que el gobierno toma precauciones sobre todas aquellas personas que habían acompañado a Oribe, durante la época de su gobierno. De ahí que fuera confinado a la Isla de Ratas y obligado, después, a que se trasladara a Buenos Aires, siendo sometido a severa vigilancia.

Para liberarse de esta nueva expatriación recurre a Gabriel Antonio Pereira, que ejercía la presidencia de la República en ausencia del Gral. Rivera, durante la campaña guerrera que éste desarrollaba en el interior de la República. Su petitorio es resuelto favorablemente y se le concede la permanencia en Montevideo. Aquí lo toma el Sitio Grande implantado por el Gral. Oribe, que duró casi 9 años. En tal difícil situación para esa plaza, lo llama el Gral. Paz, que dirigía la defensa, y le solicita su colaboración en los trabajos de la resistencia que se había organizado, a cuyo efecto lo designa su edecán y le encomienda la dirección de las obras de fortificación que fueron levantadas en aquella épica defensa, durante la llamada Guerra Grande, iniciada en el año 1839. (6)

Durante este sitio, que alcanzó trascendencia mundial de leyenda épica, denominándosele por Alejandro Dumas (7) La Nueva Troya, el Gral. Paz organizó un Batallón de Extramuros, siendo su primer jefe el Cnel. Ramón de Cáceres. Posteriormente, cuando el Gral. Paz es llamado a Corrientes para resistir a Juan Manuel de Rosas, se le extiende a Cáceres un permiso militar para actuar a las órdenes del aquel General en dicha campaña.

El fracaso de Paz lleva a Cáceres hasta el Paraguay, donde permanece durante 11 meses y tiene oportunidad de entrevistarse con Artigas (8) en su destierro voluntario, lo que demuestra que

(6) Como hecho destacable me permite mencionar aquí, que durante la tenaz resistencia de la plaza sitiada se constituyó, entre sus defensores, una Legión Francesa, comandada por el abuelo materno del autor, el Cnel. Juan Bautista Brie, en el cargo de 2do. Jefe, por ser 1er. Jefe del Batallón de Cazadores Vascos, de destacada actuación en tan prolongada lucha.

Brie ejercía, además, la profesión de médico, habiéndose graduado en su país de origen, en la Facultad de Mont Pellier, y revalidado su Título en Montevideo en 1829, ante la Junta de Higiene Pública. El destino quiso que quien esto escribe fuera concebido en la conjunción sanguínea de dichos destacados patriotas, que le legaron una afirmación conceptual sobre Patria y Libertad, que ha procurado cultivar en su más pura expresión.

Sobre el referido personaje, que tuvo relevante actuación en nuestra historia patria, se han ocupado varios conocidos historiadores tales como Braconay, Travieso, Torterolo, Fernández Saldaña, entre otros, en interesantes publicaciones. Por su estrecha relación con los acontecimientos que cimentaron nuestro orden jurisdiccional y formativo como nación libre, haremos, al final de este trabajo, una reseña histórica sobre la actuación que le cupo al Cnel. Brie.

(7) Alejandro Dumas colaboró en la obra novelada que, con el título de Montevideo o Una Nueva Troya, por su similitud con el famoso asedio de Troya por los aqueos, escribió en Francia el Gral. Melchor Pacheco y Obes.

(8) En un estudio sobre Artigas, publicado por el diario El País, en el año 1951, como homenaje a nuestro prócer en el centenario de su muerte, el historiador Daniel Hammerly Dupuy, al referirse a las personas que visitaron a Artigas en Ibiray (Paraguay), no hace mención a la de Ramón de Cáceres, que ha sido autentificada por distintos conductos.

Corroborando este aserto haremos la siguiente referencia: Cuando el pintor Eduardo Carbajal, autor del divulgado retrato del Gral. Artigas, le solicita su opinión sobre el parecido con las facciones del héroe, Cáceres le entrega un certificado en estos términos: "Certifico que el bos-

no eran tan profundas las divergencias que se habían suscitado entre estos dos hombres de armas. (9). Es de consignar, a esta altura, que le cupo el singular honor de ser designado, oficialmente, para acompañar los restos mortales de Artigas hasta su traslado al Pantheon Nacional, donde fueron depositados hasta junio de 1970, fecha en que se resuelve trasladarlos a la cripta del Palacio Legislativo.

Posteriormente resuelta su ubicación en un mausoleo al pie del Monumento al Prócer ubicado en la plaza Independencia.

De Paraguay pasa a Río Grande donde se ve, nuevamente, obligado a ganarse el sustento con su trabajo, cuando ya tenía 50 años de edad. Entretanto, solicita y obtiene autorización del General Urquiza para volver al Uruguay, mediante la intervención del General Garzón, con quien hizo su entrada en Montevideo en carácter de Edecán, cuando se firma la Paz del 1.º de octubre de 1851, poniéndose fin a la Guerra Grande.

Al fallecer este distinguido General, en ese mismo año, se enrola en el Ejército de Urquiza en calidad de Jefe entrerriano, interviniendo en la Batalla de Monte Caseros, el 8 de febrero de 1852, por cuya acción el Gobierno Argentino le otorga una medalla de oro, en mérito a su actuación en la valiente y afanada División Oriental, que prestó una importante colaboración para dar término a la nefasta política rosista.

A raíz de esta campaña resuelve solicitar licencia para regresar a su patria y envainar su espada para entrar en una vida de tranquilidad y sosiego, pero los acontecimientos subsiguientes al año 1851, en que se establece la paz del llamado Sitio Grande, con la declaración salomónica de "NI VENCIDOS NI VENCEDORES" lo arrastran a intervenir en el movimiento político de fusión, de carácter "orientalista", libre de las influencias extranjeras, así como de los "personalistas" que gravitaban en forma predominante entre los núcleos dirigentes.

Como dice el historiador Real de Azúa en el Capítulo Oriental N.º 9, folleto de la Historia Uruguaya de reciente aparición: "La paz de octubre del 51 en nada ayudó a los propósitos que habían inspirado a ambos bandos. Blancos y colorados permanecían enhiestos en sus pasiones y en sus razones".

---

quejo de retrato del Gral. Artigas, se parece mucho al original y me hallo autorizado para emitir mi opinión porque estuve, siempre, a las inmediatas órdenes hasta que se vio precisado a emigrar al Paraguay y porque, también, estuve con él muchas veces en Asunción, en el año 1847, pocos meses antes de su fallecimiento.

(9) Un hecho banal, si se quiere, pero muy sugerente en este caso en que deseamos poner el acento sobre la vinculación que unía a estos dos patriotas, es la donación que Artigas hace de algunas prendas de su uso personal y a que el Dr. Petit Muñoz se refiere en la publicación de *El País* que acabamos de mencionar (Pág. 302).

Esas prendas, verdaderas reliquias, las destina como elocuente demostración de amistad, a Ramón de Cáceres y a Andresito Artigas, el noble y legendario cacique que llegó a gobernar 2 provincias durante la dominación artiguista.

Esa pugna en el proceso político que imperaba en el ambiente, pese a los esfuerzos de don Joaquín Suárez, de Andrés Lamas, del General Eugenio Garzón, y de Juan Francisco Giró, que orientaban una tendencia política de fusión de los partidos, y que Cáceres defendía ardorosamente, fue derivándose en ataques personales, con desenfreno periodístico, a través de las publicaciones de la época, surgiéndole un contricante de gran predicamento, el General Melchor Pacheco y Obes, agudo y sagaz periodista, a la sazón Jefe del Estado Mayor en el Ejército del Triunvirato. (Más adelante volveremos a referirnos a esta polémica). Uno de los hombres más empeñados en los acuerdos de fusión, fue Andrés Lamas, quien expresaba en sus manifestaciones públicas, los siguientes conceptos:

“Qué representan esas divisas blancas y coloradas? Representan la desgracia del país, las ruinas que nos cercan y el luto de las familias.

Qué es lo que hoy divide a un blanco de un colorado? Le pregunto al más apasionado y no podrá mostrarme un solo interés nacional, una sola idea social, una sola idea moral, un solo pensamiento de gobierno.....”

Al mismo tiempo el gran tucumano Alberdi, instalado en Montevideo por la persecución de Rosas, combatía, con ardor, al caudillismo imperante, al que apostrofaba definiéndolo como “la restauración del despotismo colonial”.

Estas ideas dieron base a la formación de un nuevo partido que se dominó Unión Liberal, el que, a pesar de los fines patrióticos que los inspiraban y de los hombres ilustres que lo prestigian, tuvo una vida efímera.

Cáceres, amigo y confidente de Andrés Lamas, como surge de las cartas que se guardan en el Archivo Histórico Nacional, se adhirió a ese movimiento, colaborando con su palabra y con su pluma.

Los hechos que dejamos narrados configuran los primeros pasos de la vida política a nivel nacional, en la que Cáceres fue, también, un activo protagonista, sufriendo las consecuencias de ese drama que perdura hasta el presente con todas sus derivaciones.

La convicción que abrigaba sobre los males que sufría el país como consecuencia de las rivalidades y prepotencias del “Caudillismo” se hace afirmativa cuando leemos, en la Biblioteca del Jockey Club, los conceptos vertidos en una obra aparecida en 1864 con el título de “Apuntes de Historia de la República Oriental del Uruguay” por A. D. P. en el tomo 1.º. Su autor, que solo utiliza sus iniciales, dice así: “La sabiduría divina, en sus inescrutables arcanos tiene reservado a este país un caliz de amarguras..... En el horizonte político amagan horrendas tormentas; el nuevo Estado tiene dentro de sus entrañas la gangrena del caudillaje, de la ambición y de la sed del predominio”.

Al hacer la exégesis de nuestro decurso formativo es forzoso reconocer que aquellos hombres que bregaban por la fusión, tuvieron una certera conciencia sobre las proyecciones de la política de

partido, causa y motivo de enconadas incidencias y desventuras en la posterior evolución de los aconteceres de la vida nacional. Ese deseo de unidad velaba por un mejor porvenir, por lo cual merece nuestro profundo respeto. (10).

La polémica con Pacheco a que nos referimos tomó un cariz violento, en que se cruzaban términos hirientes y a la que Cáceres se veía azuzado, aunque después abandonado, por aquellos que arrimaban más brasas a la hoguera de un ambiente impregnado de pasiones encendidas.

En el complejo cuadro político de la época están actuando, visiblemente, las influencias personales que pesan tanto o más que las ideológicas, motivando los choques y las discrepancias que se advierten entre las personalidades que actúan en el ambiente nacional. Fluye un espíritu de intolerancia que cada parte defiende con ardor, considerándose dueño de una sana verdad, orientada hacia el bien del país.

No podemos dudar que esta nueva orientación en que se ha visto envuelta la vida de nuestro personaje, estuviera inspirada por un acendrado amor a la patria, que antes defendió con las armas y que los nuevos vientos lo arrastran hacia una lucha en la que se prodiga con el ardor y el impulso que constituyeron los rasgos salientes de su recia personalidad.

Cuando le escribe a Andrés Lamas, en Enero 9 de 1865, (Ver archivo Gral. de la Nación) dice: "Estoy persuadido que solo Ud. podrá evitar a este País los estragos que lo amenazan, amalgamando los partidos y sofocando esos odios personales... pero tengo que sofocar mi opinión para no exponerme, nuevamente, a persecuciones y ataques inmerecidos".

La prevención que expresa en esta carta tiene relación con lo que estampa en otra anterior que data del 12 de Setiembre de 1855 (Archivo Gral. de la Nación) de la que extractamos los siguientes párrafos: "Yo no podía menos que simpatizar con sus principios para la extinción de los partidos y del caudillaje, y me ocasionaron una expatriación por seis meses".

Después de los sacrificios derrochados por los hombres que lucharon por la emancipación del dominio extranjero, había que entrar en la ardua tarea de la consolidación de tales beneficios, en la conquista del bienestar social que era el epílogo de la forja de nuestro destino, tarea que no fue fácil ni simple. Firme en su

(10) Con el transcurso de los años, ya entrados en 1971, en que asistimos a la instancia de una reñida lucha electoral, se advierte que las generaciones jóvenes no participan del mito de los viejos caudillos, por más que se enarbolean sus respetables figuras como banderas de enganches de las masas ciudadanas.

Cuando escribimos estas páginas con tinta fresca y mano trémula por nuestros muchos años vividos, estamos acreditando, con los hechos observados, el cambio de posición, y nos viene a la mente la leyenda de aquel héroe español cuyo cadáver, atado a su corcel de guerra, siguió espantando a sus enemigos. En esta hora de transformaciones hay que dar paso a la verdad y no a los mitos.

idea política de reconstrucción, el 19 de Marzo de 1866, se dirige al Sr. Redactor del Diario La América con frases como éstas: "El Dr. Andrés Lamas no ha sido ni será nunca blanco ni colorado, no es más que un verdadero oriental que lamenta ver divididos a sus paisanos por esas enseñas odiosas", (Archivo Gral de la Nación, correspondencia de Andrés Lamas).

Las graves acusaciones de Cáceres, contra Pacheco y Obes, llevado por sus improntus temperamentales, involucraban malversación de fondos públicos. Ellas dieron lugar a un juicio de imprenta que le fue adverso. La superioridad jerárquica de su oponente y la dificultad de testimoniar hechos notorios, obraron de consuno para tal resultado, siendo penado con el destierro.

Desde ese instante su vida se vió embargada, hondamente, por tan triste episodio, surgido en las postrimerías de su agitada existencia, rebasada por las visicitudes de su continuado batallar.

Decepcionado ante tanto infortuno, herida su alma por las turbulencias de la guerra, rechaza la pensión militar que le correspondía, se despoja de sus insignias militares, y en su edad proyecta procura aliviar sus penas con la dedicación al trabajo, traspuesta a la dura lucha de guerrero.

A tal fin se inicia en la preparación de productos de panadería, en lo que aplica un procedimiento original, que le prodiga un provechoso rendimiento económico y una vida independiente, tan necesaria para su espíritu abatido. De su renombrada fábrica "El-Reytu" salen los productos que envía a la campaña y provee a los buques surtos en nuestro puerto.

Con este emocionante pasaje, pleno de grandeza, viene a epilogarse una vida entregada por entero a la búsqueda de nuestra libertad, haciéndose acreedora del respeto y de la gratitud nacional.

La muerte lo sorprende en el pleno desarrollo de esa nueva actividad, apocos años de haberla iniciado. Su desaparición física que se produce el 17 de mayo de 1867, a la edad de 69 años, concitó hondo pesar entre quienes reconocieron en él a un esforzado patriota que sirvió a su país con dignidad y corrección, en los múltiples e importantes cargos que le fueron confiados durante la epopeya del Río de la Plata. Por tal motivo el Gral. Lorenzo Batlle, en tan aciaga circunstancia, pone de relieve sus méritos al inhumarse sus restos mortales que, desde entonces, descansan en los sepulcros de la Familia Cáceres en el Cementerio Central de Montevideo.

También, poco antes de su deceso, el Gral. Venancio Flores iba a proponerlo para el cargo de Brigadier General, en mérito a los importantes servicios prestados al país en la campaña por la independencia y por ser en 1867, el decano de los Jefes en el arma de caballería.

Como se ha visto, a través de la reseña histórica que acabamos de esbozar, el Cnel Ramón de Cáceres (hijo) desarrolla su vida ciudadana y de guerrillero, en uno de los períodos más aciagos de nuestra historia, cuando se trazan los lineamientos de nuestra independencia (Epoca Libertadora) y cuando, librados de los enemigos extranjeros se inicia, en el escenario de la República, la pugna en la formación de los bandos que van a definir la organización de los dos grandes partidos políticos, constituidos por BLANCOS Y COLORADOS que, encarnando ideales y tendencias diferentes tomarán a su cargo las directivas de la Nación. (Epoca Estatal).

El país atraviesa por momentos dramáticos de enconada turbulencia, surgida en las mutaciones de un ciclo formativo embrionario, por tanto es necesario no perder de vista la ubicación en el tiempo y circunstancias en que se desarrollaron los episodios que acabamos de relatar. Pasiones incontroladas enardecían a los protagonistas que aquí han desfilado, tanto en dirigentes como subordinados, provocando las discordias intestinas que, en algún momento, hicieron tabla rasa con los derechos constitucionales y barrieron, en su estallido, con el respeto a la persona humana.

En ese medio, tan cargado de odios y rencores, que gravitaban en la organización institucional, acontecieron hechos que hoy, a la distancia que nos separa, debemos juzgar con cautela para no caer en el agravio hacia aquellos patriotas que dieron todo de sí en favor de nuestra formación como pueblo libre y soberano.

Sobre los episodios acaecidos en instancia tan trascendental para la Patria, los historiadores y comentaristas, cuando incursionan por los meandros de la historia, toman sus enfoques sobre diferentes ángulos, que pueden mostrarnos figuras distorsionadas, lo que desnaturaliza la verdad de los acontecimientos y trae confusión en el panorama de nuestra epopeya nacional, sino se aporta al estudio una mirada serena.

La narración fría de los hechos, sin situarse en los avatares de la época en que se desarrollan, llega hasta desvirtuar el verdadero sentir que alienta a los protagonistas.

En el caso de nuestro biografiado entendemos que ha existido ligereza en algunos comentaristas, al juzgarlo en el largo y respectable drama de su vigorosa personalidad, que alcanzó trascendencia internacional y que se nos presenta plenaria de valores, cuando estaba en juego el destino de la Nación.

Al impulso de sus generosos ideales le vemos ambulando de un extremo al otro de nuestro suelo y por los países limítrofes, arrostrando todos los peligros inherentes a su actuación, derramando su sangre generosa, sufriendo con estoicismo y altivez los vejámenes que se desataron contra su persona a raíz del litigio mantenido frente a un hombre de alta talla intelectual, a lo que se añadía la prevalencia de su elevada investidura como Ministro de la Guerra en un gobierno politizado y de círculo, que habría de inclinar el fiel de la balanza en contra del más desamparado de los contendientes (11).

---

(11) Juzgado de Crimen de 1er. Turno. antecedentes del Juicio incoado entre Ramón de Cáceres y Melchor Pacheco y Obes.

El escritor Plácido Abad, en un suelto aparecido en el diario "La Mañana" del 13 de Enero de 1933 decía: "El jury vehemente que sostuvo Cáceres con Pacheco y Obes, constituye un accidente de su vida movediza, con sus luces y sombras, como ha sido la de aquellos hombres del pasado, por la hora triste que les tocó vivir, salido el país de un régimen secular donde todo estaba por hacer".

Cabe traer a colación, a esta altura de nuestras consideraciones, y por lo que pueda significar en mengua de las críticas levantadas contra Cáceres, que la historia no deja de señalar los errores y las claudicaciones de nuestros grandes conductores, llámense Artigas, Oribe, Lavalleja o Rivera, entre otros, tal como Cáceres lo registra en sus "Memorias".

Jorge Sand dijo, alguna vez, algo que aquí cuadra "Jamás podríamos justificarnos de cosa alguna sin vernos obligados a acusar a alguien, quizás a nuestro mejor amigo". Pero debemos convenir, sin ningún esfuerzo dialéctico, que esas sombras, propias de la falibilidad humana, no han alcanzado a oscurecer, ni siquiera a empañar, las glorias que han iluminado a tan relevantes figuras de nuestra historia. Como hombres justos no debemos desdeñar su alta cuota de valores para darles el sitio que les corresponde en el escenario nacional.

Es interesante reproducir, lo que dice cuando reclama a la Superioridad su foja de servicios, que traduce una convicción que lo despoja de toda deslealtad de procederes:

" Un militar no debe legar a su esposa y a sus hijos sino  
" honrosos antecedentes y aunque, a la verdad, no es muy  
" valiosa esta herencia, sin embargo es siempre grata a la  
" familia y a sus amigos. Yo tengo la satisfacción de ha-  
" ber trabajado, siempre, por la buena causa. —Jamás  
" pertenecí a personas sino a cosas. —He sostenido a las  
" autoridades constituidas, he luchado por la independencia  
" de mi patria. —Ni un solo día estuve en las filas de un  
" bando anárquico..."

Entre las causas que incidieron en las desventuras que tuvo que sobrellevar, debemos señalar un marcado espíritu proclive al mantenimiento del orden y la disciplina, cartabón que procuró imponer con su voluntad pujante, entre las tropas que le tocó mandar. Su desdén por el desbarajuste en la organización militar, la imprevisión, el dispendio, la guerra de montoneras, eran factores que atizaban su descontento y tenaz oposición, porque abrigaba en su alma el más alto concepto del orden, de la rectitud y de la firme ejecutoria.

Un simple episodio, digno de ser mencionado, corrobora este aserto. En circunstancia de haber aplicado el castigo "estaca" a un subalterno, por falta grave, le advirtieron que se trataba de un cuñado del Gral. Lavalleja, a fin de conmutarle la pena. A esto respondió: "Déjelo aunque sea el hijo de María Santísima".

Sus actitudes firmes y resueltas, su carácter indomable, lo llevaron a sostener frecuentes choques con superiores y subalternos, cuyas costumbres retrógradas no eran fácil desarraigadas en una soldadesca desorganizada, que actuaba con impulsos de montoneiros y que no se sometía a la disciplina militar.

Sobre este particular hace alguna referencia, a propósito del desarrollo de la Batalla de Sarandí que, si bien algunos historiadores no admiten su importante intervención personal en forma tan decisiva como surge de la minuciosa y documentada narración de ese encuentro, que hemos transcripto anteriormente en forma somera, nos inclinamos a tomar como cierto que su actuación debe haber tenido un papel clave, en razón de los conocimientos demostrados en materia de la estrategia militar que correspondía desarrollar en aquella época de precarios elementos de combate.

La historiadora Aurora Capillas de Castellanos estampa la siguiente observación en la Revista del Museo de Historia Nacional de julio de 1959, Pág. 342: "Sus jefes no mencionan sus relevantes servicios en los partes elevados sobre este trascendental hecho militar" (Batalla de Sarandí). Esta mención incidental hecha sin comentarios, es muy sugerente e intuye un juicio desfavorable, aunque no haya sido esa la intención de la distinguida historiadora, ya que sabemos de la admiración que le ha despertado en su espíritu nuestro personaje, a quien ensalza en algunas de sus publicaciones que, por otra parte, condicen con las manifestaciones expresadas al autor de este trabajo.

Es necesario, pues, detenernos sobre el particular para desvirtuar toda falsa interpretación que podría albergarse en la mente de quienes se ocupan de la vida ejemplar de tan abnegado patriota.

A nuestro entender la omisión, anotada en el mencionado parte recoge, con toda su gravedad, sobre los principales jefes que protagonizaron tan importante hazaña guerrera, pues no es lógico ni razonable suponer que un militar pudente se atreviera a formular precisiones de tanto relieve sobre el desarrollo de aquella memorable batalla, sin ajustarse a la verdad de los hechos. Ello iría en desmedro de su propio prestigio —del que era altivo y puntilloso— al ser desmentido por los actores de tan destacado evento. (12)

No debemos desdeñar las rivalidades, los antagonismos y prepotencias, que ardían con celos y calumnias, tal como lo hemos apuntado en este estudio, las que tomaban hondo asidero y privaban en el espíritu de los destacados protagonistas que actuaron en los principales episodios formativos de nuestra independencia. Ellos son propios de la condición humana, y la historia de todos los tiempos las señala tanto en la vida civil como en la militar. Cuando Thiers analiza los embates de la Revolu-

(12) Aquí cabría decir como Juana de Arco: "Mi pendón estuvo en la lucha, y es justo que esté también en el puesto de honor".

ción Francesa y las pasiones que anidaban en sus más grandes figuras dice: "La guerra no es bastante, por cierto, para entibiárlas, moderarlas y contenerlas en sus justos límites."

La vida de Ramón de Cáceres (hijo) aparece signada por la adversidad en el largo trajín por los intrincados caminos en que lo colocó su pasaje por la vida.

A toda la odisea que envuelve su complicada actuación de patriota, que priva y se anuda la adversidad y el infortunio, tenemos que agregar esta lamentable omisión de sus superiores, que conforman un injusto despojo de uno de los más destacados episodios que jalona su gloriosa actividad militar. Su derroche de bravura, alentando en Sarandí a las huestes orientales en medio del fragor de la pelea, los planes estratégicos que aconseja a sus jefes inmediatos en tan memorable acontecimiento, no merecen, siquiera ser mencionados en los partes que se cursan después de la batalla!

Y su heroicidad queda oculta, e ignorada en los anales de nuestras luchas por la Libertad!

Y su sacrificio no recibe el condigno merecimiento a que se hizo acreedor ante la Historia; por su destacada participación en una hazaña militar que significó un vuelco alentador en el aciago curso de las luchas contra el invasor portugués; batalla que fue exaltada por escritores y poetas en páginas llenas de inspiración patriótica, tal como en la Leyenda Patria de nuestro gran vate Zorrilla de San Martín, en cuyas vigorosas estrofas leemos:

"Y aquel grito sonó... De la Florida  
"En los fragosos campos,  
"Rodeada de bravos redentores,  
"Arde la inmensa hoguera  
"Que la Patria encendió,

Denunciamos indignados la injuria de las autoridades encargadas de redactar el parte de tan importante trance guerrero.

Roida su alma por tanta ingratitud, mantiene la nobleza de no hacer referencia alguna sobre hecho tan vituperable, cuando escribe sus Memorias en su hora crepuscular; gesto que contribuye a enaltecer la trayectoria rectilínea de su conducta y que se concilia con la superioridad de su espíritu, fraguado en la dura lucha del sacrificio y del honor militar.

El Cnel. Cáceres tuvo fervientes panegiristas así como morales detractores en su larga actuación de guerrero y político, pero sus incontrovertibles méritos como patriota nos coloca, no solamente por el imperativo de los lazos familiares que nos une sino, como uruguayos, en el deber ineludible de reivindicarle ante la historia, de rendirle el merecido homenaje al habernos legado, con otros prohombres de la epopeya heroica de nuestra independencia, este patrimonio nacional que disfrutamos libremente.

Reverenciamos, de esta manera, su vigencia en el panorama integral de nuestras glorias, que deben ser trasmittidas a las nuevas descreidas y disolventes generaciones, para templar el amor a la Patria, que vemos diluirse al influjo de ideas importadas, que van excavando las bases de nuestra Orientalidad

Es un deber ineludible propiciar la exaltación de nuestros héroes en vez de prender incienso a ídolos de tierras extrañas, sin conexión con nuestros ideales de libertad y democracia.

Nuestra admiración personal por los ponderables atributos de nuestro biografiado, se exalta a medida que lo seguimos en su largo peregrinaje por los campos de batalla durante 38 años de sacrificios y privaciones, que afronta con estoicismo y sin desfallecimiento, alentado por el patriotismo que constituyó la esencia de su personalidad polifacética.

Debemos confesar que nos sentimos abrumados por nuestras limitaciones ante tantos merecimientos valorativos, cuando intentamos transitar en una disciplina que no nos comprende, al trazar el perfil de tan relevante figura que se empina, con gallardía, entre las principales cabezas que intervinieron con sus ideas y con sus espadas en la forja de nuestro destino histórico. Por eso lo evocamos, con emotiva unción, como a un centauro blandiendo el afilado corvo al frente de los lanceros gauchos del famoso Cuerpo de Blandengues, que alienta con su voz de mando y su estampa recia y marcial al entrar en el choque sangriento del "entrevero".

¿Podrá darse más auténtica expresión de fé patriótica que esa entrega total, de cuerpo y alma, por una causa sagrada que abraza con ardor desde su adolescencia, alcanzando una dimensión de tanta relevancia?

Pensemos en cuanta amargura le habrá significado tener que sobrellevar el medio agreste y de positivismo imperante en que le tocó actuar, siendo descendiente de una familia de vida holgada y poseer una preparación cultural que se refleja en el valioso material historiográfico que nos ha legado, así como en los numerosos escritos publicados en la prensa de ambas capitales del Plata.

A este respecto merece ser transcrita la opinión de la escritora Aurora Capillas de Castellanos, aparecida en los números 85 y 87 de la Revista Histórica anteriormente mencionada: "Junto con Carlos Anaya puede considerarse el más alto exponente entre los cronistas de la época. Más exacto que Anaya escribe con más colorido".

Por otra parte el Dr. Carlos Real de Azúa, en un estudio comparativo sobre 3 memorialistas militares, los Generales Paz, Yriarte, y el Cnel. Cáceres, emite el siguiente juicio: (Véase Capítulo Oriental, folleto N.o 9 - Historia de la Literatura Uruguaya).

“ Cáceres tenía una pluma suelta y amena, al servicio de “ su visión severa, pero más cálida que la de Paz y más “ justa, y menos enconada, que la de Iriarte. Su testimonio “ que va desde la Patria vieja hasta la década del cincuen- “ ta lo hace uno de nuestros mejores memorialistas y “ el más interesante de índole militar. Sus páginas están “ esperando la actualización que las convierta en una de “ las lecturas predilectas de todo curioso de nuestro “ pasado.”

Por su lado el historiador Fernández Saldaña, en su Diccionario Uruguayo de Biografías, dice: “Fue Ramón de Cáceres ciudadano capacitado y de instrucción superior a muchísimos de sus contemporáneos”.

Su constante batallar y al abundante enumeración de hechos positivos en la forja de nuestra libertad, patentiza su acendrado amor a la patria que defendió, sin desmayos, con el ardor y la pujanza que imprimió en todos sus actos. Podríamos decir que fue firme y apasionado en la lucha, leal y consecuente con amigos y allegados, su figura, con tantos valiosos relieves, puede considerarse como una de las más salientes en las gestas de nuestra emancipación.

Consideramos interesante recoger la opinión de la Sra. de Castellanos en otro de sus certeros juicios críticos sobre Ramón de Cáceres, publicado en la Revista Histórica de julio de 1959.

“ Por encima de sus errores, compensando todas sus li- “ mitaciones y sus flaquezas, se destaca su sincera y per- “ sistente voluntad de servir a la Patria. Este ideal orien- “ ta todos los actos de su vida y fue sostenido con valor “ y desprendimiento. Despreció los halagos materiales, ex- “ puso su fortuna y perdió sus propiedades. No rehuyó el “ trabajo y murió pobre. Al final de su carrera hizo la “ siguiente confesión que creemos muy sincera: “No deseo “ otra cosa sino ser juzgado con imparcialidad. Habré co- “ metido errores inherentes a la especie humana, pero unas “ veces he sido arrastrado por mil circunstancias y otras “ con la mejor intención creyendo, de buena fe, que hacía “ un bien a la patria. Era joven, lleno de entusiasmo, ja- “ más he doblegado mi cerviz al caudillaje: no he pertene- “ cido a círculos ni a personas, por eso muero pobre”.

Cuando cargado de gloria trueca las armas guerreras por las herramientas de trabajo, como simple panadero, ya en el ocaso de su vida, embargado por la angustia de la frustración, no abandona la acción pública y saca nuevas energías de su organismo transido para estampar sus MEMORIAS POSTUMAS, valioso documento histórico, obra escrita con lenguaje sencillo pero con un contenido totalmente objetivo, que concitó el elogio y la admiración de los estudiosos de nuestra historia patria, como lo consignan las transcripciones que aparecen en este estudio y las que utilizan todos los historiadores cuando se refieren a Artigas.

El historiador Fernández Saldaña en su Diccionario Uruguayo de Biografías (Pág. 266) dice: "Las Memorias de Ramón de Cáceres, están bordadas, en sus líneas principales, sobre una caneva de verdad, según se comprueba merced al cotejo documental".

De la carta dirigida a su gran amigo Andrés Lamas, en fecha 9 de noviembre de 1860, extractamos los siguientes párrafos que evidencian una sinceridad conmovedora:

"El deseo de conservar la estimación de Ud. y otras personas me ha obligado a escribir estas MEMORIAS. No deseo otra cosa que ser juzgado con imparcialidad. Si, como creo, se consideran algunos rasgos de virtud, de abnegación y de patriotismo en mi vida pública, yo pido para ellos, a mis amigos, en consideración a mi familia. Es tan verdadero mi relato como la confesión de un católico a los pies de un sacerdote."

Tal declaración, que surge de su alma estrujada por desengaños y traiciones, bastaría para constituir el plinto consagratorio en los anales de nuestra patria.

Cuando se dirige a Mitre, quien recopila datos para su obra sobre Artigas y Belgrano, tiene expresiones que merecen su transcripción y que extractamos de su carta fechada en Diciembre 16 de 1865: (Archivo Histórico Nacional).

"He trabajado algo para ayudar a nuestro amigo, don Andrés Lamas, en sus trabajos historiográficos, y sus cartas manifiestan que estima en mucho mi cooperación. Efectivamente, es lo único en que puedo servir, hoy, a mis conciudadanos, pues **solamente existo como una momia ambulante cercado de miserias y privaciones, después que consagré toda mi vida al servicio de la Patria.** (El subrayado es nuestro).

Resaltan sus méritos el hecho de que Andrés Lamas y Bartolomé Mitre expresen que sus trabajos históricos sobre la vida de Artigas fueron tomados, en gran parte, de las MEMORIAS a que nos hemos referido, escritas en el vértice de su serena vejez.

Entendemos pues que, al abordarse con mayor amplitud el estudio de tan destacada personalidad, en sus aspectos de guerrero, político e historiador, debería brindársele merecida justicia a la ilustración, valor y patriotismo que supo evidenciar, dejando huellas imperecederas en la maraña de todos los acontecimientos de la época.

Señalamos con clamor de angustia, que la Nación mantiene una deuda a saldarse ante los valores de tan preclaro ciudadano, no existiendo relación entre su brillante acervo histórico y el reconocimiento público, lo que involucra una flagrante responsabilidad.

Es necesario ahondar en la trayectoria que desarrolla en los 32 años de guerrero para aquilatar la dimensión que tuvo su aportación.

te en la búsqueda de nuestra independencia. El reconocimiento de sus altos valores aun espera el fallo de la historia y de la gratitud nacional para consagrarlo como uno de los más encumbrados patriotas de la Independencia Oriental, y sus hazañas merecen ser plasmadas en el mármol. (13)

Un rasgo singular de la vida de este hombre tan lleno de facetas interesantes, se relaciona con su intervención en los primeros pasos de un joven pintor, a quien ayudó con su estímulo, lo que le permitió llegar a constituir una auténtica gloria nacional.

Intuimos que algunas de sus más famosas obras pictóricas pueden ser el reflejo de las narraciones sobre los encuentros guerreiros en que le tocó participar a su benefactor.

Este joven, que trabajaba como empleado del Cnel. Cáceres, ocupaba una habitación ubicada en la azotea, típico mirador de nuestras primeras construcciones, y que correspondía al edificio donde se desarrollaba la elaboración de los productos de la panadería El Reytú, a que hicimos referencia anteriormente. En una oportunidad en que su patrón subió, de improviso, a dicha habitación, observó que las paredes blanqueadas estaban casi totalmente cubiertas con figuras trazadas con un simple trozo de madera carbonizada, representando escenas que su autor divisaba desde una pequeña ventana que daba hacia el lado del mar.

Desde luego que allí aparecían, principalmente, esbozos sobre temas relacionados con las embarcaciones que surcaban la Bahía, así como las subyacentes costas que la bordeaban, con el fondo pintoresco del suave relieve del Cerro y su fortaleza erizada de cañones.

Según el relator de esta anécdota, cuando el empleado fue solicitado a comparecer ante el patrón, a fin de explicar el extraño decorado, temeroso de recibir una reprimenda o, incluso, ser despedido, no levantaba los ojos del suelo; empero su ánimo se reavivó al recibir, con gran sorpresa, el encendido elogio del Coronel por la perfección que demostraban aquellos diseños salidos de una mano inexperta.

Fue tan favorable la impresión que recibiera su superior, que le prometió prestarle todo su apoyo para que pudiera desarrollar su evidente vocación artística. En cumplimiento de su promesa lo presentó a los más destacados maestros con que contaba Montevideo, Juan Cabal y Pedro Vidal, abriéndole, así, el camino de la fama que alcanzó, más tarde, el improvisado dibujante.

El joven artista de nuestro relato, era, nada menos, que Juan Manuel Blanes, uno de los más altos valores que, en el arte pictórico, ha dado esta tierra uruguaya.

---

(13) Una corta calle del Prado que lleva el nombre al Constituyente, padre del Coronel.

En prueba de su agradecimiento regaló a su protector algunas de sus famosas obras, entre las que se contaban un desnudo de mujer, que adornaba la sala de la esposa del Coronel pero que, para no ofender las castas miradas de las jóvenes que asistían a sus tertulias hogareñas, ella cubría con una cortina.

¡Oh tiempos de sana e ingenua moral!

Como es de suponer, también pintó un retrato de Cáceres luciendo los ornamentos dorados de su vistoso uniforme de gala; que daban realce y majestad a los militares de alta jerarquía.

Estos cuadros que, lamentablemente, no han podido ser localizados, se presume estén en Entre Ríos, donde Cáceres y la familia Loza, a que pertenecía su esposa, estaban vinculados. Correspondería a nuestras autoridades rescatar esas obras para el acervo histórico nacional.

Cáceres no descuidó su apoyo a Blanes durante el difícil período de su formación artística, dando muestra de su generosidad y del aliento espiritual que prodigó el afamado pintor. En una de las cartas que conforman la profusa correspondencia epistolar mantenida con Andrés Lamas, su entrañable amigo (Archivo y Museo Histórico. Caja N.o 92) le recomienda al artista en estos términos: "Solo desea tener trabajo para hacerse conocer, por eso confío que, oportunamente, hará Ud. valer su influencia, entre sus numerosas relaciones, para que este joven pueda conseguir su noble fin".

En otra carta anterior fechada el 14 de Mayo de 1864, encontramos este interesante párrafo: "acaba de concluir un cuadro "La Mujer Adúltera", que le ha merecido el título para la Academia, y solo siente exhibirlo en Río de Janeiro antes de mostrarlo a sus conciudadanos".

Según informes que hemos recogido en el ambiente familiar, Cáceres recomendó, al ya consagrado pintor, a su amigo particular, el Gral. Justo José de Urquiza, con quien se había vinculado en las luchas contra el tirano Rosas.

Esta recomendación fue muy bien atendida, y el Gral. resolvió confiarle la decoración de la sumtuosa residencia de su propiedad ubicada en Concepción del Uruguay, Palacio San José, que actualmente se mantiene como monumento nacional. Allí pintó sobre temas relacionados con las batallas en que intervino tan ilustre militar y algunos cuadros religiosos que adornan la capilla del sumuoso palacete.

Este relato demuestra, cabalmente, que Cáceres supo sentir, o mejor presentir, al artista a través de los primeros e inseguros trazos de la mano genial de Blanes. Y que bajo aquella estampa recia que parecía conformada solo para la lucha armada, se cobijaba un corazón generoso y un espíritu sensible, capaz de vibrar ante las sublimes manifestaciones del arte.

#### Datos biográficos sobre Ramón de Cáceres (Padre)

- Alguacil Mayor Perpetuo del Cabildo de Montevideo (año 1772).
- Diputado ante el Congreso del Año XIII, de donde surgieron las célebres Instrucciones. Su imagen aparece en el histórico

cuadro de Blanes Viale sobre el 2.º Congreso de Abril de 1813. Este cuadro se encuentra en nuestro Palacio Legislativo.

- Presidió la Comisión designada por este Congreso para formular las bases sobre las cuales la Banda Oriental reconocería a la Asamblea Constituyente instalada en Buenos Aires.
- Fue diputado en la importante Asamblea de la Capilla de Maciel, en representación, junto con Manuel Francisco Artigas, del pueblo armado del Uruguay.
- Fue Cabildante, en cuyo cargo firmó el acta de la colocación de la Piedra fundamental de la Iglesia Matriz. Conjuntamente con Juan Ellauri, Joaquín Chopitea, Juan F. García de Zúñiga, Agustín Ordeñana, Juan Yespe, José Silva y Bernardo Latorre.
- Fue Comandante del 2.º Batallón de Milicias de Caballería, que se destacó en la defensa frente a las Invaciones Inglesas.
- Su nombre aparece en la lápida de mármol del gran hall de entrada del Hospital Maciel, que recuerda a sus fundadores, miembros notables de la Hermandad de Caridad. Esta hermosa obra es del escultor italiano José Livi, autor de la estatua de la Libertad, levantada en la Plaza Cagancha de Montevideo.

#### Cargos desempeñados por Ramón de Cáceres (Hijo)

- 1814: Teniente 2.º en el Regimiento de Milicias Orientales al mando del Cnel. Manuel Fco. Artigas.
- 1816: Ayudante de Santiago Píriz en la Batalla de India Muerta.
- Ayudante Mayor del Cuerpo de Blandengues en el Ejército destacado para custodiar las Costas del Río Uruguay.
- 1816-1819: En las fuerzas de Artigas como Ayudante Mayor del Regimiento de Blandengues, actuando en la acción de Guirapítán, así como en las de Belamino, de Tacuarembó, y en todos los ataques parciales y escaramuzas llevadas contra los portugueses y brasileños, en esos años de actividad bélica.
- 1825: Actuó en la Batalla de Sarandí junto a Lavalleja, donde tuvo una destacada participación.
- 1826: Sargento Mayor del Regimiento de Caballería N.º 9, a las órdenes del Gral. Alvear en la Batalla de Ituzaingó.
- 1836: Se batió bajo las órdenes del Gral. Oribe en la acción del 17 de julio, siendo condecorado con medalla de oro. Más tarde fue designado Secretario General de la campaña emprendida por dicho ejército, encontrándose en las Batallas de Yucutujá y del Yí, así como en la del Palmar, en la que desempeñó el cargo de Jefe del Estado Mayor de Ejército.
- 1837: Fue graduado Coronel, formando bajo las órdenes del General Ignacio Oribe.
- Fue Edecán del Gral. Eugenio Garzón en la Campaña del Ejército Libertador.
- Actuó al mando de 2 escuadrones en la Batalla de Monte Caseros con el Gral. César Díaz.
- 1842 al 1844: Actuó en la Plaza sitiada de Montevideo.
- Hasta el año 1846 sirvió en el Ejército y en el denominado Aliado Pacificador.

—1865: Se reincorpora a la actividad militar, designándosele en la Comisión de Despachos Militares, en la que actuó como Presidente. Dicha Comisión era integrada por militares de la categoría de Pedro Delgado y Melilla, Juan Arenas y Felipe Fraga.

### **A manera de epílogo**

La presente biografía es, obviamente, un trabajo inconcluso. En el relato se ha marcado, tan solo, los hechos más destacados de la actuación de un militar que prodigó sus mejores años a la defensa de nuestra nacionalidad.

El autor no presume de ser historiador ni mucho menos de escritor. Formado en las disciplinas de las ciencias no podía brotar de su pluma sino una obra de carácter narrativo, con trazos que conforman un panorama veraz de la época en que tuvieron vigencia.

En homenaje al militar patriota y figura relevante en la etapa de nuestra emancipación, se impone enfocar con más amplitud y con más profundidad la actuación de este personaje que compila méritos y virtudes suficientes como para ocupar un elevado sitio junto a los grandes valores que protagonizaron la epopeya de nuestra independencia que, como expresaba Rodó “representan el heroico abolengo de la Patria”.

En un estudio más completo quedaría evidenciada la grandeza de su patriotismo en que se conjugan los valores que ardieron en la fragua de los hombres que nos dieron Patria y Libertad. Y por añadidura, y para coincidencia, se ensamblan en nuestro héroe su alto espíritu militar con los atributos de gran polemista, cuya pluma fue tan afilada como su espada.

Para ejemplo de nuevas generaciones corresponde, como un imperativo, desarrollar nuestro glorioso acervo histórico, enalteciendo a sus principales protagonistas, que nos legaron una herencia plena de sacrificios.

Corresponde retemplar las conciencias de nuestra ciudadanía, rindiendo el merecido homenaje a los héroes que se dieron plenamente para lograr nuestra libertad.

### **Sobre el Coronel Dr. Juan Bautista Brie**

La actuación del Cnel. Juan Bautista Brie la presentamos, en esta apretada síntesis, como complemento ilustrativo de las luchas guerreras que siguieron a nuestra independencia.

Su venida al Uruguay está ligada a la caída del régimen napoleónico en el que tuvo actuación durante su juventud.

Perteneciente a una familia enraizada en la nobleza de su país de origen y de sólida fortuna, organizó una empresa naviera en cuyos barcos fueron transportados importantes contingentes de la inmigración vasco-francesa hacia estos países del Río de la Plata.

Su arraigo a nuestro país, donde constituyó su familia, lo impulsó a participar en las vicisitudes de la Guerra Grande, y su sacrificio llegó hasta solventar, con su propio peculio, el batallón bajo su comando, perdiendo casi toda su fortuna.

Enviado a Paysandú al frente del famoso Batallón de Cazadores Vascos, con el ejército del Gral. Rivera, toma parte en el asalto de aquella fortificada plaza, sufriendo en la acción, la fractura de una pierna, a pesar de lo cual no dejó de comandar su regimiento en todo el curso de la batalla. Allí muere su hermano Hipólito, decapitado por una bala de cañón.

En el año 1858 toma parte en la hecatombe de Quinteros, en la que a consecuencia de una caída de caballo, sufre una complicación en su herida de la pierna. Al ser transportado en una carreta fue alcanzado por una partida enemiga al mando de un teniente de la División de Dionisio Coronel, siendo lanceado y decapitado el 10 de enero de 1858.

Así terminó la vida sacrificada del militar galeno que, en su quinta de Peñarol, donde estaba radicado con su familia, prodigaba su ciencia a los pobres, en forma gratuita, cumpliendo con el juramento de Hipócrates prestado en la Facultad de Montpellier al recibir su diploma profesional.

Aunque sus restos debieron descansar, por resolución gubernativa, en el suntuoso mausoleo del Cementerio Central, en memoria de los Mártires de Quinteros, sus familiares lo depositaron en el nicho 342 del mismo Cementerio.

---

NOTA: La información histórica consignada en este compendio, ha sido tomada, en su mayor parte, de las MEMORIAS POSTUMAS del biografiado, que se encuentran en el Archivo General de la Nación.

La inclusión de los datos biográficos sobre Ramón de Cáceres (padre) se debe al propósito de esclarecer la confusión que se ha hecho, en algunos estudios históricos, con el hijo del mismo nombre, de quien nos ocupamos en este trabajo.

**PERSONAS, TEMAS Y SUCESOS  
URUGUAYOS EN REVISTAS  
ECUATORIANAS**

por Dr. JUAN VILLEGAS S. J.



## **PERSONAS, TEMAS Y SUCESOS URUGUAYOS EN REVISTAS ECUATORIANAS**

Ensayo Bibliográfico.

Dr. JUAN VILLEGAS S. J.

En marzo de 1973 finalizó esta búsqueda. En bibliotecas de Quito. Las revistas que se toman en cuenta para este Ensayo son las siguientes:

A	América
AUC	Anales de la Universidad Central.
BANH	Boletín de la Academia Nacional de Historia.
BSEEEHA	(Hasta 1920: Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos).
BE	Boletín Eclesiástico.
FLE	Filosofía, Letras y Educación.
MH	Museo Histórico.
RE	Revista Ecuatoriana.
NA	Revista del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
NC	Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo Cañar.
NCH	Revista del Núcleo del Chimborazo, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
NG	Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo de Guayas. Revista.
NI	Revista del Núcleo de Imbabura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

¿Están presentes personas y motivos uruguayos en estas revistas? ¿Quiénes y cuáles? Estas preguntas se irán respondiendo al hojear las colecciones de las revistas mencionadas.

No todas ellas poseen una estructura uniforme. Hay revistas que ofrecen secciones especiales. Por eso pareció oportuno especificar el carácter de la cita: artículo, poesía, recensión, etc.

A veces, las revistas fueron cambiando, a lo largo de su trayectoria, la manera de presentar sus entregas: año, número, volumen, etc. Las referencias en este Ensayo permanecen fieles a la nomenclatura utilizada por el fascículo a citar.

La búsqueda fue prolífica. Se observa que las colecciones en 1973 no han alcanzado, todavía y en algunos casos, puntualidad. Las revistas de los Núcleos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana son difíciles de encontrar en colecciones completas en las bibliotecas públicas quiteñas.

La bibliografía se presentará por revista. Las revistas se ordenan alfabéticamente. A cada revista se le asigna una sigla. A cada ficha bibliográfica le corresponderá un número. Con la ayuda de esa sigla y de este número se confeccionará el registro de personas citadas en este Ensayo.

## A. AMERICA.

La revista AMERICA comenzó a publicarse en agosto de 1925. Con el subtítulo: "Revista mensual ilustrada de Literatura, Arte y Ciencias". El 13 de abril de 1931 se fundó el grupo América, que adoptó esta revista como su órgano de expresión. Desde el número 25, (año III, nov. 1927), la revista se llamó: "AMERICA. Revista de Cultura Hispanoamericana". A partir del tomo V, cambió de formato (abril de 1930, n. 40) y comenzó a aparecer con el subtítulo "Revista de Cultura Indohispánica". En las listas de representantes del grupo América aparece por primera vez en 1935 un uruguayo (volumen X, año IX, n. 59). Se trata de Arturo Scarone. Desde 1938 el grupo América cuenta con dos socios correspondentes en Montevideo: Arturo Scarone y Francisco Curt Lange (año XIII, vol. XII, n. 66-67). Ambos figuran en la última lista de representantes extranjeros publicada por la revista en 1943, (año XVIII, n. 75-76). El subtítulo "Revista de Cultura Hispánica" desapareció a partir del n. 58 (número homenaje a San Francisco de Quito, vol. IX, 1934).

En enero-junio de 1951, año XXVI, apareció el número 101 de la revista. En él Antonio Montalvo publicó el "Registro Bibliográfico de la Revista AMERICA"; 1925-1950, números 1 a 100.

El último número conocido, 110, del año XXXVII, abril de 1971, corresponde a la edición conmemorativa del XL aniversario de la Fundación del grupo América.

### A.1 Izcua de Muñoz, María del Carmen:

Oración de la joven madre  
AMERICA, año I, 1925, n 1, p 34  
(poesía)

### A.2 Izcua de Muñoz, María del Carmen:

(Sobre "Frutal", libro de poesía)  
AMERICA, año I, 1925, n 3-4, p 133-134  
(comentario)

### A.3 Figueira, Gastón:

Momento - Incertidumbre - Miraje - Todo Huye - Hermanaz  
Soledad - La Oración del incienso - ¡Oh, Belleza!...  
(poesías del libro "Omne est Nihil")  
AMERICA, año I, 1926, n 5, p 142-145  
(poesías)

### A.4 Figueira, Gastón:

Poemas. I Claridad II Omar Khayyam  
III Invocación IV Extasis.  
AMERICA, año I, 1926, n 8-10, p 262  
(poemas)

### A.5 Figueira, Gastón:

En el Templo de la Noche  
AMERICA, año II, 1926, n 13, p 43  
(comentario bibliográfico)

### A.6 Figueira, Gastón:

Huyendo del Hastío  
AMERICA, año II, 1926, n 13, p 44  
(comentario bibliográfico)

A.7 **Figueira, Gastón:**  
El Abismo luminoso  
AMERICA, año II, 1926, n 14, p 66  
(poesía)

A.8 **Figueira, Gastón:**  
Claridades - Canción hebrea - Lo Eterno  
AMERICA, año III, 1927, n 23-24, p 32-33  
(poesías)

A.9 **Luisi, Luisa:**  
Estío  
AMERICA, año III, 1927, n 23-24, p 36  
(poesía)

A.10 **Carduz Viera, José:**  
Mujer - Estrellas - Ilusiones - Quimeras de Poeta  
A un Niño - Renuncia  
AMERICA, año III, 1927-1928, n 26-27, p 124-125  
(poesías)

A.11 **Figueira, Gastón:**  
¡Oh, fervor infinito!... - El Poema  
AMERICA, año III, 1928, n 28, p 161  
(poesía)

A.12 **Ibarbourou, Juana de:**  
Corazón dolorido de Sueños  
AMERICA, año III, 1928, n 28, p 168  
(poesía)

A.13 **Carduz Viera, José:**  
Sin dejar una sombra... - Rimas de primavera  
AMERICA, año III, 1928, n 29-30, p 244  
(poesías)

A.14 **Figueira, Gastón:**  
De la Tierra de América  
AMERICA, año III, 1928, n 29-30, p 248  
(poesía)

A.15 **Figueira, Gastón:**  
El Milagro  
AMERICA, año III, 1928, n 31, p 293  
(poesía)

A.16 **Ibarbourou, Juana de:**  
La Deuda  
AMERICA, año III, 1928, n 31, p 305-307  
(cuento)

A.17 **Frugoni, Emilio:**  
Epopeya de la ciudad  
AMERICA, año III, 1928, n 31, p 323-324  
(recensión)

A.18 **L. de Sáenz, María Teresa:**  
Pitangas y Sina Sina  
AMERICA, año III, n 31, p 323-324  
(recensión)

A.19 **Andrade Coelho, Alejandro:**  
Una poetiza uruguaya  
AMERICA, año IV, 1928, n 32-33, p 29  
(comentario sobre Luisa Luisi)

A.20 **Bollo, Sarah:**  
El Arbol  
AMERICA, año IV, 1928, n 34-35, p. 96  
(élogas)

A.21 **Lottero, Rómulo Nano:**  
(La extimación extranjera). Montevideo, noviembre de 1928.  
AMERICA, año IV, 1928, n 34-35, p 101  
(carta sobre la revista AMERICA)

A.22 **Casas Araújo, Julio:**  
Elogios de la Primera Estrella  
AMERICA, año IV, 1929, n 36, p 153-154  
(recensión)

A.23 **Andrade Coelho, Alejandro:**  
El Poeta del Periodismo  
AMERICA, año IV, 1929, n 37, p 192  
(comentario sobre Mario Castellanos)

A.24 **Figueira, Gastón:**  
La Leyenda del Girasol  
AMERICA, año IV, 1929, n 38-39, p 225  
(prosa)

A.25 **Figueira, Gastón:**  
Algunas de mis Ideas sobre Estética  
AMERICA, año V, 1930, n 41, p 105-110  
(artículo)

A.26 **Diez de Medina, Fernando:**  
Los altos valores líricos del Uruguay. Carlos Sabat Ercasty y  
"Los Adioses" 1929  
AMERICA, año V, 1930, n 41, p 114-117  
(comentario)

A.27 **Sabat Ercasty, Carlos:**  
"El viento". Canto primero del "Libro de la Afirmación"  
AMERICA, año V, 1930, n 41, p 118-126  
(poesía)

A.28 **Silva Valdés, Fernán:**  
Canto a los nuevos Poetas de América  
AMERICA, año V, 1930, n 42, p 152-154  
(poesía)

**A.29 Rodó, José Enrique:**

Montalvo  
AMERICA, año VI, 1931, n 43, p 16-60  
(ensayo)

**A.30 Ibarbourou, Juana de:**

La Rosa de los Vientos  
AMERICA, año VI, 1931, n 43, p 78-81  
(recensión)

**A.31 Sabat Ercasty, Carlos:**

Libro del Corazón  
AMERICA, año VI, 1931, n 44, p 115-117  
(poesía)

**A.32 Scarone, Arturo:**

Bibliografía de José Enrique Rodó  
AMERICA, año VI, 1931, n 44, p 198-199  
(recensión)

**A.33 Silva Valdés, Fernán:**

El indio - A un Río - El Nido  
AMERICA, año VI, 1931, n 47, p 391-393  
(poesías de "Agua del Tiempo", quinta edición)

**A.34 González Barbé, T. M.:**

Campo Verde  
AMERICA, año VI, 1931, n 47, p 453-454  
(recensión)

**A.35 Saralegui, Juvenal:**

Línea del Alba  
AMERICA, año VII, 1932, n 50, p 526-527  
(recensión)

**A.36 Figueira, Gastón:**

Río de Janeiro, ciudad de Hechicería  
AMERICA, año VII, 1932, n 50, p 534-537  
(recensión)

**A.37 (Scarone, Arturo)**

Representante de "América" en la República del Uruguay  
AMERICA, año IX, 1935, n 59, p 132  
(notas marginales)

**A.38 Carrera Andrade, Jorge:**

Poetas franceses de hoy. Traducción y notas de Jorge Carrera Andrade. "Una Estrella dispara el Arco" (de Jules Supervielle). "La Mansión cercada" (de Jules Supervielle).  
AMERICA, año XIII, vol XII, 1938, n 66-67, p 224-227  
(poesías)

**A.39 Recepción a nuevos socios del Grupo**

AMERICA, año XIII, vol XII, 1938, n 66-67, p 263  
(notas editoriales. Menciona a Carlos Sabat Ercasty)

A.40 **Sabat Ercasty, Carlos:**  
Sinfonía del Río Uruguay  
AMÉRICA, año XV, 1940, n 69, p 256-257  
(recensión)

A.41 **Genta, Edgardo Ubaldo:**  
La epopeya de América - Poema dramático continental  
AMÉRICA, año XVII, 1942, n 72, p 129-130  
(recensión)

A.42 **Píriz Coelho, Ramón:**  
Breve estudio de la Literatura uruguaya (sobre tres conferencias que acerca del tema dictó el Ministro del Uruguay Dr. Ramón Píriz Coelho en la Universidad Central)  
AMÉRICA, año XIX, 1943-1944, n 78, p 113  
(crónica)

A.43 **Socios correspondientes**  
(De Brasil y el Dr. Ramón Píriz Coelho del Uruguay)  
AMÉRICA, año XIX, 1943-1944, n 78, p 114-116  
(crónica)

A.44 **Socios representantes del Grupo América**  
(Edgardo Ubaldo Genta, Presidente del Grupo América del Uruguay)  
AMÉRICA, año XIX, 1943-1944, n 78, p 122  
(crónica)

A.45 **Genta, Edgardo Ubaldo:**  
Los Andes  
AMÉRICA, año XIX, 1944, n 79-80, p 248  
(poesía)

A.46 **Ibarbourou, Juana de:**  
Tiempo  
AMÉRICA, año XXV, 1949-1950, n 93-100, p 76  
(poesía)

A.47 **Russell, Dora Isella:**  
Memoria  
AMÉRICA, año XXV, 1949-1950, n 93-100, p 77-79  
(poesía)

A.48 **Russell, Dora Isella:**  
Aquél diez de agosto. Sobre Juana de Ibarbourou  
AMÉRICA, año XXV, 1949-1950, n 93-100, p 80-84  
(prosa)

A.49 (El Ministro del Uruguay, Julio Lacarte Muró, donó libros uruguayos para la biblioteca del Grupo América y recibió libros ecuatorianos para instituciones culturales uruguayas)  
AMÉRICA, año XXVII, 1951-1952, n 102-103, p 123-124  
(crónica)

## AUC. ANALES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR.

"El año de 1883 la Junta de Gobierno de la Universidad resolvió la publicación de los "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO", "periódico oficial de la Universidad destinado al fomento de la Instrucción Pública y al cultivo de las Ciencias y Letras en el Ecuador".

En el mes de marzo de ese año apareció el número I de la revista "Su publicación mensual fue regular hasta agosto del mismo año, suspendiéndose, en el Número VI, por la falta de imprenta, hasta el mes de junio de 1888 en que volvió a publicarse, a partir del Número VII" (citado del "Indice General de los Anales de la Universidad Central").

El Indice General publicado por la revista abarca del número I (marzo de 1883) hasta el 290 inclusive (oct-dic 1934). Comprende las páginas 517-623 del tomo LIII, n 290.

Más tarde, el tomo LXVI, oct-dic 1940, n 310 continuó el Indice General (p 845-859). Este complemento se extiende desde el número 291 (enero-marzo 1934) hasta el número 310 (oct-dic 1940), correspondientes a los tomos LIV y LXIV respectivamente. El último número consultado fue el 352, aparecido en mayo de 1969, tomo XCVII.

### AUC.50 Fosalba, Rafael:

Sociología Americana, aspectos concretos  
ANALES, tomo XXXIV, 1925, n 252, p 11-52  
(artículo)

El Embajador del Uruguay en la Universidad Central. Saludo al Excmo. Sr. Fosalba. Elogio del Excmo. Sr. Fosalba  
ANALES, idem, p 1-10

### AUC.51 Ibarbourou, Juana de:

Autobiografía lírica  
ANALES, Cuadernos de Arte y Poesía, n 7, tomo LXXXVII, 1958, n 342, p 393-408  
(artículo)

### AUC.52 Contreras Pazo, F.:

Amor humano y amor divino en el verso de Juana de Ibarbourou. Especial homenaje del autor a los "Cuadernos de Arte y Poesía".  
ANALES, Cuadernos de Arte y Poesía, n 9, tomo LXXXIX, n 344, p 305-321  
(artículo)

### AUC.53 Carvalho Neto, Paulo de:

Antología del negro paraguayo. Primera serie.  
ANALES, tomo XCI, 1962, n 346, p 37-66  
(artículo)

AUC.54 Visita de universitarios uruguayos. (Se da cuenta de que el 10 de enero de 1962 la Universidad Central recibió un grupo de profesores y agresados de la Facultad de Derecho de la Universidad uruguaya. La delegación estuvo presidida por el profesor Dr. Alfredo Lamaison. Dictaron conferencias).

ANALES, tomo XCI, 1962, n 346, p 446  
(crónica)

### AUC.55 Carvalho Neto, Paulo de:

Investigaciones sociológicas afro-uruguayas (1956-1957)  
ANALES, tomo XCII, 1963, n 347, p 35-79

AUC.56 Carvalho Neto, Paulo de:

Guía de folklore comparado. Cuarenta y cuatro hechos folklóricos comparados  
ANALES, tomo XCIV, 1965, n 349, p 151-182

AUC.57 1967, 2 de setiembre. Dr. Jaime Viteri Silva, Subdecano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, viajó a Montevideo a hacer cursos superiores de especialización por dos años

ANALES, Tomo XCVI, 1968, n 351, p 522  
(crónica universitaria)

AUC.58 Faget, Rolando:

La Cultura Ecuatoriana  
(Tomado de REPORTAJES, Montevideo)  
ANALES, tomo XCVII, 1969, n 352, p 358-359  
(información)

#### BANH. BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.

**BSEEHA.** Este Boletín es continuación del BOLETIN DE LA SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS HISTORICOS AMERICANOS, que comenzó a publicarse en Quito, en junio de 1918. La denominación primitiva desapareció con el número 12, publicado en los meses de mayo-junio de 1920.

Sus tres primeros números corresponden al año I. A partir de entonces se utilizó la denominación de "volumen" (desde enero de 1919).

El BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA apareció en julio-octubre de 1920, con el número 1 correspondiente al volumen I. El último número tenido en cuenta para esta bibliografía corresponde a los meses de enero-junio 1972, volumen LV, número 119. Este Boletín es el órgano de la Academia Nacional de la Historia. En el año 1950 se publicó el índice de los dos años correspondientes al antiguo BOLETIN DE LA SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS HISTORICOS AMERICANOS y al período comprendido entre los años 1920 y 1949 del BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, (80 páginas).

BSEEHA.59 Revista del Archivo General Administrativo o Colección de Documentos para servir al estudio de la Historia de la República Oriental del Uruguay. Patrocinada por el Gobierno y dirigida por el Director del Archivo Angel G. Costa. Volumen séptimo (anexo al volumen cuarto). Montevideo, 1918  
BOLETIN DE LA SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS HISTORICOS AMERICANOS, año I, 1918, n 3, p 388-389  
(recensión)

BSEEHA.60 Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Memoria correspondiente al período 1917-1918. Montevideo, 1918  
BOLETIN DE LA SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS HISTORICOS AMERICANOS, año I, 1918, n 3, p 391-392  
(recensión)

BSEEHA.61 Revista del Archivo General Administrativo o Colección de Documentos para servir al estudio de la Historia de la República Oriental del Uruguay, patrocinada por el Gobierno y dirigida por el Director del Archivo Angel G. Costa. Volumen noveno. Montevideo, 1919  
BOLETIN DE LA SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS HISTORICOS AMERICANOS, vol IV, 1920, n 10, p 176  
(recensión)

BANH.62 **Manacorda, Telmo:**  
República Oriental del Uruguay. Archivo y Museo Histórico Nacional. Montevideo 1922  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol IV, 1922, n 10-11, p 411  
(documentos y comunicaciones de la Academia)

BANH.63 **Barbagelata, H. D.:**  
Para la Historia de América. París. Boletín de la Academia Nacional de Historia.  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol V, 1922, n 12-14, p 389-390  
(recensión)

BANH.64 **Zum Felde, Alberto:**  
Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura. Tres tomos. Montevideo, 1930  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XI, 1930, n 30-32, p 283-285  
(recensión)

BANH.65 **Scarone, Arturo:**  
Bibliografía de Rodó. Montevideo, 1930  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XI, 1930, n 30-32, p 285-286  
(recensión)

BANH.66 **Barrera, Issac J.:**  
Conmemoraciones históricas  
(I. Francisco Miranda. El Gran Americano; II) José de San Martín, el libertador del Sur; III. Artigas, fundador de pueblos)  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXX, 1950, n 76, p 225-232  
(artículo)

BANH.67 **Páez Formoso, Miguel A.:**  
El drama campesino. Síntesis del pasado histórico del Uruguay. Mi visión del recuerdo (Capítulo I)  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXI, 1951, n 77, p 87-107  
(artículo)

BANH.68 **Belinzón, Lorenzo:**  
La revolución emancipadora uruguaya. Montevideo.  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXI, 1951, n 77, p 147-148  
(recensión)

BANH.69 **V. A. Lacarte al Presidente de la Academia, Issac J. Barrera (Legación del Uruguay. Quito, 9 de noviembre de 1951) y contestación del Director.**  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXI, 1951, n 78, p 294-295  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.70 Issac J. Barrera - Ariosto D. González Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXII, 1952, n 80, p 295-297  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.71 Gral. Edgardo Ubaldo Genta y Arturo Scarone, presidente y secretario del Instituto Cultural Uruguayo-Ecuatoriano al presidente de la Academia de Historia. Montevideo, agosto de 1953.  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXIII, 1953, n 82, p 301-302  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.72 El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay al Presidente de la Academia de la Historia, Issac J. Barrera  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXIV, 1954, n 83, p 147  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.73 Fructuoso Pittaluga y Carlos M. Rama, presidente y secretario de la Comisión Nacional de Historia al presidente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Montevideo, agosto de 1956  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XXXVII, 1957, n 89, p 125-126  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.74 Joaquín Villamil Muñoz, Mayor del Ejército del Uruguay al Presidente de la Academia Nacional de Historia. Montevideo, 25 de noviembre de 1963  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XLVI, 1964, n 103, p 130  
(comunicaciones oficiales de la Academia)

BANH.75 **González, Ariosto:**  
El Directorio de Alcedo. La Nación. Julio de 1965. Buenos Aires  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol XLIX, 1966, n 107, p 135-136  
(recensión)

BANH.76 **Villacrés Moscoso, Dr. Jorge W.:**  
El rol del Ecuador en el ofrecimiento de la mediación de la cuádruple alianza en la guerra entre el Paraguay y la Triple Alianza. Importante actuación del Excmo. Sr. Doctor Gabriel García Moreno, Ministro Plenipotenciario del Ecuador, en Chile  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, vol LI, 1968, n 112, p 200-208  
(artículo)

#### BE. BOLETIN ECLESIASTICO

Año 1893. Vio la luz una publicación mensual titulada: BOLETIN ECLESIASTICO DE LA PROVINCIA ECUATORIANA. La revista fue cambiando sucesivamente de carácter. En enero de 1922 comenzó su quinta serie que se llamó: BOLETIN ECLESIASTICO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO (año XXIX, n 1-2). La revista restringió su alcance. De órgano de la Iglesia católica ecuatoriana pasó a representar a la Iglesia quiteña. Actualmente sigue saliendo como órgano informativo de la arquidiócesis de Quito u órgano oficial de la arquidiócesis de Quito. El último número consultado para esta bibliografía fue el correspondiente al mes de agosto-octubre de 1972 (año LXXIX, n 11-12).

BE.77 Los seminaristas uruguayos en Roma le ofrecieron una velada musical al arzobispo de Quito Mons. Pedro Rafael González  
BOLETIN ECLESIASTICO, año VII, 190, n 7, p 165-167  
(crónica extranjera)

BE.78 **Zorrilla de San Martín, Juan:**  
La misa de León XIII. Resonancias del Camino por Juan Zorrilla de San Martín. París 1896.  
BOLETIN ECLESIASTICO, año X, 1903, n 4, p 170-173  
(transcripción)

BE.79 Informaciones sobre el catolicismo en el Uruguay en el siglo XIX  
BOLETIN ECLESIASTICO, año X, 1903, n 7, p 341  
(crónica extranjera)

BE.80 Noticias sobre el fallecimiento del arzobispo de Montevideo, Mons. Mariano Soler  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XV, 1908, n 21, p 756  
(crónica extranjera)

BE.81 La escala del "Umbria" en Montevideo. En el viaje Mons. Locatelli, arzobispo de Tesalónica, internuncio apostólico cerca de los Gobiernos argentino y uruguayo  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XVI, 1909, n 6, p 254  
(crónica extranjera)

BE.82 El Presidente uruguayo vetó la ley que derogaba las disposiciones del código militar referentes a honores que deben rendirse a la Iglesia  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XVII, 1910, n 2, p 92  
(crónica extranjera)

BE.83 Al Ilmo. y Rdmo. Señor Juan Francisco Aragone, arzobispo de Montevideo, con ocasión del Centenario de la fundación de la República. Carta apostólica. Roma, 30 de octubre de 1925. Pío XI  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XXXIII, 1926, n 1, p 5-6  
(documento pontificio)

BE.84 Proyecto de ley del diputado Dr. Hugo Antuña sobre la cuestión mexicana  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XXXV, 1928, n 8, p 492-493  
(crónica extranjera)

BE.85 Argentinae Reipublicae, itemque Uruguayanae et Paraguayanae caelestis patrona declaratur B.M.V. Immaculata, sub título "de Luján". Pio XI. Roma, 8 de setiembre 1930. E. Card. Pacelli, Secretario de Estado.  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XXXVIII, 1931, n 7-8, p 410-411  
(documento pontificio)

BE.86 Referencia a la decisión uruguaya de romper relaciones con el Soviet  
BOLETIN ECLESIASTICO, año IL, 1942, n 8, p 378  
(crónica extranjera)

BE.87 Se establece en Montevideo la "Liga contra las modas indecorosas"  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XLIII, 1936, n 4, p 214-215  
(crónica extranjera)

BE.88 El diario montevideano El Bien Pùblico se hace eco de la polémica de Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast) y el judaísmo  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XLIV, 1937, n 3, p 152  
(crónica extranjera)

BE.89 **Crespo Toral, Remigio:**

García Moreno y Montalvo. El insigne publicista azuayo rectifica las inexplicables ligerezas de José Enrique Rodó  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XLV, 1938, n 9, p 441-444  
(artículo)

BE.90 Se publican estadísticas de divorcios correspondientes al año 1940 en el Uruguay  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XLVII, 1940, n 4, p 191  
(crónica extranjera)

BE.91 En las Cámaras uruguayas se denuncian planes de ocupación militar alemana en perjuicio del Uruguay.  
BOLETIN ECLESIASTICO, año XLVII, 1940, n 6, p 286  
(crónica extranjera)

BE.92 Noticias de Montevideo acerca de la organización del movimiento "Italia Libre y Antifacista".  
BOLETIN ECLESIASTICO, año IL, 1942, n 8, p 378  
(crónica extranjera)

BE.93 Preocupación en el Uruguay ante la acción de agencias mexicanas dedicadas a tramitar divorcios.  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LVII, 1950, n 4, p 188  
(crónica extranjera)

BE.94 Se realizó en Montevideo la reunión de las confederaciones de Trabajadores de Latinoamérica  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LVII, 1950, n 5, p 214  
(crónica extranjera)

BE.95 Comentario de El Bien Público acerca de la situación internacional  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LVII, 1950, n 11-12, p 572  
(crónica extranjera)

BE.96 Sobre la criminalidad infantil en el Uruguay  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXI, 1954, n 1-2, p 92  
(crónica extranjera)

BE.97 **Barbieri, Antonio María:**  
Carta Pastoral del Excmo Sr Arzobispo de Montevideo, Mons. Dr. D. Antonio Ma. Barbieri sobre Santo Domingo Savio. Montevideo, 13 de junio de 1954  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXI, 1954, n 10, p 394-399  
(carta pastoral)

BE.98 Información recogida de La Mañana de Montevideo acerca del ex Ministro del Interior argentino Angel Borlenghi  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXII, 1955, n 7-8, p 430  
(crónica extranjera)

BE.99 Declaraciones del obispo de Melo, Mons. Orestes Nuti acerca de la situación religiosa de su diócesis  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXVIII, 1961, n 1-4, p 130-131  
(crónica extranjera)

BE.100 Información acerca de la fundación de una nueva Agencia de Prensa, Novedades, para difundir propaganda comunista desde Montevideo  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXVIII, 1961, n 5-8, p 269-270  
(crónica extranjera)

BE.101 Allanamiento efectuado por la policía de Montevideo en el local de la Unión de la Juventud Comunista  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXVIII, 1961, n 9-12, p 363  
(crónica extranjera)

BE.102 **Moscoso L., Gustavo:**

La posición de América en la jornada de Punta del Este  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXIX, 1962, n 1-3, p 1-6  
(artículo)

BE.103 Mensaje de Pablo VI a la reunión de presidentes efectuada en Punta del Este.  
BOLETIN ECLESIASTICO, año LXXIV, 1967, n 5, p 268  
(crónica extranjera)

#### **FLE. FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION.**

Esta publicación comenzó a aparecer con el número correspondiente al trimestre enero-marzo de 1948. Bajo la dirección del Dr. Luis A. Páez B., la revista se publica en Quito. Es el órgano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central. A partir del número 7 (junio de 1950, año II), pasó a denominarse FILOSOFIA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACION. Desde el número 14 (abril-junio de 1952, año V), volvió a mudar su título en: FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION. Esta es la denominación con que sigue apareciendo. El último número conocido es el 35 correspondiente al año 1968.

FLE.104 abril-junio 1949. Primer Congreso de universidades latino-americanas. (Participantes de la Universidad del Uruguay: Dr. Arturo Ardao y Dr. Felipe Gil).

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, 1949, n 6, p 133-150  
(información)

FLE.105 enero 31. 1952. Aportaciones de la Psicología en la prevención, diagnóstico y tratamiento del menor inadaptado, conferencia por el profesor uruguayo, Juan Pereira Anavitarte.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año V, 1952, n 15, p 172  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.106 mayo 14. 1952. Programa a cargo del profesor uruguayo Dr. Samuel Lisman Baun acerca de:

Rodó: Catecismo Metafísico

Julio Herrera y Reissig: Poesía de los Sentidos.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año V, 1952, n 15, p 178  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.107 Historiadores y bibliófilos uruguayos: Juan Zorrilla de San Martín, Zum Felde, Pérez Petit y otros.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año V, 1952, n 16, p 145  
(Cátedra González Suárez a cargo de Gustavo Adolfo Otero)

FLE.108 abril 15. 1953. Discurso por el Dr. Emilio Oribe, Delegado del Uruguay, pronunciado en la clausura del Congreso de Fisología y Filosofía de la Educación.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año VI, 1953, n 18, p 176  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.109 abril 16. 1953. Recital poético por el poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty. En la Sesión Solemne de la Facultad de Filosofía y de la Asociación de Escuelas de Pedagogía.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año VI, 1953, n 18, p 176  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.110 abril 23. 1953. Carlos Vaz Ferreira, Filósofo y Educador. Conferencia por el Dr. Emilio Oribe, delegado uruguayo al Congreso de Filosofía.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año VI, 1953, n 18, p 177  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.111 Discurso de la Dra. Célica Barboza, becada uruguaya en el acto de inauguración de los cursos de verano 1958.

FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año XII, 1958-1959, n 27, p 132  
(actividades culturales de la Facultad)

FLE.112 Viteri, Atanasio:

En torno a la primera universidad de verano del Uruguay.  
FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año XII, 1958-1959, n 27, p 142-155  
(artículo)

FLE.113 Sampognaro, Dr. Virgilio (Embajador del Uruguay):

Inauguración de la Cátedra de Cultura Uruguaya  
Carlos Vaz Ferreira.  
FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año XIII, 1959-1960, n 28, p 86-95  
(artículo)

FLE.114 Carvalho Neto, Paulo de:

La investigación folklórica (Fases y Técnicas).  
FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año XIV, 1960-1961, n 29, p 41-77  
(artículo)

FLE.115 Opiniones de los becarios concurrentes al III ciclo internacional de Verano organizado por la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central. (becarias uruguayas: Nodier Freitas Ben, Dora Calvete y María Mercedes Antalo).  
FILOSOFIA, LETRAS Y EDUCACION, año XIV, 1960-1961, n 29, p 208-218  
(actividades culturales de la Facultad)

#### MH. MUSEO HISTORICO.

El 24 de mayo de 1949 comenzó esta publicación quiteña. Es el órgano del Museo de Historia de la ciudad de Quito que se inauguró ese mismo día. La revista se propuso salir trimestralmente. Sus objetivos: "dar a conocer las riquezas históricas que atesora esta Institución, con el fin único de despertar en las juventudes el interés por estas disciplinas y en el afán que nos guía de contribuir con un grano de arena a la grandeza de la Patria". (citado del número 1, p 4).

MH.116 Donato, Alfonso di:

Rodó y Montalvo en el alma de América. La apologética del hombre y el simbolismo del bronce.  
MUSEO HISTORICO, año VI, 1954, n 20 p 74-78  
(artículo)

MH.117 José Enrique Rodó en Quito. Discurso del Sr. Alcalde de San Francisco de Quito, don Rafael León Larrea. El Excelentísimo Sr. Embajador del Uruguay, don Julio Casas Araújo. A continuación tomó la palabra el Dr. Eduardo Salazar Gómez, Presidente del Instituto Cultural Ecuatoriano-Uruguayo. El Dr. Galo René Pérez. MUSEO HISTORICO, año VII, 1955, n 21, p I-XIV  
(crónica)

MH.118 Discurso del Señor Alcalde de Quito Don Rafael León Larrea, pronunciado en la Sesión Solemne del 3 de junio de 1955, en la que el I. Concejo declaró Huésped de Honor de la Ciudad, al Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay Doctor Don Santiago Rompani.  
MUSEO HISTORICO, año VII, 1955, n 21, p XXXI-XXXIII

#### RE. LA REVISTA ECUATORIANA

La Revista Ecuatoriana publicada por la Imprenta de la Universidad comenzó a salir el 1º de enero de 1881. Fueron entonces sus redactores-propietarios: Vicente Pallares Peñafiel y J. Trajano Mera. Su último número, el LXVIII, del año VI, apareció en agosto de 1894. En esta publicación no se encuentran referencias a temas y autores uruguayos.

#### REVISTAS DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Con un grupo homogéneo de cinco revistas se concluye el presente Ensayo Bibliográfico. En diversas localidades de Ecuador se constituyeron grupos cultos integrados a la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Sus revistas, órganos de expresión de los Núcleos, presentan un marcado carácter local.

#### NA. REVISTA DEL NUCLEO DEL AZUAY DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA.

La publicación comenzó con el número de octubre de 1948, impreso en la ciudad de Cuenca. El último ejemplar aparecido fue el 18, correspondiente al tomo XI, de julio del año 1971. Este Núcleo comenzó a publicar una Revista de la Sección de Literatura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana bajo el título "El Guacamayo y la Serpiente". La dirige Efraim Jara Idrovo. Su número sexto apareció en diciembre de 1972.

NA.119 Año 1952. Febrero 1º: El actor y declamador uruguayo señor Gabriel Vitureira se presenta en el Teatro Cuenca. El Núcleo adquiere 100 entradas para distribuirlas entre intelectuales, estudiantes y obreros.  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo V, año IV, 1953, n5, p 164 (actividades del Núcleo Azuay)

#### NA.120 Andrade Cordero, César:

Carlos Sabat Ercasty, Poeta y Demiurgo  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo V, año IV, 1953, n 6,  
p 71-82  
(artículo)

NA.121 Año 1955. Noviembre 3. En la celebración del CXXXV aniversario de la independencia de las Provincias Australes, el Núcleo inauguró una valiosa muestra de pintura uruguaya: "Desde Blanes hasta nuestros días". Fue patrocinada por importantes instituciones uruguayas y ecuatorianas. Contó con 94 cuadros especialmente seleccionados por la Comisión Nacional de Bellas Artes del Uruguay. La exposición la condujo el poeta y conferencista Ernesto Pinto. Con motivo de la muestra pictórica se realizaron conferencias. El Dr. César Andrade Cordero; P. José María Vargas y Ernesto Pinto fueron los conferencistas. También habló el Embajador del Uruguay.  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo VII, año VI, 1955, n 11,  
p 224-226  
(actividades del Núcleo Azuay)

NA.122 Noviembre 9 y 11. Ernesto Pinto, Delegado de la Comisión Nacional de Bellas Artes del Uruguay, pronunció dos conferencias: "Significado de la Exposición de Pintura Uruguaya" y "En Torno al Misterio de la Creación Poética".  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo VII, año VI, 1955, n 11, p 227  
(actividades del Núcleo Azuay)

NA.123 Noviembre 18. El Miembro Correspondiente doctor Rigoberto Cordero y León, dicta una conferencia sobre la personalidad y la obra del cuentista y poeta uruguayo Yamandú Rodríguez.  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo VII, año VI, 1955, n 11, p 227  
(actividades del Núcleo Azuay)

NA.124 El Núcleo participó mediante el envío de sus publicaciones en la Exposición del Libro Ecuatoriano, que bajo el patrocinio del Gobierno de la República Oriental del Uruguay y de la Embajada de nuestro País, se realizó en Montevideo el 10 de agosto de 1956, Aniversario del Primer Grito de la Independencia en América.  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo VIII, año VII, 1957, n 12, p 225  
(actividades generales del Núcleo Azuay)

NA.125 Año 1959. Junio 17. El conferenciante uruguayo Félix Peyrallo Carvajal sustentó una conferencia sobre el tema: "Métodos Estilísticos".  
REVISTA DEL NUCLEO AZUAY, tomo IX, año VIII, 1959, n 15, p 196  
(actividades generales del Núcleo Azuay)

**NC. REVISTA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA. NUCLEO CAÑAR.**

El número primero apareció en Azogues, Ecuador. En marzo de 1955. En la revista no se encuentran referencias a personas, temas y sucesos uruguayos.

**NCH. REVISTA DEL NUCLEO DEL CHIMBORAZO DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA.**

La revista se edita en Riobamba. El número primero se publicó en noviembre de 1953.

NCH.126 Conferencia del Dr. Félix Peyrallo Carbajal dictó una conferencia el 2 de febrero de 1959 en el Salón Máximo del I. Municipio de Riobamba. Tema: "Criterios poéticos actuales".  
REVISTA DEL NUCLEO DEL CHIMBORAZO, año VIII, 1960, n 7, p 201  
(actividades del Núcleo Chimborazo)

**NG. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA. NUCLEO DEL GUAYAS. REVISTA**

La revista del Núcleo del Guayas comenzó a editarse en noviembre de 1963.

**NG.127 Falconí Villagómez, Dr. José Antonio:**

Dos aniversarios. Alfonsina Storni 1894-1964. Delmira Agustini 1894-1964  
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA. NUCLEO DEL GUAYAS, año I, 1964, n 3, p 42-48  
(artículo)

NI. REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA.

La revista se publica en Ibarra, Ecuador. Comenzó a aparecer en enero de 1954.

NI.128 Genta, Edgardo Ubaldo:

El bosque sin sombra  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo III, año IV, 1957, n 5, p 215  
(corta mención bibliográfica)

NI.120 Vasconcellos, Alma:

Envío lírico  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VI, año XII, 1967, n 12, p 135-136  
(poesía)

NI.130 Vasconcellos, Alma:

Imbabura portal del paraíso  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VI, año XII, 1967, n 12, p 137-138  
(poesía)

NI.131 Russell, Dora Isella:

Bolívar, escritor americano  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VII, año XIII, 1969, n 14, p 22-37  
(artículo)

NI.132 Vasconcellos, Alma:

La hazaña del siglo. A los astronautas Frank Borman, James Lowell, Williams Anders y al pueblo de los Estados Unidos, en la figura de su Embajador Robert M. Sayre.  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VII, año XIII, 1969, n 14, p 103-104  
(poesía)

NI.133 Genta, Edgardo Ubaldo:

Conflictos de soberanía en América  
REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VII, año XIII, 1969, n 14, p 105-107  
(letras uruguayas)

NI.134 Juana de Ibarbourou pide para Bolivia una salida al mar. "Recado de Juana de Ibarbourou".

REVISTA DEL NUCLEO DE IMBABURA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, tomo VII, año XIII, 1969, n 14, p 108-109  
(letras uruguayas)

## REGISTRO DE PERSONAS CITADAS

Agustini, D.	NG.127
Alcedo	BANH.75
Anders, W.	NI.132
Andrade Coelho, A.	A.19 A.23
Andrade Cordero, C.	NA.120 NA.121
Antalo, M. M.	FLE.115
Antuña, H.	BE.84
Aragone, J. F.	BE.83
Ardaoo, A.	FLE.104
Artigas, J. G.	BANH.66
Barbagelata, H. D.	BANH.63
Barbieri, A. M.	BE.97
Barboza, C.	FLE.111
Barrera, I. J.	BANH.66 BANH.69 BANH.70 BANH.72
Belinzón, L.	BANH.68
Blanes, J. M.	NA.121
Bolívar, S.	NI.131
Bollo, S.	A.20
Borlenghi, A.	BE.98
Borman, F.	NI.132
Calvete, D.	FLE.115
Carduz Viera, J.	A.10 A.13
Carrera Andrade, J.	A.38
Carvalho Neto, P. de	AUC.53 AUC.55 AUC.56 FLE.114
Casas Araújo, J.	A.22 MH.117
Castellanos, M.	A.23
Contreras Pazo, F.	AUC.52
Cordero y León, R.	NA.123
Costa, A. G.	BSEEHA.59 BSEEHA.61
Crespo Toral, R.	BE.89
Díez de Medina, F.	A.26
Donato, A. di	MH.116
Faget, R.	AUC.58
Falconí Villagómez, J. A.	NG.127
Figueira, G.	A.3 A.4 A.5 A.6 A.7 A.8
	A.11 A.14 A.15 A.24 A.25
	A.36
Fosalba, R.	AUC.50
Freitas Ben, N.	FLE.115
Frugoni, E.	A.17
García Moreno, G.	BANH.76 BE.89
Genta, E. U.	A.41 A.44 A.45 BANH.71 NI.128
	NI.133
Gil, F.	FLE.104
González, A. D.	BANH.70 BANH.75
González, P. R.	BE.77
González Barbé, T. M.	A.34
González Suárez, F.	FLE.107
Herrera y Reissig, J.	FLE.106
Ibarbourou, J. de	A.12 A.16 A.30 A.46 A.48
	AUC.51 AUC.52 NI.134
Izcuá de Muñoz, M. del C.	A.1 A.2

L. de Sáenz, M. T.	A.18
Lacarte, V. A.	BANH.69
Lacarte Muró, J.	A.49
Lamaison, A.	AUC.54
León XIII	BE.78
León Larrea, R.	MH.117      MH.118
Lisman Baun, S.	FLE.106
Locatelli, Mons.	BE.81
Lottero, R. N.	A.21
Lowel, J.	NI.132
Luisi, L.	A.9      A.19
Manacorda, T.	BANH.62
Martínez Zubiría, G.	BE.88
Miranda, F.	BANH.66
Montalvo, J.	A.29      BE.89      MH.116
Moscoso L. G.	BE.102
Nuti, O.	BE.99
Oribe, E.	FLE.108      FLE.110
Otero, G. A.	FLE.107
Pablo VI	BE.103
Pacelli, E. Card.	BE.85
Páez Formoso, M. A.	BANH.67
Pereira Anavinarte, J.	FLE.105
Pérez Petit	FLE.107
Peyrallo Carvajal, F.	NA.125      NCH.126
Pinto, E.	NA.121      NA.122
Pío XI	BE.83      BE.85
Piriz Coelho, R.	A.42      A.43
Pittaluga, F.	BANH.73
Rama, C. M.	BANH.73
René Pérez, G.	MH.117
Rodó, J. E.	A.29      A.32      BANH.65      BE.89
Rodríguez, Y.	FLE.106      MH.116      MH.117
Rompani, S.	NA.123
Russell, D. I.	MH.118
Sabat Ercasty, C.	A.47      A.48      NI.131
Salazar Gómez, E.	A.26      A.27      A.31      A.39      A.40
Sampognaro, V.	FLE.109      NA.120
San Martín, J. de	MH.117
Saralegui, J.	FLE.113
Savio, D.	BANH.66
Sayre, R. M.	A.35
Scarone, A.	BE.97
Silva Valdés, F.	NI.132
Soler, M.	A.32      A.37      BANH.65      BANH.71
Storni, A.	A.28      A.33
Supervielle, J.	BE.80
Vargas, J. M.	NG.127
Vasconcellos, A.	A.38
Vaz Ferreira, C.	NA.121
Villacrés Moscoso, J. W.	NI.129      NI.130      NI.132
Villamil Muñoz, J.	FLE.110      FLE.113
Viteri, A.	BANH.76
Viteri Silva, J.	BANH.74
Vitureira, G.	FLE.112
Wast, H.	AUC.57
Zorrilla de San Martín, J.	NA.119
Zum Felde, A.	BE.88
	BE.78      FLE.107
	BANH.64      FLE.107

## CONCLUSIONES

El control sobre las referencias a personas, temas y sucesos uruguayos de las 12 revistas ecuatorianas tenidas en cuenta en este *Ensayo Bibliográfico* permite realizar algunas observaciones.

Ecuador y Uruguay son países pequeños, según categorías americanas. Distantes. No limítrofes. Se presume que Uruguay no desarrolló una política cultural agresiva para difundir pensamiento y arte en el Ecuador. Sin embargo, esta bibliografía permite afirmar que la producción cultural uruguaya fue recogida por revistas ecuatorianas. ¿De dónde proviene entonces la relación cultural entre ambos países?

La bibliografía permite afirmar que la producción cultural uruguaya fue recogida por revistas ecuatorianas en mérito a su valor. Nadie como Rodó con sus ensayos sobre Bolívar y Montalvo, pero más exitosamente con este último, logró vincular culturalmente a Uruguay y Ecuador.

Se observa también que en muchos casos los uruguayos se relacionaron con hombres de cultura ecuatorianos. O con las revistas del país andino. En otros casos, el intelectual uruguayo en Ecuador dejó su visita de algún modo consignada en las revistas. La iniciativa de los embajadores uruguayos no pasó tampoco inadvertida.

Entre todas las manifestaciones culturales uruguayas, estas revistas señalan que nuestra poesía interesó en Ecuador. Las páginas de las revistas recogieron versos uruguayos. Comentaron poetas. El registro de personas que antecede, indica que las revistas no atendieron a uno u otro poeta uruguayo, sino a una variada gama de ellos.

## Í N D I C E

	Pág.
Tres versiones de "Lo Inefable" de Delmira Agustini por Arturo Sergio Visca .....	9
Sócrates como filósofo por Profesor Héctor Massa .....	21
Sócrates filósofo por Profesor Luis E. Gil Salguero .....	28
Pedro Mascaró y Sosa y la Biblioteca Nacional por Julio Speroni Vener .....	55
Jacinto Albistur y el Posibilismo en el Uruguay del Siglo XIX por Lic. Mireya Pintos .....	67
Antiguos romances populares por Eduardo Faget .....	79
Coronel Ramón de Cáceres (Hijo) por Armando Cáceres Brie .... Personas, temas y sucesos uruguayos en revistas ecuatorianas por Doctor Juan Villegas S. J. ....	115 149



Este Tomo se terminó de  
imprimir en la Imprenta  
Nacional, Cuareim 2391  
en Agosto de 1975





